
Laura A. López
LA VENTANA DE LOS AMANTES
VESTALES

López, Laura A.
La ventana de los amantes - 1.a ed. - San Martín : Vestales, 2019.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4454-60-7

1. Narrativa. 2. Narrativa Histórica. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2019.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-4454-60-7
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A los dos amores de mi vida,
mi esposo y mi hija.

CAPÍTULO 1

—Mis queridas Timidez, Locura y Engaño —decía la mujer detrás de máscara—, doy por iniciada la sesión del club del té.

—Ya era hora. Creo que deberíamos reunirnos más a menudo —reclamó lady Caroline.

—Locura… ¿acaso no son suficiente tres veces por semana para hablar solo de hombres? —preguntó con ironía lady Grace, cuyo apodo era Engaño.

—No sé ustedes, pero yo creo que esta temporada no conseguiré nada ni aunque nos juntemos los siete días de la semana —manifestó con pesimismo lady Prudence, conocida como Timidez.

—Prudence, claro que las tres conseguirán algo —repuso con un tono más positivo lady Anabelle.

—Bella, tú también puedes lograrlo si te lo propones —sugirió Caroline.

—No, mi querida Locura, saben que no tengo oportunidad —expresó con una sonrisa triste.

—Todas tenemos la oportunidad de casarnos esta temporada —opinó Grace—. Y saben que tengo mucha urgencia.

—¿Los problemas en tu casa son insostenibles? —adivinó Bella.

—Mi hermano se lo ha jugado todo, y como imaginan, estoy aquí porque necesito un marido adinerado —contestó.

—Pues bien… —Bella carraspeó—. Tengo una lista de tres jóvenes caballeros para ustedes, cortesía de mi buen hermano —comunicó con una sonrisa divertida, y las miró con ánimo renovado—. ¡Estén atentas, jóvenes casaderas! —anunció—. Comienzo… Nuestro primer soltero es rico, poderoso y guapo. El conde de Devon tiene alrededor de 31 años, le encanta la esgrima y también montar a caballo. Su único defecto es que odia a las rubias, por lo que Engaño y Locura están descartadas —informó para que no se metieran en la puja.

—Esto es malo —afirmó Prudence, que era la única de cabellera oscura.

—Vamos, Timidez, mi hermano me ha asegurado que es un buen partido —comentó Bella.

—¿Es un libertino? —preguntó con temor.

—Mmm… Creo que sí.

—Entonces va a querer cosas que yo no…

—¡Quizá sea algún libertino reformado, Prudence! —se apresuró a decir Bella para que su amiga tomara confianza.

—Yo no lo creo —aseguró Timidez.

—En caso de que, tú sabes… —insinuó Caroline para referirse al sexo—, nos avisas y te ayudaremos.

—Claro, ¿con qué experiencia? Somos tan inexpertas como un bebé recién nacido. Estamos en nuestra segunda temporada y no hemos conseguido ni una sola propuesta —recordó Prudence.

—Los hombres no están tan apurados por casarse como nosotras, querida; al menos no como yo, que estoy desesperada —bromeó Grace.

—Vamos, damas, hay que animarse. Les doy el dato del otro —las distrajo Bella, y continuó —: Nuestro soltero número dos es el marqués de Bristol, tan guapo como el infierno mismo, un libertino consumado que no quiere casarse. Gran defecto, ¿verdad? ¿Quién se anima a probar suerte con él?

—Yo no. Te lo dejo, Engaño —expresó Caroline sin interés.

—Está bien. Pero escuchemos a nuestro último hombre —advirtió Bella—. Nuestro soltero número tres es el querido duque de York: pelirrojo, adorable y en busca de esposa ¿Qué más podrían desear, niñas?

—¡Oh, por Dios, pero si es tu hermano! —se sorprendió Locura.

—Sí, ya casi cumple 31, y nuestro padre le ha pedido, o más bien le ha ordenado, que se case pronto. Se lo dejó escrito antes de morir.

—Yo paso. Tu hermano es muy apuesto, pero no haríamos buena pareja jamás —rechazó Caroline, quien sabía que ninguno de los tres candidatos era para ella.

—No has querido al marqués ni a mi hermano. Así te quedas sin opciones —evidenció Bella.

—No podría pretender casarme con tu hermano, conoces mi situación —comentó Grace, que en realidad sentía cierto rechazo hacia el pelirrojo.

—No me molestaría que fueras mi cuñada, Engaño.

—Pues a mí sí, me sentiría culpable toda la vida.

—Bien, Locura, te buscaremos un candidato sobre la marcha. Damas, no olviden que nuestra última sesión será el sábado por la noche. Luego ya se inicia la temporada —recordó Bella.

—Bella, ¿tú nos acompañarás? ¿Asistirás a los bailes? —interrogó curiosa Prudence.

—Solo a los de máscaras, querida Prudence —le respondió su amiga con una sonrisa que no revelaba alegría.

Las cuatro jovencitas se reunían siempre que podían. Cada una tenía una razón para su sobrenombre. Se conocían desde pequeñas, prácticamente habían crecido juntas, aunque Bella se había ido con su familia a Irlanda durante unos años y desde entonces ya no mostraba su rostro en las veladas londinenses.

Las reuniones secretas se llevaban a cabo en una posada donde se juntaban durante unas horas, y luego se marchaba cada quien a su casa.

Mientras realizaba el viaje de regreso, Caroline iba pensando en que no había conseguido ningún pretendiente. Al fin y al cabo, tampoco lo necesitaba. Ya encontraría uno, sin duda alguna.

—¿De dónde vienes, niña? —la sorprendió su vieja niñera al entrar al hogar.

—¡Nana, vas a darme un infarto! —exclamó Caroline al tiempo que se apretaba el pecho.

—Yo soy quien casi sufro un infarto al ver tu cama vacía a estas horas. ¿Adónde fuiste?

—A pasear…

—Una niña como tú no debe andar sola, ¿no te lo han dicho? Eres la hija de un vizconde.

—Lo sé, lo sé, pero tengo dieciocho años y creo poder…

—¡No puedes nada! —gruñó la mujer—. Ahora déjame sacarte toda esa ropa y colocarte el camisón. Esta vez no voy a delatarte.

—¿Debo agradecerte?

—Mi niña, solo te estoy cuidando. Sabes que tu padre quiere que te cases bien y virgen —le recordó la mujer.

—¡No he estado con ningún hombre!

—Mira que, si tu padre se entera de que sales a estas horas, no te creerá y te echará sin remordimientos. Sabes que es muy estricto.

—¡Claro que sé lo estricto que puede llegar a ser, y tú lo estás siguiendo en el camino!

—Acuéstate y duerme, mi niña, mañana continuaremos con esta discusión.

Caroline solo se iba a casar para complacer a su padre, pero estaba resuelta a que al menos fuera con alguien que ella misma eligiera. El vizconde siempre había querido imponer su voluntad sobre la de ella. Todavía recordaba cómo, en su primera temporada, él se había enojado porque ella había asustado a varios pretendientes, lo que había llevado a que ninguno le hiciera una propuesta.

La joven debía admitirse culpable. Su comportamiento poco ortodoxo hacia los caballeros había sido el detonante para ser rechazada. Ella quería ser diferente al resto de las damas, que solo daban miradas y se entregaban a coqueteos vacíos; ella quería aventuras. Pero, al proponerle a cada uno de ellos que la llevaran a practicar esgrima o tiro, la contemplaban como si fuera una loca que se había escapado de Bedlam. ¿Qué había de malo en querer introducirse en disciplinas masculinas? Para ella tal deseo no tenía nada de incorrecto, pero esos honorables caballeros no pensaban igual. El machismo que regía era asfixiante, y ella no quería un marido déspota que la obligara a cumplir su voluntad. Caroline quería locuras, aventuras, no deseaba convertirse en un adorno para los bailes o la casa.

Tenía una belleza más allá de toda vacilación: ojos verdes, cabello rubio, un cuerpo bien proporcionado. Además, el hecho de pertenecer a una buena familia la hacían muy atractiva para un hombre en busca de una esposa, pero no para alguien que buscara una pareja ordinaria.

Ella era de las pocas jovencitas que nadaban contra la corriente. Sus amigas también lo eran, salvo Prudence, que era un tanto remilgada y a la antigua pero divertida a su manera.

Esa noche tardó bastante en dormirse. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. La temporada estaba por empezar, y tenía miedo de fallar de vuelta. Quizá su padre la enviara a un convento como castigo, y no habría nada peor para ella que un lugar aburrido. Por algo la llamaban Locura: le encantaba improvisar y arriesgarse, pese no a ser lo adecuado para una dama, pero ya encontraría algo. Como decían, siempre hay un roto para un descosido.

CAPÍTULO 2

Ahí de nuevo iba él, escapaba por una ventana, desnudo, con la ropa en la mano mientras huía del marido de su amante de turno.

—¡Voy a matarte, rufián! ¡Cuando sepa quién eres, pequeño desgraciado…! —gritaba el cónyuge furibundo, con un arma en la mano, desde la ventana por donde se había escurrido el sinvergüenza.

Estaba corriendo para llegar a su carruaje, donde lo esperaba un ayuda de cámara.

—¿De nuevo lo encontraron, milord?

—Sí, Paul, me han descubierto, pero gracias a Dios no me va a retar a un duelo, ya que no llegó a verme.

Lord William Shepard, vizconde de Hereford, era un joven de treinta años, alto, de cabellos rubios y ojos grises, demasiado guapo para su propio bien. Era uno de los solteros más codiciados, junto con el conde de Devon, el duque de York y el marqués de Bristol. Siempre había sido el más disparatado y escandaloso de sus amigos, no le importaban ni la moral ni las buenas costumbres: lo único que lo inquietaba era satisfacer su cuerpo con las mujeres. Le gustaban todas, las veía tan bellas que no podía resistirse a ninguna.

—Milord, a este paso usted morirá muy joven. En estos últimos años, apenas ha salido vivo —musitó el ayuda de cámara.

—Hay que darle un poco de sabor a la vida. ¡Soy un libertino y soy muy feliz!

—¿Cuándo tendrá un heredero entonces? —inquirió Paul.

—¿Qué? No pienso casarme ni tener hijos.

—¿Pero el título a quién pasará?

—Seguro tendré algún pariente que lo quiera. No estoy interesado en reproducirme como un animal —comentó mientras se colocaba las botas.

—Pero su padre…

—Mi padre, gracias a Dios, ya está muerto. Y en realidad no es ningún ejemplo, dado que fue él quien hizo que odiara la idea de contraer matrimonio —agregó relajado al tiempo que se recostaba en el carruaje.

—Que sus padres no hayan sido los más felices no significa que usted y su mujer no vayan a serlo.

—¡Tonterías! —bramó—. Quizá la infelicidad de mis padres sea hereditaria, así que no pretendo ponerme a prueba.

—Como guste, milord. ¿Ahora vamos a la casa?

—Sí, vamos. Mañana tengo otro encuentro y quiero estar listo —comentó sonriente el vizconde.

Tanta repulsión al matrimonio se debía a la terrible aflicción que había vivido desde su nacimiento. Por ello buscaba estar entretenido de manera constante, y las mujeres eran un modo de pasar el rato hasta que, en la intimidad de su habitación, se odiaba por sentirse asquerosamente solo.

William llegó a su hogar y, para su sorpresa, algunos amigos bebían licor en la sala de estar.

—Creo que este no es de muy buena calidad —opinó el marqués—. ¿Tienes acaso problemas de dinero, mi querido William?

—No, Ernest, es solo que ya me he bebido todo el bueno y dejé el malo por si tú y todos estos otros hombres sin actividad venían a mi casa en mi ausencia —gruñó con enfado.

—Tómalo con calma, no tienes por qué ponerte histérico —agregó Anthony, el duque de York.

—¡Oh, sí, claro, tú que eres tan bueno, Anthony!

—¿De dónde vienes así de desaliñado? —preguntó Clay, conde de Devon, quien era el mejor amigo de William desde la infancia.

—De ver a una mujer —contestó con una abrumadora tranquilidad.

—¡Espera… Ya sabemos cómo terminó! El caballero engañado te encontró y tuviste que correr desnudo por Londres otra vez. ¿Qué sucede, Willy? Tu blanco trasero es el más conocido en Londres, ¿acaso no te da vergüenza aparecer en las columnas de chismes de los matutinos? —reclamó Ernest.

—Dejaré que Londres admire mi esplendor durante un tiempo más —respondió cínico.

—No, no lo harás. Hemos decidido que te reformaremos —advirtió Anthony.

—Es una broma, ¿verdad? Qué gran sentido del humor —expresó mientras reía sin cesar ante la mirada severa de Anthony—. ¿Es en serio? —preguntó de golpe.

—Así es. Te estás volviendo destructivo, ya te da igual si te mata un marido iracundo —acotó Clay.

—¿Y qué piensan hacer para corregir ese defecto?

—Buscarte una buena mujer —contestó Anthony.

—¿Una buena mujer? —rio—. Ya veo que se trata de un chiste. Me encantan todas las mujeres con las que pueda acostarme, todas son buenas.

—Hablamos de buscarte una esposa —especificó Ernest.

De manera instintiva, William dejó de sonreír y se puso rojo de rabia.

—¿Qué se han creído ustedes para intervenir de esta manera en mi vida y también en mi casa? ¡No quiero casarme jamás!

—Eso lo veremos. Habrá buenas jovencitas esta temporada, quizás te consigamos una —retrucó Ernest.

—¿Y cuándo te la conseguiremos a ti, marqués? —objetó William para dar vuelta la situación.

—Soy un hombre discreto con mis amantes, no necesito de tan drástica solución.

—¡Me niego, no voy a ponerme estúpido con una niña virgen!

—Entonces buscaremos una no virgen entre las damas, quizás una a la que tú mismo hayas desvirgado —continuó Clay en tono pacífico.

—Jamás he tocado a una virgen, es una regla inquebrantable para mí. Virginidad es igual a compromiso, y yo no quiero ataduras, menos con niñas mimadas y tontas; todas son aburridas.

—¿Cómo lo sabes si no te has acercado a ninguna? —cuestionó Anthony.

—Tienen un repelente natural para mí, con solo ver sus coquetas pestañas, siento náuseas. Son muy malas actrices, ¡de verdad! Por eso ninguno de ustedes tampoco está casado, ¿o me equivoco?

—Bien, tienes razón, pero estás obligado a asistir a todos los eventos sociales de la temporada para ver si logras reformarte —ultimó Clay.

—¿Quién dijo que yo quería reformarme? Iré, ¿saben por qué? Para demostrarles la razón por la que sigo soltero y moriré soltero, solo para ver sus patéticos rostros y esperar que me pidan perdón de rodillas por haberme hecho pasar semejante tortura. Ser expuesto como carne frente a esas hienas no es lo mío.

—Pero sí lo son las casadas con la ropa interior floja, ¿no es así? —inquirió Ernest.

—Están necesitadas de afecto —se defendió sonriente—, porque sus viejos y gordos maridos no les dan ningún placer.

—¿No tienes miedo de dejar bastardos por este mundo? —se indignó Anthony.

—Claro que no, siempre soy muy precavido. Tengo mis métodos, amigos míos, y espero que ustedes también siempre sean tan inteligentes como yo.

—A veces no sé por qué soy tu amigo —murmuró Clay.

—¡Clay, Clay, Clay! ¿Sabes por qué te dejo ser mi amigo? Porque me caes bien, es todo —dijo con suficiencia.

—Una explicación racional sin duda alguna —se burló Ernest.

—Haré lo que me piden, pero no buscaré una esposa, ya lo tengo decidido. Quizás busquemos alguna joven viuda para una nueva aventura.

—Nada de aventuras, William, quedas advertido. Si es necesario, te llevaremos a rastras para buscarte una pareja —sentenció Anthony.

—Veremos qué sucede —concluyó, ya sin ganas de seguir discutiendo el asunto.

—Entonces ya nos vamos. Hemos terminado con lo que nos trajo aquí —se despidió Ernest —. ¡Ah! Te enviaré una buena botella de brandy; este es repugnante.

—¡Adiós, adiós! ¡Cierren bien al salir!

Los tres hombres se retiraron a sus respectivos hogares, excepto por Anthony, que se dirigió al club a reunirse con la persona con quien fraguaba los planes para el destino de sus amigos.

—¿Crees que está bien lo que haces? —cuestionó Anthony.

—Creo que está muy bien, querido Anthony. Todos necesitan sentar cabeza —respondió el hombre.

—Aún no sé si tú lo has hecho, ¿cómo puedo creerte?

—Somos amigos de toda la vida; comparto el mismo vínculo con los otros tres. Es solo que tú eres el más dispuesto y racional del grupo.

—¿Te casaste?

—Lo hice, hace un buen tiempo.

—¿Por eso desapareciste?

—Sí. Mi querida esposa está aquí también, pero no quiere que la vean. Su vida es todo un enigma, mi amigo.

—Te casaste con una mujer muy rara, no me sorprende que también te escondas. Aunque no creo que haya razones para hacerlo.

—Pronto saldremos a la luz, cuando hayamos cumplido el plan.

—William no quiere cooperar.

—Era de esperarse, pero tenemos a la joven ideal para él. ¿Le pasaste el nombre de tus amigos a tu hermana?

—Ya está hecho.

—Entonces pronto caerá, no te preocupes —aseguró con una sonrisa lobuna.

Anthony salió del club y se dirigió a su mansión mientras una pareja lo observaba por la ventana.

—No te preocupes, cariño, pronto regresaremos con ellos —intentó consolar el hombre a su esposa.

—Eso espero. Vivir en las sombras es bastante pesado, estoy cansada de esto.

—Pero solo desde aquí podemos ayudarlos a encontrar su destino. Estuvimos dos años así, no nos cuesta nada vivir unos meses más con quien nos ha dado su protección: la penumbra —dijo mientras la abrazaba.

Capítulo 3

El día ya había empezado, y Caroline estaba preparándose para bajar a desayunar.

—Ya estás lista, mi niña. Vamos, tu padre te está esperando.

—No quisiera desayunar con él. Me va a arruinar la comida, Nana.

—No seas extremista, ve y compórtate. Lo mejor que puedes hacer es dejar de llevarle la contraria, o por lo menos finge que lo haces, y él te dejará en paz.

—Sabrá que miento, no creerá que he cambiado de un día para el otro.

—Solo no seas evidente. Con un "Sí, padre", es más que suficiente, jovencita.

—Veremos si tu pericia funciona.

Caroline descendió con lentitud por las escaleras y miró al techo en tanto rezaba por que su padre no estuviera de mal humor. Entró al comedor con tranquilidad, como le habían enseñado una cantidad obscena de institutrices.

—Buen día, padre —saludó con una sonrisa.

—Menos mal que te dignas a bajar. ¿Piensas que el mundo gira alrededor de ti, niña? —atacó el caballero.

—Tomaré eso como un "Buen día, cariño" para que vea que estoy de muy buen humor.

—Ya se te quitará el buen humor. He conseguido un hombre para que te corteje —declaró el hombre satisfecho.

—¿Qué? ¡Pero si aún no ha iniciado la temporada! —contestó desesperada, con el ánimo de persuadirlo.

—Por eso mismo, si no me apuro, terminará como el año pasado, sin ninguna propuesta decente para ti.

—Pero ninguno de esos hombres que se acercaron me caían bien, parecían más aburridos que mirar las plantas crecer —se quejó.

—¿Y qué es lo que tú esperas de un marido?

—¡Que por lo menos me hable! Que quiera salir a montar, que me enseñe cosas… No quiero ser una esposa estúpida.

—Pero si una esposa estúpida es lo que más deseamos los caballeros, ¡una que no se meta en lo que no le importa!

—¡Qué decepción, padre! Pues yo me niego a casarme con alguien que vaya a tratarme así, como si no fuera nada —resolvió Caroline cruzada de brazos.

—El conde de Warwick es un hombre moderno, quizá piense como tú.

—¿Moderno? ¡Pero si tiene cincuenta años! Tiene un pie en la tumba, y yo tengo solo dieciocho.

—¿Y eso, qué? Serás una joven viuda y entonces podrás hacer lo que quieras con tu vida.

—¡Esto es indignante! ¿Cómo puede usted pensar eso de mí, como si fuera una rata? Quiero al menos disfrutar de mi matrimonio.

—Si quieres disfrutar de tu matrimonio, cásate con un libertino —se burló el hombre.

—¡Eso, jamás!

—En todo caso, si caes en manos de uno de ellos, te obligaré a desposarlo.

—¿Cómo se supone que obligará a un libertino? No creo que sea posible.

—Entonces te enviaré a un convento. No ganarás esta discusión, Caroline. Estás bajo mi tutela, y te mantiene mi dinero; por ende, harás lo que yo te diga, es simple. Sé una buena niña y hazle caso a tu padre.

—No crea que ha ganado. Encontraré una salida.

—Tienes carácter. Eso es bueno, Caroline, te admiro. Lástima que sea para una causa perdida.

—Eso lo veremos…

Ambos continuaron desayunando en silencio, mientras la muchacha masticaba un enojo que no se le iba. Maldita fuera la presión que su padre estaba ejerciendo sobre ella. Debía buscar algo que hacer pronto o terminaría en un convento, ya que daba por descontado que jamás se casaría con quien el vizconde le indicara.

—Permiso, me retiro —se excusó Caroline, y se levantó de la silla.

—Tienes que estar lista, por la tarde vendrá a verte el conde de Warwick.

Eso sí que era mala suerte, tener que deshacerse de ese hombre tan patético.

Caroline subió las escaleras para buscar sus cosas y salir a disfrutar de una serena lectura en el parque. Ese día lo haría sola, ya que debía meditar un plan para salir del aprieto.

—Ya escuché, mi niña —comentó la niñera.

—¿Qué le sucede? ¿Cómo se le ocurre que salga con alguien casi de su edad? Ese lord Warwick debe de ser un viejo obsceno, ¡qué asco!

—Creo que el vizconde quiere que te cases antes de que muera. Ya sabes que después el título pasará a un extraño, de modo que tú quedarías sola y sin un penique.

Ella admitió la verdad de esas palabras. ¿Qué haría cuando su padre falleciera? Se quedaría desamparada, sin dinero, sin hogar. Debía apurar la búsqueda de un pretendiente, pero de uno que ella deseara.

—Eres mala, Nana, siempre tienes la razón.

—Entonces busca a ese hombre que quieres y no pierdas el tiempo.

—Hoy sin duda voy a perder el tiempo con ese viejo. Esperemos que al menos tenga buena conversación —opinó con expresión disgustada—. ¡Ay, Nana!, esto se está poniendo difícil. Quizá tenga las expectativas muy altas con respecto a mi marido, pero no puedo conformarme con menos. Lo único que pido es poder llevarme bien con el hombre y que sea joven y vigoroso —expresó sin un ápice de vergüenza.

—¡Niña!

—¡No te escandalices! ¿Qué hay de malo en que quiera experimentar los placeres de la vida con alguien joven como esposo?

—No creo que tenga nada de malo, pero, de ahí a que encuentres un joven que quiera casarse contigo, es otra cosa. Todos son libertinos de mala vida.

—¡Tonterías! Debe haber alguno decente.

—Los que tú llamas “decentes” son… ¡los cazadores de dotes!

—¡Dios me guarde de uno de esos guapos pobretones! —exclamó con fingido horror.

—No te burles, Caroline. Por el momento eres una joven muy bien ubicada y con una interesante dote, que no te extrañe que alguno de los que se te acerquen sea un hombre en la quiebra.

—Si tiene buena conversación y es apuesto, lo aceptaré.

—No seas disparatada y toma en serio mis palabras. Es una lástima que no tengas a tu madre para que te guíe en estas cuestiones.

—Sí, es una pena que se haya muerto. Quizá mi padre fuera muy estricto, y eso la mató.

—No, mi niña, tu padre adoraba a tu madre, y ella a él.

—¿Entonces por qué es tan malo conmigo? Debería amarme con locura o algo así, no aprovechar cada momento para recordarme que debo dejar de ser una carga para él.

* * *

El vizconde y barón de Berkeley salió de su casa mientras pensaba en el poco tiempo que le quedaba con su hija. Debía conseguirle con rapidez un marido.

Llegó hasta su destino y entró a la vivienda donde lo esperaban.

—Buen día, doctor —saludó.

—Bien día, milord. ¿Está listo para su revisión?

El vizconde suspiró y asintió con la cabeza. El profesional lo reviso y se dispuso a darle las malas noticias.

—¿Cuánto? —cuestionó el paciente.

—¿Qué?

—¿Cuánto me queda?

—Es difícil decirlo, pero es mejor que prepare a su familia. No creo que usted llegue al fin de la temporada.

—Me lo temía. Cada día me siento peor, aunque por momentos me parece estar bien.

—Esta enfermedad es así, milord.

—Gracias, doctor.

No podía hablar con Caroline. ¿Cómo le diría que la dejaría sola en el mundo y que su malvado primo, el futuro vizconde Nicholas, se haría cargo de ella? En realidad, no sabía ni siquiera si lo haría o ella quedaría en verdad desahuciada.

Llegó a la casa con el semblante triste y encontró a la niñera en el recibidor.

—¿Malas noticias, milord?

—Muy malas: me queda muy poco tiempo, quizás no termine la temporada.

—¡Oh, no! Dígaselo a mi niña.

—No; debo asegurarme de que tenga un buen marido para poder morir tranquilo. Ahora me iré a mi estudio, necesito ponerme en contacto con quien heredará todo.

—Esperemos que sea un buen hombre.

—Lo que yo recuerdo al menos es que no lo era para nada.

—No se preocupe, señor, yo presionaré a Caroline para que se case pronto.

—Hágame ese favor. Para ser franco, yo estoy cansado de insistir.

—No pierda las esperanzas, milady es muy inteligente y tiene buen corazón, aunque sea un poco rebelde —justificó la mujer con cariño.

Capítulo 4

El vizconde entró a su despacho, tomó un papel y una pluma y, tras echar una mirada al jardín, comenzó a escribir.

Lord Nicholas de Chester:

Esta misiva es para informarle de mi inminente muerte. El doctor no me ha dado muchas esperanzas de salir con vida de esta temporada que se aproxima, por eso requiero su presencia para poder hablar sobre su posesión del título de vizconde y barón de Berkeley y las obligaciones que conlleva. En particular quisiera explicarle la situación de mi hija, lady Caroline. Es una joven demasiado testaruda que aún no ha encontrado marido, pero no es porque le falte belleza, sino debido a que tiene demasiado carácter. Espero que usted pueda ayudarme para que ella no se convierta en una carga cuando yo muera.

Mis cordiales saludos,

Lord Nathan Battler

La corta epístola fue entregada a un lacayo para ser enviada en carácter de urgente.

Días después, la nota llegó a las manos de lord Nicholas, que la abrió y la leyó de manera pausada.

Su primo, mucho mayor que él, le legaría aquel título, lo que lo alegró; no así el hecho de que fuera a morir tan pronto. Esperaba que Nathan no tuviera un mal recuerdo de él. Cuando era más joven, sí que había sido malvado, pero había cambiado: se había reformado y buscaba esposa. Quizá, ya que debería dirigirse a Londres, ayudaría a su prima con la búsqueda matrimonial al tiempo que encontraba una pareja para sí mismo. Eso complacería bastante a su familia y de seguro también a Nathan.

Nicholas no tenía la intención de expulsar a su prima, pero sí de hacerle ver que debía casarse pronto. Emprendió el camino a Londres ese mismo día.

* * *

Por la noche, otro vizconde se proponía hacer de nuevo de las suyas al visitar a una deliciosa viuda.

—William —lo llamó la mujer con tono seductor.

—Dime —respondió él con un talante más seco.

—¿Cuándo te casarás?

—Nunca, querida, soy un hombre que morirá soltero. No entiendo por qué me lo preguntas, si tú tienes veinticinco años y eres viuda por haberte casado con un vejete.

—Sí, lo hice por necesidad, pero ahora quisiera casarme con alguien joven como tú.

—Pues te equivocaste de hombre si piensas que voy a desposarte. Estoy harto de esta sociedad, de las estúpidas niñas que creen que pueden atraparme, incluso ahora también tú, mi amante de turno. Pues, ¿sabes qué? ¡Aquí acabó nuestra relación!

William se colocó la ropa y salió de la mansión de la viuda. Faltaba más; otra que quería atraparlo a toda costa. Pero no iba a dejarse, no había nacido la mujer que fuera capaz de atarlo al matrimonio, por lo menos no por las buenas.

Continuó caminando varias cuadras hasta que lo interceptaron tres hombres.

—Pero miren nada más, un noble solo por las calles, sin carruaje ni lacayos —se burló uno de los desconocidos.

—Déjenme en paz —profirió William mientras retomaba su camino.

—Tenemos un mensaje para usted, milord —advirtió otro de los hombres.

—¿Cuál? —preguntó antes de sentir un dolor en el estómago por el golpe proferido por el rufián.

—¡Este! —gritó mientras los otros dos se unían a la paliza. William intentaba defenderse; sin embargo, eran demasiados.

—Esto es solo una advertencia para que no se meta con mujeres casadas, milord —dijo en tono de mofa uno de los sujetos antes de darle otra patada certera en el estómago.

Después, los tres extraños se fueron para dejarlo tirado y sangrante. William estaba seguro de que serían enviados del duque de Grafton, quien debía de haberse enterado de quién le hacía los favores a su adúltera esposa.

—¡Diablos! —masculló mientras intentaba incorporarse con gran esfuerzo.

Su casa aún estaba lejos. Miró alrededor y descubrió estaba cerca de la vivienda de su amigo Clay, conde de Devon.

William llegó arrastrándose hasta la puerta de la residencia de Clay y tocó la puerta.

—¿En qué…? ¡Milord! —expresó el mayordomo, que reconoció a William y lo sostuvo.

El dueño del hogar escuchó el alboroto y se dirigió hasta la planta baja.

—¡William! —exclamó conmocionado—, ¿qué demonios te ha ocurrido?

—Unos hombres… me golpearon —indicó con una mano en el estómago.

—¿Te asaltaron?

—No… Querían… ¡auch!… darme una advertencia para que dejara de involucrarme con mujeres casadas —confesó.

Clay lo miró con desdén. Siempre había sabido que su amigo acabaría mal.

—Te lo mereces.

—¿Qué?

—Como lo oyes. ¿Crees que no hacemos lo posible por evitar que termines muerto? Te hemos salvado en incontables ocasiones, y aún sigues siendo un irresponsable. Yo ya no haré nada por ti —resolvió el conde con un tono más cruel del que pretendía.

—Jamás me imaginé que fueras tan frío, Clay —se burló William.

—Piensa lo que quieras. Llamaré a un doctor, y será lo último que sabrás de mí. Te retiro mi amistad.

—¿Qué? Muchas veces dijiste que lo harías, pero es la primera vez que parece ser cierto.

—Es simple, no quiero un amigo inconsciente o muerto, ¿lo entiendes? Prefiero despedirme de ti ahora que hacerlo después en un ataúd por no haber escuchado las advertencias que te hemos dado estos años.

—¡Vamos, Clay! ¿En serio? Jamás me había sucedido algo así, no creo que…

—Esto es solo el comienzo del fin de tu vida de excesos. ¿Pensaste que Londres tendría tanta paciencia contigo? ¿Crees que esta es la mejor manera de llenar el vacío de tu soledad? ¡Cásate y cálmate! ¡Me tienes harto! —le gritó iracundo, y se fue de la habitación.

William nunca lo había visto tan enojado como preocupado a su amigo. Clay era el más calmado de sus allegados, jamás perdía la serenidad, odiaba los escándalos y también la irresponsabilidad. Se podría decir que de aristócrata no tenía nada, pues era demasiado bueno, correcto y serio.

El doctor llegó para atender las magulladuras de William casi al mismo tiempo que arribaron Ernest y Anthony para sumarse a la reprimenda.

—Ya temía que algún día nos hicieran llamar para que identificáramos tu cuerpo en algún callejón de Londres, pero no me imaginé que fuera tan pronto —opinó Ernest con su siempre filoso y oscuro sentido del humor—. Aunque no habría podido reconocer tu rostro, estás horrible.

—Gracias, eres muy sincero, te aprecio —comentó William sarcástico.

—Ahora harás lo que te digamos o vas a terminar muerto —determinó Anthony decidido.

—No me casaré. Cambiaré a las casadas por las solteras de mala reputación, esa será mi acción correctiva.

—No, esta temporada te casas, ya no está en discusión. Tengo unas candidatas ideales para ti —aseguró Anthony con tono autoritario.

—Anda, dime solo un nombre.

—Aún no. Pero ya te lo comentamos, nos acompañarás a todos los bailes y las conocerás —continuó Anthony.

—Está bien —bufó exasperado—, conoceré a las tontuelas y veré como me lamen los pies para casarse conmigo. ¡Odio esto!

—No más que yo —apoyó, sin perder el tono educado, el marqués, que siempre había sido perseguido por su asombrosa belleza. Todas las jovencitas querían convertirse en marquesas, pero él aún no anhelaba disfrutar de las mieles del matrimonio. No estaba cerrado a la idea, pero ninguna de esas jóvenes zalameras eran de su agrado.

Entonces Clay apareció en la habitación.

—Solo deben escoger a una jovencita que sea diferente al resto. Estoy seguro de que debe haber alguna muchacha decente entre todas esas manipuladoras —comentó.

—¡Regresaste! —festejó William.

—No lo he hecho por ti, sino por ellos, que no dan problemas.

—¡Vaya, Clay! ¿Tienes favoritos ahora? —inquirió receloso.

—No, pero sin duda tú no eres de mi preferencia en este momento.

—Clay —habló Anthony en el tono más conciliador que pudo—, a William no le sucederá lo mismo que a tu primo, es demasiado cobarde como para morir con honor.

—¡Basta! Tengo buena puntería, pero no mataría ni a una cucaracha por una muchacha tonta. Déjalo ya, Clay, en algún momento voy a enderezar mi camino —insistió el paria para acabar con aquellos reclamos.

—Mientras que no tengamos que enderezar tu tieso cuerpo para meterlo a un ataúd, todo estará bien —concluyó filoso el dueño del hogar.

—Te sugiero, Clay, que no te juntes tanto con Ernest, puedes volverte como él —advirtió mordaz Anthony.

—Ya basta, déjenme solo para pensar en una venganza contra el duque de Grafton.

Sin duda William estaba desperdiciando su vida y debía hacer algo. Sus excesos lo estaban destruyendo, sus amigos tenían razón, se estaba matando solo, pero casarse sería como estar muerto en vida, por eso no creía que fuera la solución a sus problemas.

Capítulo 5

—Bienvenidas a la sesión extraordinaria del club del té —saludó Bella desde las sombras de la posada.

—¿Quién diablos convocó esta reunión? —cuestionó Engaño.

—Fui yo —confesó Locura.

—Locura debía ser —opinó Timidez al tiempo que se agarraba la frente con gesto rendido.

—Dinos, Caroline —la alentó Bella.

—¡Necesito un pretendiente, es urgente! —Tragó saliva antes de continuar—. Mi padre me ha presentado al conde de Warwick. Es un hombre muy amable, en verdad fue agradable, pero es demasiado viejo, no quiero parecer una cazafortunas.

—Entonces déjame al viejo conde —sugirió Engaño con una sonrisa cínica.

—¿Y qué deseas, querida? —preguntó Bella

—Un joven y apasionado esposo que no esté quebrado ni quiera desangrar mis bolsillos.

—Mmm… Tengo en mente a alguien excelente… —comentó Bella.

—¿Quién? —inquirieron las tres al unísono.

—Cierto vizconde conocido por sus artes sexuales, un disoluto.

—¡Ese no va a querer casarse con nadie, es demasiado libertino! —se alarmó Timidez.

—Pero podrías contraer matrimonio con el conde y tener de amante al vizconde —intervino Engaño.

—¡Damas! ¿Quieren un esposo o un amante? —cuestionó Bella.

—¿No podemos tener dos en uno? —preguntó locura.

—Quizás, pero no nos desviemos del tema. Este caballero es una opción perfecta para Locura, son tal para cual.

—Mmm… No lo sé. Si es un libertino, no querrá ser visto con una virgencita por allí —razonó Locura.

—Déjalo en mis manos —aseguró Bella.

—¿Por qué creo que esto va a salir mal? —vaticinó Timidez.

—Prudence, no seas pesimista, debemos ayudar a Caroline, no echarle más tierra encima —instó Grace.

—Tienes razón, lo siento.

Las jovencitas solo esperaban que llegara el día siguiente, cuando daría inicio la temporada. Era su momento favorito ya que todos estaban frescos y mostraban sus mejores galas.

* * *

En casa de Bella, su hermano Anthony entró a la habitación de la joven, que estaba a oscuras.

—¿Ana?

—Dime, Anthony.

—Hemos conseguido que William asista a los bailes.

—Esa es una buena noticia. Tengo un plan ideal para juntar a Caroline y al vizconde. Mi querida amiga está buscando pasión, hermano, desea un esposo que sea un buen amante.

—Me lanzaría a sus pies si no estuviera interesado en Grace.

—Lo supuse. Por eso tu nombre figura en mi lista.

—Eres inteligente.

—Bien, mi plan es el siguiente: le dirás a nuestro querido vizconde que mi amiga no puede mantener las faldas en su lugar.

—¿Qué?

—¿Por qué no me dejas terminar? Como te decía, le comentarás que ella no consigue esposo porque les hace propuestas indecentes a los hombres y luego lo enviarás junto a algún conocido tuyo que haya tenido algún tipo de encuentro con ella.

—Aún no entiendo.

—Confía en mi inteligencia. Tu amigo debe corroborar que ella es una libertina, entonces se conocerán, se enamorarán y celebrarán una hermosa boda. Así solo faltarán tres.

—Podría funcionar —comentó Anthony con la mano en el mentón mientras repasaba el plan de su hermana.

—Solo dile que es de cascos ligeros y ya —mandó con humor.

* * *

Caroline estaba absorta en sus pensamientos. Hacía un buen rato que había dejado de leer la novela apoyada a un costado.

Nana había ido al mercado y el mayordomo estaba en el patio cuando golpearon la puerta. La joven se levantó, se dirigió a la puerta, abrió y miró al hombre guapo, alto, rubio y de ojos verdes que la observaba con fijeza.

—¿En qué puedo ayudarlo, milord?

—Yo… busco al vizconde de Berkeley.

—Es mi padre, está en su despacho. ¿Y usted es…?

—Oh, disculpe, no me he presentado. Soy lord Nicholas de Chester, su primo —reveló con una sonrisa radiante.

—Disculpe que me sorprenda, milord, pero no sabía que tenía un primo —comentó con un sonrojo.

—En realidad soy primo de su padre, milady, usted y yo apenas somos parientes lejanos.

—Oh… —expresó con una sonrisa—. ¿Lo acompaño hasta donde se encuentra mi padre?

—¿Me haría el honor? —aceptó Nicholas al tiempo que le ofrecía el brazo para que ella lo agarrara.

—Gracias —respondió ella al apoyar la mano en el antebrazo del invitado, y lo llevó al despacho del dueño de casa.

Golpeó la puerta y escuchó la aprobación para pasar.

—Padre —anunció Caroline con el rostro bajo—, ha venido lord Nicholas de Chester y pide verlo.

—Hazlo pasar por favor, querida.

—Enseguida. Pase por favor, lord Nicholas.

—Puede llamarme Nicholas, somos familia —le dijo para que ella entrara en confianza. Parecía demasiado cohibida por la belleza del hombre.

—Está bien, primo. Los dejo; con permiso —se despidió ella y salió prácticamente corriendo mientras el corazón le latía acelerado.

El vizconde y Nicholas se miraron fijamente hasta que el último tomó la palabra.

—Nathan, es bueno verte de nuevo después de tantos años.

—No sabía que te alegraría verme. Por lo cruel que eras, pensé que querías que toda tu familia muriera.

—Para nada, he cambiado. Hace muchos años que no soy así. Por cierto, tu hija es preciosa, no entiendo por qué no ha conseguido un esposo.

—Porque es tosca, porque quiere un marido que la trate como su igual y no solo como un adorno sin cerebro. Ya le he explicado que es difícil, por no decir imposible, pero no lo entiende. Ahora la estoy presionando para que esta temporada se case, no pienso dejarla a tu merced.

—Sin duda tienes muy mal concepto de mí. No abandonaría a mi prima, no debes preocuparte por eso. ¿Tiene una buena dote?

—Claro que sí. ¿Por qué preguntas?

—Ella me abrió la puerta. Por eso supuse que las cosas por aquí no debían de estar muy bien si la señorita de la casa se veía en la necesidad de recibirme ella misma.

—El mayordomo está ocupado en el patio; Nana fue al mercado. Lo más seguro es que Caroline haya estado cerca de la puerta nada más.

—Entonces, mucho mejor. Si tiene dote, podemos conseguirle un buen partido, y créeme cuando te digo que conozco a todos los caballeros londinenses. Buscaré al mejor para mi querida prima.

—Debes conocer las preferencias de ella, ¿no te parece? Pregúntale, que a mí ya no me quiere responder de buena gana. No sabe que lo estoy haciendo por su bien, por si su tutor no la aprecia lo suficiente como para tenerla con él.

—Primo, te complacerá saber que cambié para bien y que estoy buscando esposa. Ya cumplí 34 años, creo que he disfrutado lo suficiente de la soltería. No me vendría mal una mujer a esta altura.

—Es en verdad sorprendente. Siempre fuiste tan reticente al matrimonio que hiciste de todo para no casarte con nadie.

—Lo sé, hice cosas horribles, pero ya creo que purgué mis culpas hace tiempo. Ahora estoy decido a iniciar de nuevo como corresponde.

—Me alegro. Sé bienvenido a tu casa, te quedarás con nosotros hasta que llegue mi hora.

—Supongo que Caroline ya lo sabe.

—No. Y no quiero que se lo digas. Deseo que, hasta el último día, conserve la buena imagen que tiene de mí.

—No sé por qué te empeñas en eso, no tiene sentido.

—Es asunto mío; no te metas.

—Está bien. Mañana llevaré a mi prima a la primera fiesta de la temporada y le mostraré a los mejores candidatos.

—Perfecto. Ahora vamos, haré que te muestren tu habitación.

Caroline observó que ambos hombres pasaban conversando por el pasillo y se irguió en la posición más recatada posible.

—Hija, tu primo se quedará con nosotros toda la temporada social. Espero que sepas lo que eso significa.

—No sé en realidad a qué se refiere —respondió.

—Que él se encargará de buscarte marido, cariño, eso es lo que quiero decir.

—¡Por favor, déjeme elegir a mí!

—Prima, no se altere, yo solo quiero conocer cuáles son sus gustos para los caballeros y así guiarla hacia dónde se encuentre el indicado.

—Querido primo —comentó sarcástica—, solo tengo tres requerimientos —manifestó, y luego propuso—: Uno, que sea joven y no un vejete; dos, que sea inteligente y me deje hacer cosas como las que hacen los hombres; y tres, que tenga una excelente conversación, que esté contento de hablar conmigo, que me dé un lugar como igual y no como un adorno del hogar que no sirve para nada o solo para poder decir que la casa tiene una señora. ¿Están claras mis condiciones?

—Muy claras. Estoy seguro de que ya queda descartado el noventa y cinco por ciento de los caballeros de Londres —comentó con un dejo de burla.

Capítulo 6

Había llegado el día de la primera fiesta, y asistiría del brazo de su primo. Sus amigas de seguro se dislocarían la mandíbula de lo boquiabiertas que quedarían al verlo.

—Caroline, tú me ayudarás a conseguir una dama adecuada para convertirla en mi esposa.

—¿Y qué desea usted, primo?

—Alguien con ideales parecidos a los suyos, no quiero un… —dudó, e hizo una pausa—, como tú lo llamas, un simple adorno sin cerebro.

—Me sorprende que desee eso. Según dijo, eso dejaba fuera a casi todos los caballeros de Londres.

—Tienes buen sentido del humor. Resulta que yo formo parte de ese pequeño porcentaje que quiere algo diferente, que desea una esposa inteligente, dulce y que sea una excelente amante.

Al escuchar esas palabras, Caroline se sonrojó.

—Veo que coincidimos en nuestros ideales —continuó él al notar la vergüenza de la muchacha—. Que no le dé pena, en el fondo somos todos iguales. Ya llegamos, tome mi brazo y entremos.

En la zona más apartada del salón, estaban William, Clay, Anthony y Ernest, que observaban a las damas que iban ingresando. Entonces entró lady Caroline con…

—¿Nicholas? —preguntó Anthony en voz alta.

—¿Qué Nicholas? —consultó el todavía dolorido William.

—Nicholas de Chester, de Yorkshire

—¿Está aquí? No puede ser, él era un soltero empedernido —comentó Ernest sorprendido.

—Entra del brazo de… Diablos —masculló Anthony.

—¿Quién es esa belleza? —inquirió William.

—E-Es… una mujer de cascos ligeros —soltó nervioso Anthony.

Clay lo miró como si se hubiera vuelto loco. Aquella no era una mujer cualquiera, era lady Caroline; pero no lo dijo.

—¿Cómo se llama?

—Lady Caroline. Es la hija del vizconde de Berkeley —respondió.

—¿Qué tan ligera es? —quiso saber William con una lobuna sonrisa en el rostro.

—Una libertina de ley —continuó Anthony con ánimo—. Lord Claude puede atestiguarlo.

—Pero si lord Claude está buscando una esposa decente —se burló William.

—Sí, pero ¿sabes que esta mujer le hizo propuestas muy indecorosas?

—¿De verdad?

—Así es —dijo Anthony en tono cómplice.

—Pues entonces debo alejarla de Nicholas. Le robaré esa dama. —Sonrió y se dirigió hacia la pareja.

Nicholas vio que William iba directo a su prima, pero eso sí que no lo permitiría. Lo conocía demasiado como para presentarle a Caroline.

—¡Nicholas! —saludó efusivo William, como siempre.

—William, no imaginé que estarías en esta fiesta —respondió frío.

—No te alegra verme, al parecer.

—Caroline, querida, ¿puedes ir con tus amigas? Te alcanzo después.

—Claro, Nicholas. ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—¿Recuerdas lo que te dije del porcentaje? Este está descartado.

—Oh, es una pena. Con permiso.

Ella se retiró con rapidez en tanto pensaba que ese hombre era en verdad atractivo, mucho más que su primo. Le parecía una lástima que estuviera descartado, pero apenas había empezado la búsqueda.

—¿A qué te referías con lo del porcentaje?

—Me he dado cuenta de lo que tenías en mente. A esa jovencita no te la vas a llevar a la cama y eso es todo, ¿lo comprendes?

—Tú solo debes ser abierto; eres un libertino también, no finjas lo contrario.

—Para tu información, estoy aquí en busca de esposa. Además, esa joven es mi prima, y pobre de ti si llegas a tocarle un solo pelo.

—¿Tu prima? —se sorprendió William.

—Veo que no lo entendiste bien. ¿Quieres que te iguale en toda la cara el color del moretón que tienes en la mejilla?

—No, gracias, ya me quedó claro —dijo William con humor.

—¡Nicholas! —lo saludó Anthony.

—¡Diablos! ¡Anthony, Clay y, por supuesto, Ernest! Jamás creí encontrármelos aquí.

—A nosotros nos sorprende más verte a ti. ¿Qué haces por Londres? —consultó curioso Ernest.

—Busco esposa, es evidente.

—¿Qué? —preguntaron los tres al mismo tiempo.

—Sí, he venido a buscar una mujer y a cuidar a mi prima.

* * *

Hacía un buen rato que William se había escurrido de allí para rastrear a la belleza rubia ataviada con un vestido magenta. La buscó por todas partes hasta que la encontró asomada al balcón.

—Disculpe a su primo, milady —habló William, lo que hizo que ella se diera vuelta.

—Buenas noches, milord. —Hizo una reverencia.

—Deje que me presente. Soy William Shepard, vizconde de Hereford. Sé que no es adecuado que le diga mi nombre de este modo, deberían habernos presentado, pero no me dejo llevar por las normas de la sociedad —expresó mientras la observaba con interés.

Cuando aquel hombre comentó que era un vizconde, a ella le vino a la mente el caballero que había mencionado Bella.

—Lady Caroline Battler. Es un placer.

—El placer sin duda es mío, ¿Me deja hacerle unas preguntas? —curioseó juguetón.

—No veo el problema, por supuesto, ¿qué desea saber?

—¿Es cierto que lord Claude la rechazó por libertina?

—¿Qué dice? —se sorprendió al escuchar el interrogante.

—Si es usted alguien de pensamiento liberal —explicitó.

Claro que era de pensamiento liberal, él había dado en el blanco. La conversación se había vuelto interesante.

—Lo soy, y fui yo quien rechazó a ese lord. Él no cree que las mujeres podamos querer lo mismo que los hombres, no es nada moderno.

—En cambio, yo adoro ser moderno. Creo que las mujeres pueden ser iguales a los hombres en todos los sentidos.

—Entonces, milord, ¿me está diciendo usted que me podría enseñar algunas cosas? —se confió Caroline.

Se la notaba ligera, muy ligera de cascos, pero con una sutileza que no lo hacía ver como algo sucio.

—¿Y usted qué desea que le enseñe?

—Por ejemplo, a montar, y también el arte de la espada —contestó coqueta.

Diablos, era demasiado perspicaz. Claro que le enseñaría la espada, y también cómo montarla.

—También puedo enseñarle tiro, soy muy bueno con mi arma —sugirió jocoso.

Ella era tan inocente que no se había dado cuenta de adónde la estaban llevando esas ansias por parecerse a los caballeros. Era probable que terminara cayendo en las garras de ese vizconde, pero ¡qué hombre!, se dijo, podía ser el esposo adecuado.

—Me encantaría, aunque no sé en qué momento me enseñaría esas artes —reflexionó ella en tono serio.

Estaba seguro de que se referían a lo mismo, aunque William dudó ante las palabras de la dama.

—¿Qué hace usted por la noche?

—¿De noche? —preguntó desconfiada.

—No parecen gustarle las aventuras, lady Caroline —la tentó.

—¡Claro que me encantan, soy adicta a las emociones fuertes! —se defendió con presteza.

—También yo —contó en tono cómplice—. ¿Qué le parece tener mañana por la noche su primera lección?

—Me encantaría, milord. No sé por qué mi primo lo tachó con tal presteza.

—Es solo precaución, es un libertino como yo.

—¡Lo sabía! —confirmó ella con una sonrisa.

—Tiene una hermosa sonrisa, milady.

—Gracias. La verdad es que no podría decir nada malo de usted, es bastante agraciado.

—Entonces coincidimos en algo: en que soy apuesto, claro.

—Es tan engreído. Me cae bien, milord.

—¿Me permite una pieza?

—¿Para bailar?

—Claro, para que su primo vea que no tengo malas intenciones —mintió sonriente.

Fueron hasta la pista y comenzaron a danzar. Las manos de él sujetaban con firmeza la cintura de la dama mientras exhibía sus dotes de bailarín.

—Es usted muy buena en el baile, milady —aduló William.

—Se trata solo de su imaginación, milord; en cambio usted sí que baila muy bien, no me cuesta nada seguirlo. ¿Cómo lo llaman? ¿Lord Pies Ligeros?

—No, en realidad me llaman lord Trasero de Nieve, pero eso no importa —reveló, y enseguida le restó importancia.

—¿Trasero de Nieve? —se burló—. Eso es muy gracioso. ¿Por qué le dicen así?

—Porque mi noble trasero es el que siempre está expuesto por Londres cuando huyo de las casas de mis amantes —confesó con una sonrisa.

—Entonces usted es el famoso lord W.

—Sí, lo soy. No estoy muy orgulloso de que me digan Trasero de Nieve, pero es lo que hay.

Ella lo miró con un brillo de diversión e inquietud a la vez. No se explicaba qué era lo que le producía ese hombre tan simpático y apuesto.

—¿No me diga que ha decidido reformarse y está buscando esposa como mi primo?

—Mis amigos quieren que lo haga, aunque yo no lo deseo tanto. Aún no ha nacido la mujer que pueda domarme.

—¿Es acaso un corcel que necesita ser amaestrado?

—Tiene un excelente sentido del humor, milady.

Nicholas, que estaba buscando a su prima, al verla danzar con Hereford, sintió una rápida y absoluta desesperación. La reputación de la joven se vería muy afectada por la mala compañía con la que se mostraba.

—Maldito sea. Va a arrepentirse de no haberme escuchado —bramó enojado el futuro vizconde.

Anthony miró hacia donde se dirigía Nicholas. Iba a echar a perder el plan, que iba tan bien.

—Nicholas, espera, déjalos. No están haciendo nada malo —lo interrumpió Anthony.

—Sus malditas intenciones no son honorables. ¿Sabes que su padre se va a morir pronto y que ella quedará bajo mi tutela? ¿Piensas que la expondría a un hombre como él? Estoy aquí para conseguirle un esposo decente.

—Él no se acuesta con vírgenes —afirmó su amigo.

—Eso no me importa. No quiero que termine seduciéndola y luego esté con ella a pesar de su virginidad —gruñó con enojo.

—Calma, Nicholas.

—No puedo tranquilizarme. Estoy intentando hacer algo bien en mi vida, y este infeliz quiere echarlo todo a perder, no puedo tolerarlo. Haré lo imposible por mantenerlo lejos de ella.

Capítulo 7

—¿Quiere alguna bebida, milady? —consultó William.

—Gracias, pero iré al jardín por un poco de aire. Este lugar está bastante abarrotado y, como sabe, las damas no debemos sudar —rio Caroline.

—La acompaño para que no se pierda.

Salieron juntos al exterior; Caroline se sentó en el césped mientras él la miraba sin poder evitar cuestionar esa acción.

—Vamos, lord W., siéntese. ¿O tiene miedo de que su trasero de nieve deje de ser blanco? —se burló la dama.

—Jamás en la vida había visto una joven tan poco refinada como usted. —La miró desde arriba en un gesto que pretendía imitar a alguna mujer de alcurnia.

—Es usted muy divertido, pero un lord demasiado remilgado para ser el más célebre libertino de Londres —insinuó Caroline.

—¿Está usted dudando de mi reputación? Me siento en verdad ofendido. Quizá tenga que demostrar ser el que dicen, ¿no lo cree? —respondió William al desafío en tanto miraba con fijeza los ojos verdes de ella.

—¿Me demostrará el significado de su nombre, Trasero de Nieve? —continuaba ella, que no podía dejar de reír.

—Me resulta complaciente ser objeto de sus burlas. Creo que puedo llegar a hacerle perder su buen juicio, y entonces terminará cometiendo alguna locura.

—Me encanta hacerlo, por eso mis amigas me llaman Locura —confesó.

—¿Locura, eh? ¿Qué le parece si hacemos una ahora?

—Dígame y yo lo haré —aceptó decidida.

—Pues solo tiene que besarme —indicó William con gran simplicidad.

—¿Besarlo? —preguntó entre risas—. ¡Es usted un juerguista!

—¿Qué le hace un simple beso? No muerdo, y lo digo de manera literal. No tema, saldrá intacta.

—Está desquiciado. Usted es un hombre cuya reputación ha caído en desgracia y, si nos ven aquí, degradará mi buen nombre —justificó con argumentos sólidos.

—No veo por qué la llaman Locura —insinuó para provocarla.

Caroline se sentía desafiada. Ella era Locura, él estaba cuestionando su identidad. La joven amaba los retos; por otro lado, aquel sería bastante satisfactorio si podía llevarlo a cabo sin consecuencias graves como hundir su reputación por ser descubierta con un libertino.

—Ya lo verá. —Se levantó y lo tomó de las manos para obligarlo a correr hacia la parte más espesa del jardín.

Al verse inmersa en esa situación, lo pensó mejor: “¡Dios!, ¿qué la estaba llevando a cometer semejante locura? Claro, entonces lo recordó, la puesta en duda de su apodo”.

—Creo que ya estamos lo bastante lejos, milord —anunció Caroline—. Solo una loca iría con un libertino al rincón más alejado de la fiesta.

—Pero si aún no ha cometido ninguna locura —la acusó en tanto se miraba las uñas.

—¿Qué? ¡Expuse mi reputación, eso es una locura para cualquier dama! —se indignó.

—¿Está usted huyendo del beso?

—¿Yo? ¡No soy ninguna cobarde! —aseguró con el pecho inflado.

—¿Entonces?

—No puedo darle mi primer beso. ¿Qué le parece si me lo roba? Eso es lo que haría un verdadero libertino célebre —afirmó como si conociera sobre el tema.

—Bien jugado, milady. Al final soy yo quien debe demostrar su reputación —admitió William mientras se acercaba a ella como un gato tras un pequeño ratoncito.

Al verlo aproximarse de esa manera, el corazón de Caroline se aceleró. Estaba a punto de ser besada por primera vez, y se suponía que los hombres disolutos eran unos expertos en ese arte.

—Recuerde que es mi primer beso —le advirtió mientras temblaba.

—No le creo. Es muy atrevida para que esta sea su primera vez, pero le seguiré el juego —decidió antes de posar los labios sobre los de ella.

Se sentía tan dulce, tan inocente… Parecía imposible.

Ella estaba a punto de sufrir un síncope, no había sentido algo así en la vida. Los labios expertos y suaves de él sobre los torpes de ella eran deliciosos. Él quiso profundizar el beso y se afanó en utilizar la lengua para forzarla a abrir la boca hasta que lo consiguió. Era una danza sensual que despertaba sensaciones del todo nuevas en el cuerpo de la muchacha.

William había pensado que se estaba haciendo la remilgada, pero, a medida que la besaba, se daba cuenta de que ella era bastante inexperta, lo que resultaba muy raro para la imagen de joven libertina que Anthony le había pintado.

El beso fue cambiando de tinte, de suave y delicado a más que apasionado. William quería más de esa dulce locura, por lo que, con lentitud, fue moviendo las manos hacia las nalgas de ella y las agarró con firmeza.

Caroline dio un respingo y se apartó.

—¡Milord! —gritó escandalizada.

—Solo fue un poco de… locura —justificó sonriente.

Ella se acomodó la falda que lord W. había arrugado.

—Vamos de regreso al baile o nos buscarán. Debo estar con Nicholas —habló en un tono más serio por el susto.

Mientras caminaban, varias preguntas surgieron en la mente de William acerca de la relación entre su acompañante y Nicholas.

—¿Qué grado de parentesco tiene con Nicholas, milady? —inquirió mientras ella iba un poco más adelante.

—Es el primo de mi padre —contó.

—Entonces no son tan cercanos.

—No, pero él va a pasar toda la temporada con nosotros.

—¿Sabe que, básicamente, usted y su primo podrían ser pareja? —advirtió William.

—¿Qué dice? —preguntó horrorizada.

—Ya casi no comparten lazos sanguíneos; además, los matrimonios entre primos son algo permitido y común desde hace siglos.

—¡Eso sería una locura!

—Usted es Locura —señaló al tiempo que insinuaba que ella sería capaz de hacerlo.

—¡No, por Dios, yo lo veo como un hermano!

—Vaya hermano libertino. Nicholas no respeta nada que tenga faldas, al igual que yo.

—Deje de querer mostrar una mala imagen de él a mí, no va a lograrlo. Mi primo está buscando esposa, y yo debo ayudarlo. Usted me desvía de mi objetivo —reclamó, a punto de llegar al salón, cuando escuchó unos ruidos extraños—. Espere… Creo que hay otra pareja aquí —advirtió en voz baja, y sujetó a William del pecho.

Él miró en la dirección a la que apuntaban los ojos de Caroline.

—¿Clay? —curioseó estupefacto al ver cómo besaba a una hermosa jovencita de cabellos negros.

—¿Prudence?

—¿Cómo que Prudence? No parece muy prudente —dijo en obvia alusión al nombre de la muchacha—, está besándose con mi amigo aquí en el jardín.

—Mire quién lo dice, el señor del trasero libertino.

—No me tiente, Locura, que puedo arrancarle la ropa aquí mismo.

Ella retrocedió ante la amenaza y terminó pisando unas hojas secas cuyo ruido hizo que Clay y Prudence culminaran el beso de manera abrupta. Ella le dio una cachetada y corrió, pero la sonrisa no se esfumó del rostro de Clay.

—¡Mire lo que hizo su amigo! ¡Pobre Timidez!

—¿Timidez? No lo parecía —habló con sorna—. Estaba trepándose a Clay. Seguro que es de esas jovencitas que quieren pescarse un esposo a la antigua, con un escándalo. Es un método ideal, y como Clay, pobre, es tan bueno y no tan libertino, casi cae. Debo agradecerle haber salvado a mi amigo de un posible matrimonio.

Caroline lo miró iracunda.

—¿Cómo puede decir tantas estupideces juntas al referirse de esa manera a mi amiga? Ninguna de nosotras piensa conseguir un matrimonio de ese modo para su información —le comunicó con una casi palpable indignación.

—No se enoje, milady —quiso calmarla William, e intentó agarrarle el brazo, pero ella enseguida reaccionó.

—¡Ni se le ocurra tocarme! Todo lo agradable que había sido se fue al diablo. Olvídese de enseñarme lo que le pedí, prefiero que mi primo lo haga —afirmó con la frente en alto antes de salir de entre los matorrales y pasar al lado de Clay.

—¡Lady Caroline, espere! —gritó William mientras ella se iba con rapidez—. ¡Maldición!

—¿Qué demonios se supone que hacías con ella allí?

—¡Déjame hacerte la misma pregunta! ¿Qué hacías con esa damita?

—¡Nada! —respondió, sin poder evitar sonrojarse.

—¿Nada? La estabas besando, Clay —lo zarandeó.

—¿Y eso, qué?

—¡Qué pudieron haberte encontrado en una situación comprometedora, y habrías tenido que responder por esa jovencita! En síntesis, un suicidio.

—¿Y?

—¿Has perdido el juicio acaso?

—Quiero casarme. Además, esa muchacha me parece ideal, me encanta —se plantó sonriente.

—No… ¡Tú no, Clay!

—¡No seas exagerado, William!

—No sabes lo que pides.

—Lo sé a la perfección. Asunto terminado. Ahora dime, ¿tú qué hacías con la prima de Nicholas? —inquirió.

—¡Se escapó! ¡Todo por tu culpa!

—¿Mi culpa? No te metas con la prima de Nicholas, es una mujer prohibida.

—¿Por qué?

—Porque es su prima y la está cuidando.

—Eres tonto, Clay, su parentesco es casi nulo —señaló William.

—¿Y eso, qué?

—Que nuestro Nicholas quiere a la paloma para él, pero no se la dejaré, la convertiré en mi amante —anunció.

—Deja los disparates. Vamos adentro.

Los dos hombres entraron mientras Caroline seguía buscando a Prudence, que se había juntado con Grace.

—Prudence… —llamó Caroline a su amiga, que se dio vuelta y la miró con ojos llorosos.

—¿Te hizo algo que no te gustó? —preguntó Grace.

—No —respondió la afligida dama.

—¿Entonces por qué lloras?

—Porque me gustó mucho —admitió con vergüenza.

Caroline puso los ojos en blanco antes de proseguir.

—Pensé que él te había forzado —explicó—, ¡por eso mande al infierno al vizconde! ¡Por tu culpa, Prudence!

—Cálmense, no podemos ponernos así. Yo no he podido avanzar nada con el marqués, está con aquel rubio alto —señaló Grace.

—¡Oh, es mi primo Nicholas! —contó Caroline.

—Tu primo es muy apuesto —pronunció Prudence, y enseguida se tapó la boca.

—Es un caballero dotado de hermosura, concuerdo contigo —convino Caroline.

Mientras las tres muchachas conversaban, William comenzó a buscar con la mirada a Caroline. Estaba decidido a no dejarla escapar.

—Mira, el vizconde viene hacia aquí. Parece furioso —avisó Grace a su amiga.

—¡Me iré, me escapo! —masculló mientras planeaba una acelerada huida—. ¡Mi primo es mi salvación, allí no se acercará!

William vio cómo la escurridiza Locura iba hacia donde se encontraba Nicholas, pero se adelantó y le cerró el camino.

—¿Adónde va, Locura? —preguntó guasón.

—¡Lord W., me sorprende! Estaba yendo junto a mi primo —explicó en tanto trataba de mantener la calma.

—¿Piensa pedirle que le dé unas clases?

—Claro que sí, creo que cualquiera puede enseñarme, ¿no es así? —expresó al tiempo que elevaba una ceja con suficiencia.

—No, no, no… —Gesticuló con un movimiento negativo de la cabeza y declaró—: Solo expertos como yo pueden ayudarla, mi querida señorita.

Capítulo 8

Nicholas estaba preocupado por Caroline, necesitaba encontrarla, pero no podía deshacerse de Ernest.

—Ernest, acompáñame a buscar a mi prima, no está segura con ese depravado suelto —dijo en referencia a William

—Es inofensivo, lo juro —expuso Ernest para tratar de calmar a Nicholas y ayudar a Anthony. Deseaba que el plan que habían ideado saliera bien para que William terminara casado con una mujer ejemplar.

—¡Iremos a buscarla ya! ¡Si no quieres, bien, entonces te quedas! —se impacientó Nicholas, que se marchó con largas zancadas del salón, con Ernest detrás.

* * *

Caroline y William seguían discutiendo la cuestión de la enseñanza con ímpetu, hasta que él decidió empezar con la lección.

—¡Déjeme, es usted un salvaje! —lo acusó ella mientras William la llevaba a rastras a un lugar un poco más privado.

—No crea que voy a permitir que Nicholas le enseñe lo que yo puedo mostrarle con mayor capacidad.

—Dudo que pueda hacer algo que él no.

¿Acaso pretendía insultarlo con la comparación?

—Seré más joven que Nicholas, pero soy mejor que él en todo —aseguró.

—Veo que es competitivo. Sin embargo, creo que eso puede llevarlo a sobreestimar sus propias capacidades.

—Lo dudo. Nadie me gana cuando quiero conseguir algo, puedo jurárselo. No es por vanidad, milady. Creo que usted debería dejar de subestimarme hasta que le demuestre de lo que soy capaz.

—¡Oh, claro, yo también soy decidida! Si quiero librarme de usted, lo voy a hacer. No lo menosprecio, tan solo estoy corroborando su incapacidad, y me refiero en particular a su sordera. Le he pedido que me deje —expresó enfadada.

—Mañana por la noche le puedo mostrar cómo se monta de verdad, milady —propuso jocoso.

Ella lo miró desconfiada y pensó en cómo voltear el juego a su propio favor. Debía admitir que le encantaba el vizconde, pero tenía que hacerse la difícil para conseguir que él la buscara de nuevo.

—Mmm… ¿A qué hora y dónde? —preguntó Caroline.

—¿Le parece en mi casa?

—¿Su casa? ¿Está usted demente? Nos encontraremos en Hyde Park y montaremos allí.

—¡Resulta que es usted toda una sorpresa! —William sonrió complacido.

Esa revoltosa mujer sería su amante. Si lograba seducirla, debería quedársela hasta cansarse de ella. Lady Locura parecía ser un blanco fácil.

Ambos escucharon unos pasos.

—¡Caroline, aléjate de esta lacra! —sentenció Nicholas.

—Si así tratas a tus amigos, ¿cómo lo harás con tus enemigos? —pronunció Ernest con sarcasmo.

—No estábamos haciendo nada malo, Nicholas —se defendió William.

—Mira, Willy, mi prima es sagrada, así que, si colocas un dedo sobre uno de sus rubios cabellos, no vivirás para ver otro amanecer. ¿Te quedó claro?

—¿No está exagerando un poco? —se quejó Caroline.

—Este rufián —señaló— quiere acostarse contigo, solo eso. Te sugiero que te apartes de él.

—En ningún momento me ha sugerido semejante cosa, solo estábamos dialogando —repuso ella.

—¿Aquí? ¿Solos? Característico de alguien con intenciones poco claras. Ve y espérame con tus amigas, Caroline —ordenó Nicholas

—Está bien.

Cuando la dama se alejó, William ya estaba preparado para arrojar veneno.

—¡Vamos, Nicholas! Sé que quieres tener a tu prima —lo acusó.

—¿Qué?

—Esto se va a poner feo —pronunció el marqués por lo bajo.

—No comes ni dejas comer. Ella es muy bonita, ¿por qué no vemos quién la conquista primero?

Al parecer William no se daba cuenta de que su amigo Nicholas estaba a punto de estallar.

—Nicholas, debes calmarte —aconsejaba Ernest—. Quizá nuestro amigo ha bebido demasiado.

—¡Quiere acostarse con mi prima! —exclamó indignado.

—Yo querría hacerle el amor.

—¿Amor? ¿Qué sabes tú del amor? Solo eres un cuerpo sin alma que nunca ha recibido cariño.

—Eres cruel, Nicholas —dijo William con seriedad—. Pero, para que seamos claros, me acostaré con tu prima hasta morir y luego te daré las sobras.

Nicholas montó en cólera y lo agarró del cuello.

—¡Retira lo dicho! —ordenó.

—Retíralo, William, si sabes lo que te conviene —sugirió Ernest, que mantenía sujeto al furioso pariente de lady Caroline.

—Está bien, no tendré sexo con ella; le haré el amor hasta que llore de placer —se burló.

Tras dejar caer esa frase, se retiró de la fiesta. Había sido suficiente por un día, había demasiada tensión por una mujer. Jamás había imaginado que terminaría peleándose con uno de sus viejos amigos por una muchacha, pero lady Caroline era una delicia que él quería probar. No

cabía duda, no se la dejaría tan fácil. ¿Qué había ocurrido con los tiempos en lo que compartían hasta a las mujeres? Nicholas había cambiado, se había vuelto demasiado serio, todo un señor, mientras que él seguía siendo el mismo.

—Vámonos a casa, Caroline.

—Pero ¿por qué?

—Porque voy a alejarte de ese infeliz.

—Pero el vizconde no me hizo nada…

—¿Confías más en él, que lo acabas de conocer, que en las palabras que te digo yo, que lo conozco desde los pañales? Hemos compartido todo, incluso mujeres. Él piensa que me interesas en un sentido romántico y me cree su competidor, pero está equivocado.

—¿Competidor?

—Quiere convertirte en su amante; créeme, tú no necesitas eso, sino un esposo.

—Yo lo sé, pero…

—Pero nada, prima. Es una advertencia: si lo veo cerca de ti, no dudaré en darle su merecido. ¿Sabes acaso lo que puede sucederle a tu reputación si te dejas rodear por esa clase de gente? Perderías todo. Él no es un hombre para ti, recuérdalo.

—Sí, Nicholas —aceptó triste. Cuando por fin se había animado con alguien, resultaba que era lord W., el legendario calavera. No obstante, no podía creer que fuera tan cruel como todos sostenían. ¡Era tan simpático! Con él no tenía que fingir, y besaba tan bien…

No podía enamorarse de un disoluto. Recordó lo que él había comentado sobre su amiga y acerca de que no quería que le tendieran una trampa, pero eso sería algo que conversarían al día siguiente por la noche. Estaba determinada a conocer más sobre ese libertino, sobre el efecto que tenía en las mujeres y sobre lo que lo hacía tan irresistible.

—No pienses tanto en él, no es malo. Es solo que tú mereces a alguien mejor, alguien que algún día pueda llegar a amarte. Él no puede dar lo que jamás recibió —disertó Nicholas.

—Yo no entiendo…

El recién llegado se sentía culpable. Era el único que conocía el dolor más profundo del vizconde y había usado ese conocimiento para intentar frenarlo. Sin embargo, lo único que había conseguido era que se empecinara más con Caroline. Se trataba de una carrera en la que solo William competía, aunque no lo sabía. Su amigo estaba completamente loco. Después de todo, el desenfreno era lo único en que podía desembocar esa larga vida de excesos. No terminaría bien de ninguna manera.

* * *

William se había reiterado bastante temprano de la fiesta. Nicholas había jugado sucio cuando lo único que él había hecho era colocar las cartas sobre la mesa. Maldita sea, estaba tan frustrado. Necesitaba una mujer en ese preciso instante. Odiaba lidiar con los sentimientos, pero tenía un

vacío inmenso y solo obtenía tranquilidad durante un rato con una mujer. De modo que, se dirigió rumbo a una de sus viudas más deliciosas para intentar aplacar la falta y la soledad con un poco de placer.

Comenzaron muy bien, pero luego recordó a la bella rubia, la prima de Nicholas, y toda la libido hacia la mujer que tenía entre sus brazos se apagó.

—¿Qué ocurre, William? Estás desconcentrado. Vamos, cariño, hazme tuya —pedía la fogosa amante.

En verdad lo estaba intentando, pero su arte lo había abandonado. No había manera de resucitarlo, así que tomó sus prendas y salió con premura de aquella casa.

"¿Y ahora qué?", se preguntó, mucho más frustrado que antes. Solo pensaba en que lady Caroline estaría la noche siguiente en Hyde Park, lista para montar. Al pensar en esa escena, el ardor retornó, lo que hizo que su frustración fuera aún mayor. Iría a su casa para ahogar las penas en el alcohol, ya no le quedaba otra opción. Beber hasta la inconsciencia y perderse en el licor le concedería una paz momentánea.

Ya se había bebido una botella completa y todavía nada, Dios no se apiadaba de él para darle serenidad esa noche. Entonces llamó a Paul para solicitarle ayuda.

—¡Paul! —gritó, y el hombre tardó en aparecer.

—Dígame, milord…

—Quiero dormir y no puedo hacerlo.

—¿Quiere que le prepare un té?

—¿Acaso piensas que soy un afeminado? Quiero que me golpees hasta desmayarme.

—No lo haré.

—Te pago para que hagas lo que te digo. En este instante, quiero quedar inconsciente, por favor —pidió ya sin fuerzas. Estaba demasiado cansado de sí mismo, de sus locuras, de la falta de amor y de esa horrenda soledad.

—Está bien, milord, pero no me despida.

Paul golpeó a William en la cabeza con un libro contable, y allí por fin el hombre puedo conciliar el sueño.

El mayordomo entonces lo llevó en brazos hasta la cama con la ayuda de unos mozos para que estuviera más cómodo.

—Pobre señor —se compadecía uno de los criados—, siempre ha estado tan solo.

—Se siente vacío y abandonado, no tiene amor. Ni su padre, mucho menos su madre, se preocuparon por educarlo y quererlo —contó Paul—. Quizá, si algún día decide casarse, alcance cierta satisfacción y deje atrás esta soledad.

Capítulo 9

Caroline no podía dejar de pensar en el vizconde. No había pegado un ojo en toda la noche por tener la cabeza ocupada con imágenes de él, de sus ojos tan bonitos, de su piel tan blanca. Recordaba ese gracioso apodo, Trasero de Nieve, y sonreía como una tonta.

—Despierta, Caroline —la llamó su padre—. ¿Cómo les fue anoche?

—Bien, fue divertido.

—Nicholas, ¿ha habido algún caballero interesado?

—Nadie que merezca la pena mencionar, Nathan —respondió.

—A mí me pareció muy amable el vizconde de Hereford, pero creo que Nicholas lo maltrató.

—¿Estás loca, Caroline? No repetiré lo que dije anoche, él es un "no" de cabo a rabo —recordó su primo.

—Ese vizconde libertino se ha metido con todas las mujeres de la ciudad. No te acerques más a él o hundirá tu reputación, y si lo hace, ¡te enviaré a un convento! —advirtió su padre.

Un convento; aquello era la mayor pesadilla.

—¡Padre! Por favor no… ¿Nicholas? —Lo miró para pedir ayuda.

—Lo apoyo, no dudaré en hacerlo. Ese cretino jamás se responsabilizará si logra algo contigo. Entonces, ¿quiénes serían los perjudicados? ¿Él? No lo creo. ¿Tú? Serías la víctima culpable. Dedícate a buscar un esposo decente.

—Jamás dije que pretendiera algo más con lord William, solo que me pareció amable. Que usted crea que quiere algo más conmigo no tiene fundamento alguno.

—Caroline, vamos un rato afuera, saldremos al parque —invitó Nicholas mientras le ofrecía el brazo para que lo tomara.

Ella aceptó de mala gana, y emprendieron la salida a pie rumbo al parque.

—Caroline, hace dos días llegué a tu casa con las mejores intenciones. ¿Sabes que, el día que tu padre muera, seré tu tutor?

—¿Qué? No lo sabía —contestó muy desanimada, pues tenía una mala impresión de aquel sucesor.

—Tranquila, no voy a sacarte nada ni voy a echarte, por eso no debes preocuparte. Nathan está convencido de que debes casarte esta temporada, ¿por qué no le das esa alegría y dejas de llenarte de ilusiones con alguien que apenas conociste anoche? Te diré una cosa más: él te quiere en su cama, me lo dijo ayer. No es bueno, Caroline.

—A mi parecer es un hombre con humor, lo habrá dicho solo para provocarte; Nicholas, eres demasiado serio.

—No dudo que también lo hizo por eso, pero él es un cazador nato, querida prima, no te confíes de su amabilidad y sus educados modales. Él esta hueco, no tiene sentimientos.

—Si es amigo tuyo, no deberías decir eso, debe de querer a alguien.

—No tiene a quién querer, no quiere casarse, no quiere tener hijos. En síntesis, es un hombre traumado, privado de afecto durante toda su vida. Tal vez, por eso busque consuelo en el libertinaje. No es buena compañía para una dama correcta como tú.

—Me da tanta pena —expresó Caroline con el rostro compungido. William no tenía a nadie que lo amara ni a quien amar. A ella le gustaba mucho el modo de ser de vizconde y quizás, si se lo proponía, podría ser capaz de traerlo de vuelta al mundo para que sintiera el afecto de alguien.

—Él no se esfuerza por encontrar un amor que llene el vacío de su vida. Debo admitir que sería interesante que sentara cabeza y construyera una familia —opinó Nicholas.

—Tal vez. Estoy segura de que en realidad no quiere quedarse solo por siempre, te apuesto lo que quieras.

—¿Cuánto tienes para perder, querida prima? —preguntó Nicholas sonriente.

—Lo que padre me deje y lo que tú administres —contestó.

—Creo que es un buen negocio. Seré más rico al dejarte sin dote.

—No seas así. —Ella sonrió en tanto le daba pequeños golpes en el brazo.

* * *

William estaba despertándose con un terrible dolor en la cabeza.

—¡Paul! —vociferó.

—Milord, ¿me ha gritado? —preguntó sarcástico.

—Te he llamado, Paul, no te hagas el listo —advirtió sin dejar de agarrarse la cabeza.

—Si me quería llamar, hubiera usado la campanilla, milord.

—¡Dios! Recuérdame por qué aún sigues en esta casa —masculló mientras se apretaba los ojos con los dedos.

—Porque soy un empleado eficiente y he sido su ayuda de cámara casi desde la cuna.

—Está bien, está bien… ¿Con qué me golpeaste?

—Con un libro contable.

—Fue una buena idea, los números siempre me han dejado inconsciente —comentó con un intento de sonrisa.

—¿Quiere desayunar?

—No, iré a comer fuera —repuso—. Espera, ¿dijiste “desayunar”? ¿Qué hora es?

—Las nueve de la mañana, milord.

—Pero si yo jamás me levanto antes de las doce del mediodía.

—Es un suceso extraño, pero, como ya ha decidido desayunar fuera, lo ayudaré a vestirse para que pueda irse —mencionó el empleado.

—Prepárame un baño entonces, huelo mucho a alcohol —pidió, consciente del hedor que inundaba la habitación.

—Es que se tomó su botella nueva de brandy.

—¿Toda?

—Toda —confirmó el ayuda de cámara.

—Consígueme otra, o mejor que sean dos; quizá las necesite más seguido.

—¿Un período de frustración?

—Mucha —respondió disgustado al recordar el golpe bajo de Nicholas.

—¿Alguna dama?

—No, un amigo íntimo —zanjó el tema y sonrió.

Después de tomar un baño, vestirse y perfumarse, estaba listo para enfrentar un nuevo día en tanto deseaba que llegara la noche para poder hablar con lady Caroline de nuevo.

Se dirigió en su carruaje rumbo a la casa de su amigo Clay, pero, al pasar por el camino que circundaba al parque, vio algo que le llamó la atención. Allí estaban Nicholas y lady Caroline, que caminaban tomados del brazo, sonrientes, mientras al parecer se hacían bromas uno al otro.

William estaba en verdad enojado. Nicholas le llevaba gran ventaja en lo que respectaba a la dama ya que vivía con ella. Estaba seguro de que, una de esas noches, él la seduciría y disfrutaría de ella hasta el hartazgo.

—¡Maldición! —gruñó—. Detente aquí —ordenó al cochero, que frenó la marcha.

El vizconde bajó y fue caminando con tranquilidad hacia ellos.

—Es un bello día, ¿no le parece, lady Caroline? —pronunció William, cuya presencia sorprendió gratamente a la muchacha.

—Buenos días, milord —respondió ella al tiempo que le obsequiaba la mejor de sus sonrisas.

—¿Nos has estado siguiendo, Willy? —preguntó sugerente Nicholas.

—No, iba a la casa de Clay cuando los vi a ustedes y quise saludarlos. ¿Hice algo incorrecto, Nicholas?

—Ha sido muy amable de su parte —comentó la joven mientras intentaba hacerle algún tipo de señal que le indicara la intención de verse por la noche.

—Caroline, no lo secundes por favor, no querrás tener a este detrás de ti —objetó con un tono despreciativo el futuro vizconde de Berkeley, que no dejaba de mirar al otro caballero.

—Nicholas, sé amable —pidió la dama.

—Soy amable, pero…

—¡Lord Nicholas, qué bueno verlo por aquí! —lo interrumpió la voz de un hombre mayor.

—¿Sir Harry? El gusto es mío. No sabía que usted había regresado de América.

Al ver a esos hombres conversar, Caroline llegó a la conclusión de que esa sería su única oportunidad para concertar un encuentro con William.

—Milord, no ha olvidado la promesa de enseñarme a montar, ¿verdad? —susurró.

—Jamás podría hacerlo —respondió.

—Esta noche en Hyde Park a las once, lleve dos caballos.

En ese momento sir Harry se despidió de Nicholas, mientras ella cavilaba que ese día la suerte estaba de su lado, pues había podido arreglar un encuentro con el vizconde en el momento justo.

—Vámonos a casa, Caroline. Adiós, Willy —se despidió en el tono más frío que pudo, mientras William le dedicaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Hasta pronto, milady —expresó antes de darle un beso en la mano.

—Ha-Hasta pronto —tartamudeó ante el contacto.

Recién al llegar al hogar, Nicholas volvió a dirigirse a Caroline.

—No te dejes engatusar por él. Te lo advierto. Esta noche tenemos la velada de los Finch, así que prepárate.

—Sí, lord Serio —respondió como si fuera parte de una guarnición militar. Luego subió las escaleras hasta su habitación.

Debía pensar cómo hacer para no ir a esa velada. ¡Claro! Ya lo tenía: iba a fingir un dolor de cabeza o un malestar. Una excelente idea.

* * *

William, dentro del carruaje, no dejaba de pensar en para qué demonios necesitaban dos caballos. ¿En verdad ella creía que él le enseñaría a montar? Pero por las dudas sería mejor aparecer con los dos animales. Quizás la dama tuviera alguna intrépida fantasía.

—Locura —mencionó con un suspiro, y el apelativo de su nueva conquista en ciernes lo hizo sonreír.

Ese día dejó de pensar en esa mujer y en el coraje que había sentido al verla del brazo de Nicholas. Él era un libertino reformado muy atractivo, mejor que nadie para un esposo, pero no, ella era también una mujer disoluta, y William estaba resuelto a convertirla en su amante.

* * *

—¿Ya estás lista, prima?

—¡Oh, me siento fatal, Nicholas! Tengo mucho dolor de cabeza y otros malestares —insinuó para hacer referencia a ciertos problemas femeninos.

—Oh, comprendo. ¿Prefieres quedarte?

—Sí, por favor. Salúdame al vizconde si lo ves.

—No me tientes… —Le sonrió mientras le acariciaba el rostro—. Mejórate pronto.

—Se me pasará enseguida, es siempre así el primer día —justificó con una mueca amable.

Capítulo 10

Eran más de las diez; William le pidió a uno de sus mozos que le preparara dos caballos. El empleado lo miró con la confusión pintada en el rostro.

—¿Dos caballos?

—Sí. Uno debe ser manso, para que lo monte una dama —indicó con aquella cínica sonrisa que lo caracterizaba.

—Milord, no tenemos sillas para amazonas.

—No importa, creo que esta joven no necesitará utilizarla —replicó mientras hacía un gesto para restarle importancia.

* * *

En casa de Caroline, ella aún no había pensado en cómo librarse de la niñera para poder salir a encontrarse con el vizconde.

—No entiendo por qué no has ido a la velada de los Finch.

—Ya te dije, Nana, tengo dolor de cabeza. ¿Puedes dejarme descansar un poco?

—¿No quieres que te traiga un té?

—No, ya se me pasará. Voy a intentar dormir, espero que nadie me moleste, ¡y eso te incluye! —avisó la muchacha.

—Está bien, querida. Si necesitas algo, avísame y vendré enseguida.

—¡Sí, sí, Nana! ¡Buenas noches! —exclamó Caroline, que parecía apurada por echar a la mujer.

Estaba preocupada porque necesitaba pensar rápido en cómo hacer para escapar de manera expeditiva. Con un vestido no podría, así que tomó un viejo pantalón de su padre y una de sus camisas. Los usaría con una bota no muy alta, se colocaría un tapado y saldría con tranquilidad: jamás nadie la reconocería.

Caroline se asomó por la ventana. No era muy alto, así que podría deslizarse con facilidad por allí y luego saltar la muralla. Era un plan un poco tosco, pero resultaría.

Después de unos minutos, así lo hizo, y salió a la calle. Lo había logrado. Tenía que darse el mérito para semejante habilidad para las travesuras. Se había escabullido de la residencia para encontrarse nada más y nada menos que con un hombre disoluto.

Debía llegar hasta Hyde Park. Para su buena fortuna, no estaba demasiado lejos: unos diez minutos de caminata rápida resolverían el problema.

En el parque, debajo de un árbol, William estaba esperándola con los caballos. A la distancia, él observó que se acercaba una silueta cubierta con una capa, pero no le prestó atención porque la tela no se hinchaba, lo que significaba que se trataba de un hombre.

—Buenas noches, milord —saludó con voz suave Caroline.

—¿Lady Caroline? —cuestionó, extrañado de que no se hubiera presentado con un vestido.

Ella bajó la capucha y le sonrió.

—Si no me vestía así, no iba a poder escaparme por la ventana ni saltar las murallas de mi casa —justificó con gran picardía.

—¿Vestida cómo?

Caroline abrió la capa y le mostró la camisa y los pantalones varoniles.

—Como hombre, milord. Quiero aprender a montar y, con vestido, lo veo bastante incómodo.

Él no podía replicar nada, estaba demasiado sorprendido. Jamás en su libertina vida había contemplado semejante belleza. Estaba hipnotizado por aquella hechicera de la sensualidad.

—¿Milord? —llamó al desconcertado caballero, que no dejaba de observarle la vestimenta.

—Dígame —contestó en tanto trataba de despertar de aquella ensoñación. Esa mujer lo iba a volver loco si esa noche no la hacía suya.

—Que si ya vamos a montar…

—¿Era verdad lo de montar? —preguntó con verdadera confusión.

—¡Por supuesto! ¿Usted qué pensaba?

—Usted me dio a entender otra cosa…

—¿Qué? ¿Qué cosa le di a entender? —interrogó asombrada Caroline.

William, con la sospecha de que había habido un enorme malentendido, decidió tomar el toro por las astas.

—Bien, mi bella dama, aquí se ha producido un pequeño enredo…

—¿Qué enredo? ¡Creí que los dos estábamos de acuerdo en que usted me iba a enseñar esas artes masculinas!

—Pensé que usted se refería a las artes amatorias, milady, no a estas excentricidades —confesó.

Los ojos de ella se le salieron de las orbitas. Él pensaba que era una mujer de la mala vida.

—¿Usted creyó que era una mujer ligera de cascos?

—En realidad eso fue lo que me dijo un caballero que había querido estar con usted.

—Si se refiere a ese lord machista, lo asusté porque le pedí que me enseñara esas artes, a lo que él se negó con la excusa de que esas cosas no son para las damas. Como soy muy partidaria de que las mujeres también puedan hacer todo lo que hacen los hombres, ese caballero en cuestión insinuó que mi propuesta era indecente, que yo era una libertina, pero no significa que lo sea en el sentido… ¡Ya me entiende, milord! —explicó indignada.

—¿Entonces usted es virgen?

—¡Claro que soy virgen! Esta es la segunda temporada que llevo aterrorizando a todos los caballeros que quieren tenerme solo como un adorno en sus casas. No quiero ser una esposa solo de nombre para ocupar un sitio entre las chismosas de Londres, sino que quiero a alguien que me dé aventuras y emociones.

William sintió que lo golpeaban con un mazo. ¡Una virgen! Jamás violaría la regla de oro, debía largarse de allí en ese instante. Había invertido tiempo y energías en una mujer con quien no conseguiría nada en absoluto.

—Entonces está con la persona equivocada, dado que yo jamás me casaré.

—Pero eso no impide que usted me enseñe, milord. Nos llevamos bien, tenemos buena conversación. Podríamos tener aventuras. Solo piénselo.

—Milady… —susurró, más que triste, frustrado y desanimado—, jamás he tocado a una virgen ni lo haré. Es mejor que nos alejemos.

—Pero… ¿al menos no quiere ser mi amigo? —preguntó Caroline con tristeza.

—Dígame, ¿usted pondría a una gallina a custodiar un saco de maíz? Yo creo que no… —se respondió a sí mismo—. Yo no podría estar al lado de alguien a quien nunca me podría comer.

—Comprendo —asimiló decepcionada—. Creí que podía hacerle compañía. Usted está muy solo, me lo ha comentado mi primo, y yo quería…

—¿Quién se ha creído Nicholas para pronunciar cosas que en su momento le confesé en privado? —se indignó—. Vaya amigo…

—Se preocupa por usted. No quiere que yo lo trate, pero creo que puedo ser una influencia positiva para usted. Permítame demostrarle que…

—¡Que nada! —gruñó William, enfadado—. Todos intentan cambiarme. ¿Cuándo se darán cuenta de que no quiero hacerlo? No pueden ayudar a alguien quien no quiere ser ayudado, es tan simple como eso.

Nada había resultado, estaba más frustrado que nunca en la vida. La mujer que lo atraía, la que le estaba encendiendo la libido, la única con quien había cruzado más de diez palabras sin llevársela a la cama, era virgen, era una condenada virgen. ¡Qué mala suerte! Su vida iba de mal en peor.

Para ella tampoco había terminado bien aquel plan, ya que él solo había querido llevársela a la cama, aunque no se acostaría con ella porque era virgen. El único hombre que a ella le había caído bien había resultado un libertino de lo peor que no la quería como amiga ni como nada. Debía continuar la búsqueda y olvidarse del vizconde.

—Si es lo que desea, milord, desapareceré de su vida. Así como entré, voy a salir, pero no sin que antes me muestre cómo montan los hombres.

—¿Me está poniendo condiciones para irse? ¡Qué locura!

—Soy Locura… ¿No lo recuerda, Trasero de Nieve? —preguntó en tanto intentaba no perder el buen humor antes de rendirse.

Él sonrió para no echar a perder su ya de por sí triste noche. Le cumpliría a la joven el sueño, le enseñaría a montar como los caballeros.

—Está bien, se lo mostraré.

Ella se quitó la pesada capa y quedó expuesta con el pantalón. William tuvo que tragar saliva. Ese cuerpo era perfecto, y jamás podría tocarlo. ¿Cuándo se había vuelto tan injusta la vida? Definitivamente alguien en el mundo no lo quería y le hacía brujerías para que nada le saliera bien.

—Gracias por ayudarme a subir. Ahora monte usted a su caballo, milord.

—Enseguida —contestó mientras intentaba que la calza no delatara el estado en el que se encontraba.

Caroline lo observó y sonrió. Al menos lo avergonzaría antes de irse.

—Milord, me temo que usted no ha podido ocultar que le agrado.

—Debo decir que es usted muy observadora para ser virgen —replicó jocoso.

—Dispense a mis ojos, que no han podido hacer la vista gorda al espectáculo —confesó juguetona—. ¿Le he hablado sobre los requisitos que pretendo para mi esposo? —preguntó para cambiar de tema. No quería meter el dedo en la llaga.

—No, pero imagino que será exigente, como todas.

—Soy exigente, es verdad, pero ¿qué cree usted que deseo?

—Como las demás mujeres, dinero, posición, un título, una casa gigante donde usted mande y que su marido no la moleste por las noches —aseguró.

—Está muy equivocado. Quiero un compañero, no alguien que me mantenga.

—¿Un compañero? —repitió desconcertado.

—Un compañero para la vida, alguien que caliente mi cama cada noche hasta saciarse de mí. No quiero un hombre que al verme diga: “Hay que hacer un heredero” como si yo sirviera solo para parir hijos.

Él la miraba extrañado. Quién lo diría, una mujer que quería disfrutar más del lecho del esposo que de su dinero. Una rareza absoluta. Por caso, la madre de William odiaba al padre y solo le hablaba de gastos y más gastos. Lord W. detestaba esa vida: por eso no quería casarse. No se uniría a una mujer para que solo le fuera indiferente y se aprovechara de él.

Capítulo 11

—Es entonces usted el tesoro perdido —bromeó.

—¿No me cree?

—Con sinceridad, no…

—¿Por qué?

—No conozco a una sola mujer que no ame el dinero más que al esposo.

—¿Ni su propia madre? —preguntó.

—Lady Hereford es la razón principal por la que jamás he de contraer matrimonio. Luego hay otras también… Estoy harto de las mujeres que piensan que van a cazarme con sus trampas. Me he salvado de innumerables tretas por parte de esa clase de damas. ¿Sabe lo que se siente ser una presa a la que acechan sin ninguna consideración?

—No, no lo sé. He espantado a tantos hombres… sin que esa fuera mi intención, claro está, porque quiero casarme y tener familia.

—Yo sí lo sé —repuso melancólico—. Por eso soy un libertino y me alejo de las vírgenes que quieran atraparme.

—Mi intención no era embaucarlo, milord, solo quería a alguien que compartiera mis anhelos. No se preocupe, que no estuvo en ningún momento dentro de mi lista de posibles pretendientes —expresó mientras intentaba sonar segura.

—Y yo nunca habría sido su esposo —comentó en un tono más cruel del necesario.

—Bien, gracias por la lección o, mejor dicho, por todas estas lecciones que me ha dado. Ahora cumpliré con lo pactado y desapareceré de su vida —avisó antes de bajarse del caballo, sin esperar a que él la ayudara—. Buenas noches, milord.

—La acompañaré a su casa, no puede ir sola a estas horas.

—Así vine y así me iré —se despidió Caroline, y se perdió entre las sombras.

¿Por qué sentía esa inquietante tristeza ante el hecho de saber que jamás se casaría con él? No estaba enamorada, pero el rechazo había sido tan evidente que le dolía.

Con sinceridad, el vizconde era un compañero ideal para las conversaciones y también le hacía sentir cosas que nunca nadie había conseguido hacerle despertar.

Estaba segura de que William tenía interés en ella. Lo que bien podía hacer para llamar su atención era coquetear con otros caballeros; quizás así conseguiría acercarse.

Él la seguía desde lejos porque no quería que nada le ocurriera a esa belleza. ¡Por todos los demonios, era virgen! Virgen y en peligro cerca de él.

Se había extasiado de solo pensar en ella sobre su cama, ¿y para qué? Para eso, para nada. Tan hermosa y, sin saberlo, tan sensual. Sin duda resultaba un peligro para la regla de oro: nunca acostarse con una virgen. Sin embargo, ¿y si ella lo hiciera sin comprometerlo, mediante mutuo acuerdo? Quizás. ¿En qué estaba pensando? No podía hacer eso. Cuando se cansara de ella, nadie iba a tomarla por esposa. Tenía que alejarse.

Caroline trepó la muralla mientras él la miraba maravillado. Era una mujer tan diferente al resto. En cierto modo, William admiraba esa fiereza y también esa locura, aquellas cualidades que la habían llevado a escaparse a esa hora para encontrarse con un hombre –no uno cualquiera, sino un libertino–, y salir intacta.

Ya dentro de los límites del jardín de la residencia, Caroline estaba subiendo la enramada que llevaba a la ventana de su cuarto cuando vio que alguien la saludaba y cayó al suelo.

—¡Caroline! —exclamó William, y saltó la muralla para ayudarla.

—¡Cállese, milord! Me ha asustado. ¿Por qué me siguió? —preguntó en tanto se masajeaba la golpeada retaguardia.

—Quería estar seguro de que nada le sucediera, solo eso.

—Gracias a usted me ha ocurrido algo: caí desde una considerable altura.

—Suba, la ayudaré —se ofreció él.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—La empujaré.

—No me fío de usted —arguyó ella.

—Recuerde que, al ser virgen, usted es como una hermana para mí.

—Claro, ahora tiene toda mi confianza —agregó con sarcasmo.

—Vamos, no finja, le encantaría ser una mujer experimentada para poder tenerme en su cama —susurró William.

—Mis deseos no son de su incumbencia, milord. Es usted quien muere por que yo no sea virgen, pero lo seguiré siendo hasta que alguien se compadezca de mí y tome mi virtud —dijo en tono de burla.

—No niego que me encantaría que no lo fuera, pero esperaré a que otro cargue con el peso de iniciarla en las artes amatorias.

—Me parece bien. Ahora ayúdeme y váyase —expresó enojada, ya que el caballero no dejaba de insinuar que ella lo quería atrapar con su inocencia.

—Seguro.

Caroline comenzó a subir otra vez mientras él la empujaba por atrás, para lo cual debía apoyar las manos en el trasero de la dama.

—¡Oiga, vizconde, no sea pérfido y deje de manosear! —exclamó en voz baja con fingida indignación, pero enseguida sonrió divertida.

Ella llegó hasta la ventana y se volvió para despedirse, pero entonces descubrió que él está subiendo con rapidez.

—¿Qué hace? —cuestionó en un murmullo escandalizado.

—Alguien se acerca —reveló William.

—¡Suba, que no lo vean! ¡Más rápido! —lo apuró—. No querrá que su reputación se vea destruida por una joven como yo.

William escaló hasta la habitación y miró por la ventana ya cerrada. Una señora rechoncha salía con un mazo de cocina.

—Es la niñera —dijo Caroline con una sonrisa.

—No parece peligrosa —opinó al estudiar a la mujer.

—Créame que lo es. Cuando me aplicaba los correctivos de pequeña, solía ser bastante severa.

—A mí no me lo parece. Debe de ser amable.

—Lo es. Me ha dado mucho amor toda la vida. Desde que mi madre murió, ha sido como una… —empezó a relatar Caroline mientras se iba sacando la ropa.

Él la observaba pasearse por la habitación y deshacerse de las prendas a la par que le hablaba. Entonces la dama se dirigió a un mueble de donde extrajo un camisón.

—¿Se puede saber qué hace? —preguntó nervioso. Esa mujer estaba perturbando su mente: estaba seguro de que sería capaz de cometer cualquier locura si la veía desnuda.

—Me voy a cambiar para dormir —contestó sin más. Esperó a que él dijera algo, pero parecía demasiado embobado. Caroline nunca había intentado seducir a nadie, pero por lo visto estaba resultando bastante bien. Iba a probar los límites del libertino más célebre de Londres.

William conocía las artimañas de las mujeres experimentadas, pero no las de una joven inocente.

—Ocurre, milady, que estoy presente. No soy lo que se dice un niño ingenuo —explicó mientras se acercaba a ella con lentitud.

La dama se sacó el pantalón y la camisa. Quedó apenas vestida solo con la ropa interior de algodón.

Él sonrió por lo bajo en tanto la observaba sin disimulo.

—Es usted diabólica, milady, al mostrar una mercancía que no puedo comprar —opinó mientras la contemplaba y admiraba, deseoso de poder llevársela a la cama.

Caroline se volvió y quedó desnuda por completo. Era perfecta, más hermosa que cualquier mujer que hubiera visto. Entonces ella se soltó el pelo. Él sintió que la vida le estaba jugando una mala pasada. Esa mujer prohibida le había despertado las más hondas pasiones desde que la había conocido. Su esposo sería un gran afortunado, tendría a una mujer ardiente en sus brazos, mientras que él… Se odiaría de por vida si no le daba una probada a ese manjar.

William se acercó a ella por la espalda, le corrió los cabellos del hombro y le acarició la piel. A ella, al sentir el contacto, se le disparó el corazón; cerró los ojos para deleitarse con las sensaciones.

William le acercó los labios al cuello: lo besó mientras ella gemía ante la sensación placentera que la recorría entera. Entonces él la obligó a darse vuelta para observarla de pies a cabeza.

—Perfecta… —suspiró maravillado.

La besó y perdió el control de sus acciones. La empujó hacia la cama mientras, con las manos, se recreaba en la figura femenina.

—¿Qué sucedió con eso de que era como su hermana? —inquirió ella con la voz entrecortada. No quería ceder a la tentación, debía disolver ese momento aunque no quisiera porque echaría a perder su futuro si se entregaba a él.

—Mentí, milady, tiene un cuerpo de locura —se justificó mientras la llenaba de besos.

Caroline en verdad lo estaba gozando, de modo que también quiso probar un poco de él. Le abrió la chaqueta y la camisa, le tocó el firme torso, a lo que él respondió con una larga exhalación. Estaba a punto de perforar la calza: no recordaba la última vez que había sucedido algo así.

Las manos del caballero descendieron hacia la zona baja del cuerpo de Caroline y la acarició con delicadeza mientras se repetía que aquel lugar debía ser glorioso.

Lo que hacía, en lugar de calmar el fuego que lo carcomía por dentro, acrecentaba la necesidad. La escuchaba gemir y la veía contorsionarse de placer. Qué infortunio tan infinito el de él, al no poder unirse a ese cuerpo en ese instante.

—¿Mi niña? ¿Estás bien? —preguntó la niñera del otro lado de la puerta.

Ambos se sobresaltaron y se alejaron. La puerta estaba cerrada, gracias a Dios, porque de otro modo habría sido un suceso de lo más escandaloso.

—Sí, Nana, solo tuve un mal sueño —contestó para justificar los placenteros gruñidos que había dejado escapar.

—Está bien. ¿Quieres que te traiga un té?

Ella miró a William, que se dirigía a la ventana.

—¿Adónde va?

—¡Huir a tiempo no es cobardía, milady! Adiós —se despidió antes de bajar por la enramada, mientras ella cerraba la ventana.

—¡Tráeme uno! —pidió dolida e insatisfecha—, porque lo necesito con urgencia —masculló al tiempo que lo observaba marcharse.

Capítulo 12

¿En qué estaba pensando cuando se dejó llevar de esa manera tan animal? Ella lo buscó. ¿Por qué lo tentaba de ese modo? Casi le había hecho perder el control con esa manera de ser tan delicada, fogosa y también inocente. Ahí estaba el problema. William iba del todo perdido en sus pensamientos cuando se cruzó con el carruaje de Nicholas.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Buenas noches, Nicholas. ¿Acaso no puedo tener amantes por aquí? ¿Te adueñaste de todas las calles?

—No sé por qué, pero no te creo. Aunque tu camisa me indica que sí tuviste algo un poco… rápido —insinuó.

—Demasiado breve diría yo.

—Lo único que me extraña es que vienes de la dirección donde se encuentra mi casa, Willy, y mi prima está allí. Se sentía mal, por lo que no fue a la fiesta —repasó con tono suspicaz Nicholas, que le dedicaba una mirada acusatoria.

—¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—No sé, dímelo tú. Hace dos días me la querías sacar —indicó e hizo comillas con los dedos en la última palabra.

—Es virgen, sabes que no lo haría —contestó con triste decepción.

—Es bueno que hayas entrado en razón. Mañana le presentaré a ciertos amigos para ver si congenia con alguno de ellos —comentó con alivio.

—Tiene estándares muy altos para los caballeros.

—Ellos están dentro de sus estándares de esposo ideal.

—Está bien. Ahora me voy, es muy tarde —se despidió William.

—Deberías andar en carruaje, recuerda lo que te ocurrió.

—Ahora ya vengo preparado —señaló al mostrarle el arma que ocultaba en la chaqueta

—Lección aprendida. Hasta mañana, Willy.

Nicholas había organizado una campaña abierta para buscarle un esposo a su prima. Su interés por casarla debía de ser inmenso. Era probable que ella pronto se desposara y lo buscara a William como su amante. Claro, después de haberse entregado a su marido.

Sin embargo, después de haber visto ese cuerpo, de haberlo acariciado, de haber sido ser el primero en recorrerlo, no podía olvidar la sensación satisfactoria que le había provocado. ¿Acaso se estaba planteando de verdad desvirgarla? Se metería en demasiados aprietos con Nicholas, que, si lo llegaban a descubrir, lo obligarían a casarse con ella, cosa que era evidente que no deseaba por nada del mundo.

* * *

—Mi niña, estás un poco agitada —comentó la niñera con el té en la mano.

—Es solo por la pesadilla, Nana, no te preocupes, ya se me va a pasar —indicó Caroline antes de tomar un sorbo de la infusión mientras pensaba en todo lo que había ocurrido.

No sabía quién estaba arriesgándose más, si él o ella. Lo más probable era que fuera ella, ya que no iba a poder conseguir un esposo si se entregaba a ese hombre inescrupuloso que solo deseaba su cuerpo. Lo que le resultaba más detestable de todo tenía que ver con que no podía contemplarlo con indiferencia. Ella también deseaba el cuerpo de él: ese torso desnudo y esas fornidas piernas la habían hecho arder en llamas mientras estaban en la cama, en su propia cama, ¡en su casa! ¿Adónde había ido la decencia que debía conservar? Quizás estuviera rezagada, junto a su buen juicio.

Dentro de un día, sería la reunión del club del té, donde darían los primeros avances para conquistar a un hombre. Tendría terribles consecuencias contar a sus amigas todo lo que le había ocurrido, así que distorsionaría un poco el relato de lo sucedido desde la fiesta.

Al día siguiente, Caroline fue a la modista a comprar un nuevo vestido. Debía poner en marcha el plan para resaltar su propia belleza, lo que atraería las miradas de múltiples caballeros. También, quizás, el escurridizo vizconde reaccionaría a causa de los celos.

—¡Oh, milady, estoy segura de que este vestido le quedará increíble! —expresó animada la modista.

—¿Rosado? No quiero rosado, necesito algo que haga resaltar mi belleza y las áreas correctas de mi figura.

—Mmm…Déjeme pensar. Tal vez este atuendo con toques verde esmeralda la haga sentir como usted desea.

Caroline miró el hermoso vestido que le ofrecía; ese era el que necesitaba. Esa noche rompería corazones, pues la tela se ceñía a sus curvas y le destacaba el esbelto cuerpo.

—No habrá caballero que se le resista —vaticinó la modista al observar a Caroline con el atuendo puesto.

—También lo creo. ¡Me lo llevo! —exclamó emocionada.

—También tengo este, milady. No cabe duda de que lo confeccioné para usted, e incluye una máscara para el próximo baile —ofreció al enseñarle la prenda.

Caroline observó maravillada el atavío y decidió llevárselo también. Estaba segura de que esa sería la temporada en la que se enamoraría y contraería matrimonio. Lo malo era que, al parecer, quería hacerlo con el hombre equivocado.

* * *

Al despertar, William sintió que no había descansado nada. Le había costado dormirse porque no dejaba de pensar en lady Caroline. Era hermosa, ingeniosa, divertida y atrevida. Sin duda le parecía una pena que tuviera el peor defecto del mundo: quería casarse, y él no lo haría jamás.

Intentó idear un modo para convertir a esa mujer en su amante, ya que no podía concebir que estuviera con otro: la quería para él. Su parte racional le decía que debía esperar a que alguien más se arriesgara a robarle la virginidad, pero un impulso irracional le pedía a gritos convertirse en el primer hombre de la muchacha. No estaba tan loco como para complicarse la vida de manera innecesaria. Eso podía condenarlo al perpetuo sufrimiento de volverse un marido, ya que, si el matrimonio era una horrible desgracia para el hombre, el hijo se volvía una amargura completa. Sus padres así se lo habían demostrado con creces hasta el último día de vida.

—Milord, lo busca el marqués. Ha venido para jugar una partida de ajedrez con usted —avisó Paul.

—¿Ajedrez? Soy pésimo en ese juego. Lo que quiere es divertirse con mi fracaso, pero está bien, yo me reiré también —resolvió antes de salir de la habitación.

En cuanto vio a Ernest, empezó con las bromas.

—No te esperaba en un día tan bonito, y menos para jugar ajedrez.

—¿Quién te ha dicho que he venido a jugar ajedrez contigo? También soy un poco malo para eso. Aunque, ahora que lo recuerdo, fui yo quien inventó esa excusa. Tuve que mentir para que pudieras recibirme —explicó sonriente.

—¿Por qué no habría de recibirte?

—Porque anoche faltaste a una velada a pesar de haber prometido asistir a todas y cada una de ellas para poder conocer a las damas.

—Debería haberlo supuesto, aquí vienen los reclamos —refunfuñó William, y puso los ojos en blanco.

—Queremos lo mejor para ti, odiaríamos encontrarte muerto en algún lugar, te lo hemos dicho tantas veces que ya hasta la lengua me duele.

—Y yo les he repetido la misma cantidad de veces que no pienso casarme, al menos por voluntad propia.

—Entonces, ¿obligado puede ser? —se burló el marqués ante la estúpida ocurrencia.

—Tampoco. Huiré tan lejos que ni siquiera ustedes podrán encontrarme. Las esposas no sirven para nada, ¿cuándo lo entenderán? Me sorprende de ti que insistas tanto en que siente cabeza. Pensé que éramos del mismo bando.

—Lo somos, pero yo no me he casado aún porque no he conocido a la indicada. Mientras tanto me divierto un poco con otras yegüitas de la granja.

—¿No se te ocurrió que quizás la indicada para mí no existe?

—No me digas. Eso no es lo que dijeron algunos ojos anoche —repuso Ernest.

—¿A qué te refieres?

—Te estás haciendo el tonto —acusó.

—No te estoy entendiendo —se defendió. William en verdad estaba perdido.

—Me dijeron que ya te gustan los de tu mismo sexo.

—¿Qué? ¡Adoro a las mujeres, las idolatro!

—Créeme, yo pensaba eso de ti, pero, después de que cierta viuda contó pestes de ti y de que otros te vieron anoche con un hombre… —continúo insinuando Ernest.

—¿Qué dijo de mí esa respetable dama? —ironizó.

—Que no pudiste hacerle nada. ¿Es cierto eso?

William recordó la noche en la que, tras conocer a lady Caroline, no había podido concretar su encuentro amoroso con la viuda por estar pensando en la joven virgen.

—Sí, es cierto, no me sentí atraído por ella ese día, es todo —confesó.

—¿Es por la prima de Nicholas?

—Puede ser. Esa mujer me tienta, la quiero para mí, pero…

—¿Pero qué? ¿Descubriste que te gustan los caballeros? —jugueteó Ernest divertido.

—¡No, tonto! ¡Es virgen!

—Oh, qué lástima. Quizás si omitieras tu regla de oro… —barajó pensativo.

—Ni pensarlo. Estoy seguro de que aguantaré sin tocarle un pelo. Además, para que te quede claro, anoche no estaba con un hombre, sino con una mujer disfrazada.

—Entonces por eso murmuraron que era el hombre con el mejor trasero que habían visto —confirmó Ernest con la mano en el mentón.

—¡Diablos! ¿Quiénes nos vieron? —preguntó curioso. Eso podía comprometerlo, y entonces todo se complicaría.

—No te lo diré. Esa información podría serme de utilidad para que sientes cabeza. Mejor cuéntame quién era la dama —cuestionó.

—¿Crees que me hundiré yo mismo? Averígualo por tu cuenta —se desentendió William.

—Mmm… No me tientes, querido amigo, a Nicholas no le gustará enterarse de que estuviste a solas con su prima en Hyde Park por la noche —lo amenazó Ernest con una sonrisa burlona y maliciosa.

William quedó petrificado. Lo habían descubierto. Si eso se llegaba a saber, estaría en serios problemas.

CAPÍTULO 13

Estaba perdido, Ernest desperdigaría el chisme por todos lados. Siempre había sido el niño bueno y obediente, por lo que no dudaba de que lo delataría.

—No te asustes, Willy —lo tranquilizó Ernest en tanto se sentaba en el sillón—, aún no se lo contaré, pero debes confesarme en qué andas con ella.

—Eres un infeliz —suspiró aliviado.

—No me cuentas nada. ¿O será que no te escucho?

—Hasta pena me da decirlo —admitió avergonzado antes de echar su peso en el asiento—. Nos encontramos en Hyde Park por una mala interpretación mía sobre las intenciones de la muchacha. En realidad, fue culpa de Anthony. Él me mintió, me dijo que era una libertina. Así lo pensé cuando ella afirmó que quería montar conmigo —narró sonrojado.

—Ya me imagino el rostro de ella cuando le dijiste lo que pensabas tú de montar… —se carcajeó Ernest.

—No te burles. He pasado una gran vergüenza. Anthony me las va a pagar con su vida.

—Lady Caroline es conocida por su manera tan particular de rechazar a los pretendientes indeseados. Hacer cosas de hombres, para ciertos caballeros, es un modo de libertinaje. Que tú —razonó, y lo señaló de manera directa— lo hayas entendido en el peor sentido no es culpa de Anthony, sino tuya.

—Lo importante es que estoy muy decepcionado. Quería llevármela a la cama, pero no pude. Esperaré a que se case para convertirme en su amante. Ella me desea, lo sé.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo sé, y es suficiente —alegó sin fundamento.

No pensaba revelarle hasta qué punto había llegado con Caroline porque entonces iría directo a la horca que llamaban altar.

—¿Por qué no la inauguras tú? Es más, quizás hasta lo disfrutes.

—No dudo que puedo llegar a deleitarme con mi primera virgen, pero el hecho es simple: yo huyo del compromiso y, si llego a siquiera tocarle un dedo y nos atrapan, estaré perdido.

—Es cuestión de proponerle un trato o de chantajearla para que no hable.

—Soy un sinvergüenza, pero veo que tú lo eres más, querido marqués —se asombró William.

—La vida te da sorpresas. La experiencia, muchas más —justificó.

—Déjame pensarlo —concedió para quitarse a su amigo de encima.

—¿Asistirás esta noche a la fiesta?

—Lo haré, pero a toda costa evitaré encontrarme con lady Caroline. No deseo que me vinculen con ella de ningún modo.

—Bien. Te esperamos, no nos vayas a fallar.

—Hoy no lo haré.

Ernest se retiró con una sonrisa en el rostro. El plan estaba en marcha: Anthony estaría muy complacido.

* * *

Había llegado la noche. Caroline ya se había preparado casi por completo. Para terminar, solo le faltaban algunas joyas. El vestido era bastante cargado, por lo que le parecía mejor llevarse los accesorios más sencillos posible.

—Nana, ¿crees que estos pequeños diamantes combinan con mi vestido esmeralda? —preguntó Caroline al probarse las joyas.

—Se te verán preciosos, no me cabe la menor duda. También estoy segura de que hoy conseguirás un pretendiente decente.

—Nana, con que logre atraer a un caballero será suficiente.

—Vamos, que lord Nicholas y tu padre te esperan.

—¿Mi padre? —inquirió sorprendida la joven.

—Sí, ha decidido ir con ustedes.

—¡Oh, no! Será un infierno. —Temió al pensar en la palabrería que debería aguantar.

La muchacha bajó las escaleras para encontrarse con los dos caballeros que la aguardaban.

—¡Caroline! —exclamó, gratamente sorprendido, su primo. Sabía que era una joven hermosa, pero esa noche parecía relucir más que nunca—. Estás… No tengo palabras, te ves deslumbrante.

—E-Es cierto, hija, estás tan hermosa —confesó su padre sin dejar de admirarla.

—Gracias, queridos míos, pero es mejor que nos vayamos. No queremos llegar tarde, ¿o sí? —preguntó con una sonrisa al colocarse en medio de los dos para tomarlos a ambos del brazo.

—Claro que no —contestó Nicholas.

Los tres subieron al carruaje. Mientras Nathan y Nicholas hablaban de caballos, ella solo podía pensar en qué diría el vizconde cuando la viera. ¿Caería rendido a sus pies?

No pasó mucho tiempo hasta llegar a la fiesta. Allí, William estaba rodeado por tres amigos. Uno de ellos, Clay, parecía estar buscando a alguien.

—¡Clay, Clay! ¿A quién buscas con tanta insistencia? —preguntó William.

—A nadie, a nadie —contestó el interpelado, que parecía apresurado.

—¿A nadie? Pues no lo parece. ¿Quizás sea lady Margot a quien buscas?

—No, tampoco.

—¡Lo sabía, la amiga de lady Caroline! ¡Eres un pícaro!

—Cállate y mira quién apareció —ordenó Clay para obligarlo a observar la entrada.

Se trataba de ella: estaba despampanante. Los caballeros prácticamente se arrojaban a sus pies. Era la mujer más imponente que había pisado la tierra y se veía como una diosa con ese vestido ceñido que resaltaba todo lo que él deseaba. Parecía tan grácil, tan hermosa, tan… ¡Diablos! Todos esos hombres habían llenado el carnet de baile de la joven en menos de cinco minutos.

—Vamos, William, cierra esa boca —dijo Ernest, que le dio un golpe travieso en el mentón —. Creo que te han dejado fuera de la jugada por mayoría de votos.

—Cállate, Ernest —mandó Anthony.

Ella ni siquiera se volvió a verlo. Iba del brazo de un conde que la llevaba a la pista, donde comenzó a danzar con la gracia de un ave.

Maldito fuera ese infeliz del demonio que la manoseaba mientras bailaban. Conocía esas técnicas; nadie mejor que él para interpretarlas.

Caroline disfrutaba al ver el disgusto en el rostro de William y moría por burlarse de él. El mensaje que ella le pasaba era claro y directo: “Si no me quieres en tu vida, yo tampoco te quiero en la mía”.

El conde de Abermale parecía ser bastante simpático, de unos treinta años, ojos marrones y cabello castaño oscuro, también muy atractivo, pero no estaba ni cerca de superar a William.

—Lady Caroline, baila usted muy bien —mencionó el caballero para agradarle.

—Gracias, milord. La compañía lo hace todo —alabó sonriente.

William estaba que ardía de rabia por cómo ella le sonreía y le hablaba al conde mientras compartían esa pieza.

—Willy, deja de beber de esa manera —lo amonestó Anthony, y le quitó la copa de la mano.

—¡Diablos! Devuélvemela, no haré un escándalo. Además, no tengo motivos.

—Quizás que te estén robando en la cara sea una razón —se burló Ernest.

—La quería como amante, no como otra cosa. Tal vez Abermale termine siendo de ayuda y me libere el camino hacia ella.

—Claro, te divertirás donde otro ya se entretuvo —soltó Ernest para aumentar la irritación de su amigo.

—Ernest, no creo que estés ayudando a la causa —acusó Anthony en tono reprobatorio.

Caroline y el conde habían dejado la pista; se dirigían hacia el jardín, donde podrían estar solos. Todos sabían lo que ocurría cuando una pareja iba hacia esa zona.

—Los veo después. —William salió apurado de modo que dejó a sus amigos para seguir de lejos a la pareja.

Llegaron hasta un banco cerca de una fuente. El ambiente era sin duda muy romántico. Robert Abermale era un seductor nato; eso no estaba bien. William se ubicó lo mejor que pudo para escuchar.

—Su compañía me provoca regocijo, milord. Me atrevería a decir que es bastante sincero en todo y que no me tiene miedo —alegó con una sonrisa coqueta.

—Sería un tonto si llegara a tenerle miedo a una dama como usted. No me asustan los comentarios de otros caballeros sobre sus gustos, milady.

—Tengo preferencias un tanto particulares que atemorizan a los caballeros que no comprenden lo que una mujer decidida desea. ¿Qué hay de malo en querer ser más que solo una muñeca de exhibición?

—Siento fascinación por ese pensamiento, de hecho. Creo que una excelente esposa sería alguien que tome la iniciativa y que no tenga que estar dependiendo del esposo para todo.

—Estoy gratamente sorprendida con usted, milord. Dígame, ¿qué afirman sobre mí los caballeros?

—Llámeme Robert —pidió—. No quiero que piense que soy un chismoso, pero le asombrará saber que los nobles lo son. Andan diciendo que usted es una demente influenciada por la cultura de América.

—Pero si no conozco nada de la cultura de América, Robert —replicó sonriente—. Usted puede llamarme Caroline.

—"¡Robert, Robert!" ¡Lo llamó por su nombre. "Usted puede llamarme Caroline"! —emuló William el tono de voz que ella utilizaba mientras seguía espiando—. ¡Patrañas!

—Caroline, las mujeres en América son independientes y muy activas, no como aquí, que solo están para las fiestas y su casa. Ellas saben hasta cazar.

—¡Quisiera ir a América! Aquí solo he pedido a esos caballeros que me cortejaban que me enseñaran tiro y esgrima, además de a galopar como hombre, pero lo único que recibí fue el mote de libertina —se quejó.

—Puedo enseñarle eso. Me gusta su espíritu libre, Caroline.

Ella se sonrojó ante aquellas palabras. Al diablo con el vizconde, si el conde de Abermale quería casarse con ella, lo aceptaría gustosa, pero… ¿y si pensaba lo mismo que el otro?

—¡Espere! —se exaltó.

—¿Qué?

—Quiero saber si entendió a qué me refería con todo lo que dije.

—No la comprendo —dijo Robert confundido.

—Sucede lo siguiente: cierto vizconde libertino se acercó hace unos días a mí, me agradó su compañía y le confesé mis deseos por instruirme, pero él pareció tomarse en serio que yo era una libertina y malentendió mis pedidos —contó avergonzada.

Abermale no pudo contener la risa. ¿Cómo podía ser posible que alguien confundiera esas cosas?

—¡No es gracioso, milord! —prorrumpió divertida.

—¡Es que Hereford es un bobalicón! —se carcajeó sin poder contenerse.

"Maldito", pensó William. Lo estaba llamando bobalicón aquel tonto.

—Es que… ¿Cómo pudo haberse equivocado así? —logró decir mientras intentaba frenar el ataque de risa.

—Quizás no me expresé de manera correcta —se disculpó cohibida.

—O quizás a él no le dé la cabeza para cosas que no tengan que ver con intimar, es simple —aventuró Robert, que trataba de encontrar una explicación a la actitud del vizconde.

Capítulo 14

William seguía escuchando cómo Abermale se burlaba de él al tiempo que ella sonreía. Anthony era el culpable, era su estúpida culpa por completo: si no le hubiera mentido sobre ella, ni la habría conocido.

—Recuerdo que, en esa fiesta días atrás, él la acaparó. Espero que no haya caído en sus encantos —indicó con una sonrisa.

—Para nada: ese lord no quiere casarse, y yo sí. Mi querido primo Nicholas está esforzándose por conseguirme un esposo decente.

—Es agradable saber que no cayó en las garras de aquel hombre. Su reputación estaría hecha trizas a esta altura.

—Creo que el vizconde se cuida mucho. Yo no estoy en su lista de conquistas, no se preocupe, es tan cobarde que solo se atreve a ser plato de segunda mesa de sus amantes —opinó con cierto enojo en las palabras.

Cobarde y plato de segunda mesa. Eso se estaba saliendo de control. ¿Aquello era lo que ella pensaba acerca de él?

—Me agrada, Caroline. Quizás, si no estuviera usted interesada en ningún caballero, me dejaría cortejarla —insinuó Robert con aquella inquietante sonrisa.

Ella estaba emocionada, había recibido una interesante propuesta del conde de Abermale, una que por supuesto que aceptaría.

—No estoy interesada en nadie por el momento, por lo que usted es bienvenido si lo desea —contestó en tanto intentaba no parecer desesperada por conseguir un marido.

—Gracias, me siento honrado. —Sonrió satisfecho—. Puede indagar con su primo sobre mí si no está segura de mi reputación —sugirió.

—Tal vez sea mejor no preguntar para no llevarme un susto.

—¿Quiere que la lleve al salón?

—Voy a quedarme un rato aquí a descansar. Dentro de unos minutos, tengo un baile con… —dudó, y miró el carnet— lord Percival.

—Si me permite, me temo que el caballero no baila tan bien como yo. Quizás hasta tenga que cambiarse los zapatos por los pisotones que recibirá —alegó Robert al tiempo que tomaba la mano de Caroline.

—¿Está usted intentando hundir a la competencia, milord? —preguntó con sagacidad.

—No, pero sería bueno empezar a cuidarla. Hasta pronto —respondió, y le besó la mano.

Caroline dejó escapar un suspiro de tranquilidad. Intuía que Robert era lo que ella necesitaba para hacer a un lado al dichoso mujeriego del vizconde de Hereford.

Al ver que el caballero se alejaba, William salió de su escondite. No pudo más que hacer los reclamos correspondientes.

—¿Conque soy un cobarde y plato de segunda mesa? —increpó iracundo.

A ella no le sorprendió verlo aparecer, puesto que no era muy discreto en sus andanzas.

—¿Acaso no le enseñaron, milord, que oír conversaciones ajenas es de mal gusto? —cuestionó con gracia y altivez.

—¿A usted no le enseñaron que hablar mal de otros también es de mal gusto? —devolvió William.

—Me temo que debo darle la razón a Robert, no se equivocó en sus apreciaciones sobre usted.

—El conde no se equivocó… —remedó William—. ¡Mis calzones! Abermale la engatusó con sus técnicas, es un sinvergüenza.

—Quiere cortejarme, y yo lo permitiré. ¿Eso está mal? —inquirió con fingida inocencia.

—¡Está muy mal! Es un libertino, mujeriego, arrogante, prepotente, petulante y mucho más —agregó en un intento por echar la imagen de Robert al suelo.

—O sea que ustedes son iguales. Sin embargo, permítame señalarle una diferencia: él quiere casarse y no se me ha insinuado ni me ha malinterpretado.

—Es solo para llevársela a la cama, milady.

—Oh, claro, él logrará lo que usted no puede —satirizó.

—Luego de que él se arriesgue, ahí estaré yo para ser su amante.

—Dígame, milord, si tengo a Robert para calentarme la cama, ¿por qué razón lo buscaría a usted? Parece lo bastante hombre como para no verme en la necesidad de buscar un amante —apuntó en tanto lo miraba de pies a cabeza.

—No es un amante como yo, eso puedo asegurárselo.

—No sabría decirle, pero estoy segura de que saciará mis anhelos. Tengo ahora un baile más. Hasta luego —se despidió Caroline, que lo dejó allí, de pie solo.

William golpeó el puño contra su otra mano por la rabia. No podía concebir a lady Caroline al lado de Robert.

—A este paso, la perderás —insinuó Ernest recostado sobre un árbol.

—Deja de husmear —lo reprendió su amigo con mal humor.

—Ambos sabemos que Robert es perfecto para ella.

—Es malditamente perfecto —gruñó con los dientes y puños apretados.

—Entonces es hora de que demos a esta dama por perdida —sugirió el intruso antes de regresar al salón.

¿Perdida? Aún no, todavía podía conseguirla como su amante. Esperaría a que quedara de nuevo sola para hacerle una propuesta. La proposición pisaba de cabo a rabo su más grande regla, pero deseaba con fervor a esa mujer. Pasaron dos horas en las que ella no estuvo ni un segundo sin compañía. William se sintió a punto de arrojar a todos por una ventana.

—Willy, deja de ser tan evidente —pidió Clay.

—¿Evidente en qué? ¿Acaso no puedo siquiera observar este abarrotado salón? —Señaló el lugar con los brazos abiertos en un gesto exagerado.

—Pues estás gastando el salón solo en un lugar.

—Clay, por favor déjame en paz, estoy cansado —solicitó al tiempo que se presionaba los ojos con las yemas de los dedos.

—También me cansaría si no pudiera siquiera parpadear, como tú —atacó Ernest.

—¡Anthony! Llévatelo por favor —rogó hastiado mientras lo miraba.

En cuanto William terminó de pronunciar esas palabras y se volvió hacia donde había estado mirando durante horas, se dio cuenta de que Caroline había desaparecido, al igual que Abermale.

—¡Maldición! ¡Se me escaparon! —gruñó en voz alta. Corrió hacia fuera del salón.

—¿Ves lo que te dije, Ernest? Pronto caerá este joven —anunció Anthony mientras lo contemplaba con una sonrisa.

—Entonces debemos sacar a Robert del camino, puede ser peligroso.

—Él será de mucha ayuda, dejemos todo como está —sugirió.

Caroline iba caminando del brazo de Robert hacia el balcón. La compañía del conde era tan grata que había llegado a la conclusión de que esa noche era la mejor de sus dos temporadas.

—Aquí podremos hablar más tranquilos —expuso Robert.

—Dígame, milord.

—Quisiera invitarla mañana a un paseo por el parque, si está de acuerdo.

—¡Por supuesto! —manifestó muy contenta

William, que se había escondido de nuevo para escuchar la conversación, puso los ojos en blanco como símbolo de su desagrado ante el plan. No podía creer la cursilería de aquel encuentro.

—Iríamos en mi calesa en un paseo por Hyde Park; después, si le parece, al Serpentine.

—Estaré encantada.

Caroline era solo sonrisas y gestos cariñosos para con Robert. ¿Por qué al vizconde le daban unas ganas acuciantes de matarlo? Sentía que estaba compitiendo con alguien a pesar de no que él no estaba en la contienda del mercado matrimonial, a diferencia del conde.

Robert fue acercándose con lentitud hacia ella con la clara intención de besarla.

—¡No, no, no, no! —susurró, inquieto, William, hasta que los labios de Robert tocaron los de ella. Caroline no parecía disgustada ni molesta por el beso.

William observó de manera tortuosa cómo ella de a poco colocaba los brazos alrededor del cuello de Abermale y él posaba las manos en la cintura de Caroline, cerca de su trasero, ¡ese trasero hermoso que él había visto y tocado la noche anterior! ¡Que el diablo se lo llevara, esa mujer era suya!

Salió de las sombras y se irguió cerca de ellos.

—Es una suerte que sea yo, milord, en vez de alguna vieja chismosa quien lo vea tan animado con la dama —indicó William con frialdad.

Robert no soltó a Caroline, sino que la mantuvo agarrada de la cintura.

—¿Está celoso acaso? No me parece que este sea su territorio —advirtió el otro—. Creo que debería regresar allá, las casadas lo miran con avidez —insinuó con la intención de disgustar a William.

—Milord, no sea envidioso, solo me preocupo por la reputación de la prima de mi amigo.

La muchacha exhibía una expresión de evidente confusión. ¿Él la quería proteger? ¿Desde cuándo? Justo cuando ella estaba disfrutando tanto de la compañía de Abermale.

—Milord, puedo cuidarme sola, se lo aseguro. Mi primo me ha dejado en manos de Robert porque es de fiar, no como otros —colacionó en referencia al vizconde.

—A su primo no le gustará saber que el conde ha estado manoseándola.

—Eso no es cierto —refutó el conde.

—Milord, somos de la misma escuela, no puede negarme que usted estaba propasándose con lady Caroline.

—Robert, ¿puede dejarme a solas con el vizconde por favor? Voy a aclarar esta equivocación.

—Como guste, milady. Solo grite si es necesario, estaré cerca.

—No se preocupe.

Ella lo siguió con la mirada hasta que el pretendiente desapareció.

—¿Qué cree estar haciendo?

—Cuidarla.

—Ese no es su deber. Deje de seguirme y acosarme, quedamos en que ambos haríamos como que el otro no existía, y yo lo estaba consiguiendo hasta que usted —dijo ella al tiempo que le hundía una uña en el pecho— apareció para arruinarlo todo. La estaba pasando de maravilla con el conde.

—Me he dado cuenta —observó con sarcasmo—. De verdad que es usted una candidata a mujer de mala vida.

—¡Cómo se atreve! —Se enojó y dio vuelta el rostro de William con una certera bofetada—. ¡Escuche, lord Rufián, aléjese de mí, no necesito que ningún disoluto venga a insultarme! ¡Prostituto! ¡Eso es usted, un prostituto con título! —masculló ofendida.

William se agarró el rostro justo donde ella lo había golpeado. ¿Esa mujer lo había llamado “prostituto” o había sido su propia imaginación, que le recordaba lo que era?

Caroline, enfurecida, dejó a William, entró al salón y se encontró con Grace.

—¿Qué te sucede, Locura? ¿Estás bien?

—¡Ese lord Trasero de Nieve dijo que soy una mujerzuela! ¿Puedes creerlo? —increpó muy ofendida.

—¿Trasero de Nieve? —cuestionó confundida.

—Yo me entiendo sola —gruñó, y volvió a encaminarse hacia su padre.

* * *

—Robert, en verdad haces un buen trabajo —alabó el caballero.

—Todo sea por ti, amigo. ¿Cuándo regresarás aquí, entre los vivos, digamos?

—Pronto, cuando todos mis amigos se hayan casado y estén a salvo.

—William está difícil. Espero que se decida pronto, ya que cortejaré a su dama hasta que lo haga.

—No te preocupes, no hay nada que haga reaccionar a un hombre mejor que los celos.

—Eso espero. No quisiera tener que sucumbir a los encantos de esa señorita —insinuó sonriente Robert.

—No lo hagas, ella está destinada para él, solo necesita que le demos una mano —advirtió el otro.

—Envíame más instrucciones para continuar con esto.

Todo salía a pedir de boca. Salvarían a William de la perdición, aunque debieran someter a Robert a un gran sufrimiento. Aquellas palabras acerca de sucumbir ante la dama no eran un buen augurio para el conde.

CAPÍTULO 15

—Padre, deseo irme —pidió Caroline con la respiración agitada por la apresurada caminata.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué huyes? —preguntó su progenitor.

—No he hecho nada, solo quiero irme —respondió con tranquilidad.

—Esperemos a Nicholas, que parece haber encontrado a una excelente candidata —insinuó su padre, que lo observaba entre las parejas.

Su primo estaba danzando con lady Henrietta, una joven dulce y perfecta. El cabello negro y los ojos azules le daban un aspecto especial; era la cuarta hermana de una familia adinerada cuya hija menor era Prudence. Solo ellas dos quedaban por casarse.

—Es una excelente elección —apoyó Caroline a su padre.

—Espero que tú también pronto me llenes de orgullo.

—Esa es mi intención —resopló tras recuperar el aliento.

—Milady, al fin la encuentro —mencionó Robert, cuya aparición la tomó por sorpresa.

—Robert —expresó sonriente—, él es mi padre, lord Nathan, vizconde y barón de Berkeley.

—Es un placer, milord. Soy Robert, conde de Abermale.

Los ojos del hombre mayor brillaron de emoción. Al parecer su hija había conseguido un pretendiente que valía la pena.

—El placer es mío, milord —saludó zalamero.

—Quería pedirle permiso para salir con su hija a dar un paseo mañana en Hyde Park.

—¡Es toda suya!

Caroline miró escandalizada a Nathan.

—¡Padre, por favor, que no parezca que tiene ganas de deshacerse de mí! —insinuó entre dientes.

—Qué más diera yo por que usted fuera toda mía —dijo Robert al tiempo que le guiñaba un ojo.

Parecía ser que los dos habían decidido avergonzarla; esa noche iba de mal en peor.

Media hora después, ya estaban de nuevo rumbo al hogar.

—¿Viste lo que ha cazado tu prima, Nicholas? —preguntó orgulloso el vizconde.

—El conde de Abermale es un excelente pretendiente. Por fin ha decidido retornar al camino de los redimidos al parecer —opinó Nicholas.

—Y usted, primo, no se queda atrás. Lady Henrietta es la adecuada si busca esposa.

—Es una muchacha especial, una excelente conversadora y muy hermosa.

—¡Ya estás prendado! —gritó ella emocionada—. Pronto tendremos una boda.

—Espero también la tuya con el conde de Abermale —agregó el caballero mayor.

—Será lo que Dios quiera.

* * *

¿Cómo diablos había podido ser tan bestia como para insinuar a lady Caroline que era un cualquiera? Se había descontrolado como nunca. En todo caso, Robert lo había exasperado. El conde se mostraba dispuesto a quedarse con esa mujer, mientras que William solo lo necesitaba para que le abriera el camino y poder tenerla como amante, pero no quería que se casara con Robert y que el conde la disfrutara cada maldita noche.

Algo en su propio plan lo ponía nervioso. Imaginarse a Robert con Caroline le producía náuseas, palpitaciones nerviosas y mucha rabia. Debía meditar y seguir observando lo que sucedía entre esos dos.

* * *

Por la mañana, Abermale se encontraba en la calesa frente a la casa de lady Caroline.

Ella se veía hermosa con un vestido de día color verde, un sombrero a juego y una sombrilla.

—Son demasiadas cosas para un mero paseo —indicó el caballero con una sonrisa.

—Son las normas: debo verme inmaculada como una paloma, y el sol me arruinaría ante la sociedad al colorear mi piel —argumentó la dama.

—Tiene un excelente sentido del humor. Nos espera un buen día. —Robert miró a su alrededor antes de ayudarla a subir.

William había dejado de dormir hasta tarde, de retozar con sus amantes y de ser racional. Estaba acosando a una mujer virgen que salía con un hombre que estaba interesado en ella como esposa. Intentaba convencerse a sí mismo de que era solo para disculparse por su estúpido comportamiento, pero sabía que no era así.

Robert y Caroline iban conversando con placidez en la calesa mientras todo Londres los observaba.

—Es bueno ser el centro de atención de vez en cuando —comentó él para romper el hielo.

—Ya lo creo —aseguró sonriente ella en tanto miraba a su alrededor—. ¡Oh, mire, milord, un pequeño gato!

—Parece estar atrapado arriba de ese árbol —dedujo Robert.

—Vayamos a ayudarlo.

Ambos bajaron de la calesa y se colocaron bajo el árbol para analizar la mejor estrategia.

—Bien, sosténgame esto —mandó la muchacha, que le entregó la sombrilla, el sombrero y los guantes.

—¿Qué se supone que hará? —cuestionó con una risita incrédula.

—Ir a buscar al gato, por supuesto —respondió con suficiencia.

—No crea que se lo voy a permitir. No sería un caballero si dejara que usted lo salvara —la contradijo.

—He dicho que iré yo —dictaminó decidida.

—Espere —ordenó—. ¿Qué le parece si jugamos?

Robert sacó una moneda del bolsillo.

—No creo que sea el momento para jugar.

—Vamos a decidir quién rescatará al desafortunado minino, Caroline. Elija cara o cruz —pidió con gesto resuelto.

Ella lo pensó un segundo sin dejar de observarlo con igual convencimiento.

—Cara.

—Bien. ¿Lista?

Luego de esas palabras, lanzó la moneda al aire, que cayó sobre su mano, y luego la tapó, corrió la palma y sonrió.

—Vamos, milord, que nos cocinaremos aquí en la espera —habló ansiosa.

—Cruz. Yo iré a buscar al gato.

—Qué mal, quería ir —se molestó, e hizo un mohín.

—Le regalaré el gato cuando lo agarre.

—¿Lo promete? —preguntó ya con una sonrisa en el rostro.

—Incluso puede llamarlo como yo para recordarme siempre.

—Abermale es un bonito nombre para un gato.

—Mi padre moriría si oyera que su título lo lleva un felino —señaló a carcajadas.

El vizconde observó con desagrado el rescate de pequeño animal. Parecían muy contentos juntos los tres.

Ese conde era un canalla de lo peor. Los niños y las mascotas siempre seducen a las mujeres: Robert sabía cómo hacer para ganarse a Caroline.

Debía pensar en algo para alejarla de él. Eso solo podía darse si la seducía y se olvidaba de esa regla de oro que tanto había cuidado desde sus inicios. Si para tener a esa mujer debía ceder en algunas cuestiones, lo haría.

—Gracias, Robert, es un gran detalle de tu parte —reconoció Caroline con el gato en brazos.

—Ahora tendré que buscar un doctor, creo que necesitaré unos puntos para los arañazos que me hizo el minino.

—Abermale es incapaz de hacerle algo.

—¿Era cierto lo de ponerle mi título?

—¡Mírelo, hasta tiene su rostro! —dijo Caroline para convencer a Robert.

El día transcurrió de manera agradable para ellos mientras William iba por su octava limonada del día y los observaba como un águila, sin perder el objetivo. Ya había calibrado su nuevo plan para tener a Caroline solo para él.

—Milord, estar aquí en el carruaje es muy aburrido, ¿por qué no va e impide que se siga divirtiendo la dama? —se hartó Paul.

—Paul, una indiscreción más y te despediré; no me dejas pensar bien.

—¿Qué le parece si la lleva a su casa, la que está a una hora de aquí?

—¿Estás insinuando que la secuestre?

—No, claro que no, eso sería comprometerlo a usted. Solo invítela para enseñarle su maravillosa propiedad.

William lo pensó. Aquello iba en concordancia con su idea inicial: la invitaría a practicar tiro y esgrima. Sabía que ella no se negaría a un ofrecimiento así. Entonces aprovecharía y se sacaría esas inmensas ganas de hacerla suya. Quizá con eso pudiera retornar a su vida anterior. Después de todo, tal vez acostarse con ella no fuera como lo soñaba; tal vez, estar con una virgen fuera como tener a un muerto en la cama.

—Recuérdame que te dé algunos beneficios superiores por tus buenas ideas —expresó William.

—Gracias, milord.

Por el momento dejaría tranquilos a los "tortolitos" mientras se disponía a poner en condiciones esa casa campestre que no usaba hacía años y donde siempre lo encerraban sus padres como castigo.

En su paseo por el Serpentine, Robert y Caroline se dieron cuenta de que tenían mucho en común y de que se llevarían bien si llegaban a casarse. Tal descubrimiento asustó al conde, pues él solo estaba haciendo un favor a un amigo, esa mujer no era para él. Una vez que William se diera cuenta de que era la mujer de su vida, él debía desaparecer para que no existieran susceptibilidades de ninguna de las partes.

—¡Abermale, se nos ha pasado el día! —exclamó Caroline al mirar el sol.

—Créame que no me había dado cuenta.

—No le hablaba a usted, se lo decía al gato —le gastó una broma.

—Hoy está en contra de mí al parecer, milady —la acusó Robert con una sonrisa encantadora.

—Fue un día maravilloso, no quisiera que acabara.

—Yo tampoco, pero debo devolverla a su padre y su primo. Solo avíseme si Abermale no es bienvenido y me lo llevaré a una de mis casas.

—¡No! Él es mío, usted me lo regaló —reaccionó en tanto acariciaba al pelirrojo minino salvaje.

—Está bien, no se enoje, se trataba tan solo de una sugerencia.

* * *

Por la noche del día siguiente, William intentó otra vez acostarse con una de sus amantes, pero fracasó de manera estrepitosa por culpa de esa locura por lady Caroline que lo había atontado por completo. Tenía por el piso la reputación de amante.

Frustrado y sin poder saciar su propio cuerpo, salió de allí y fue hacia la residencia de la joven dama. Iba a invitarla a su casa de campo en ese mismo momento, no importaba que aquella vivienda no estuviera en condiciones de recibirlos.

Capítulo 16

Tras saltar la muralla, William escuchó unos ruidos extraños.

—¡Maldito gato! —masculló asustado al ver que era solo el regalo del conde.

Espero unos minutos más para adentrarse en la casa. Para su sorpresa, Caroline estaba escapando de la habitación por una de las ventanas justo en ese instante.

Iba con una capa negra que la cubría por completo y también llevaba una máscara, pero ¿para qué?

Él lo averiguaría.

Caroline tenía esa noche la reunión del club del té, donde debían revisar las estrategias e informar sobre los avances con respecto a sus objetivos masculinos.

Ella llegó hasta la posada y entró con naturalidad. William no concebía que una dama como ella se adentrara a un lugar así a esas horas de la noche. Los perores pensamientos le asaltaron la mente: quizás se encontraría con Robert. Él no podría vivir con esa duda, por lo que decidió quedarse a ver quién salía de allí.

* * *

—¡Buenas noches, queridas mías! ¿Cómo les ha ido? —preguntó Bella.

—¡Mal! —respondió Grace.

—¿Tan malo es el marqués? —cuestionó extrañada Bella.

—No he podido acercarme, siempre está con sus amigos.

—Pues, si con él no funciona, quizás puedas intentarlo con mi hermano.

—¿Cómo se te ocurre, Bella? ¡Jamás! Tu hermano es… odioso —opinó Grace.

—No lo conoces bien. Quizás debamos buscarte otro candidato.

—Locura, ¿cómo vas con el vizconde? Aunque en realidad te hemos visto más con el conde de Abermale. Solo se habla de ustedes en Londres —indicó Grace para dejar atrás el tema del duque de York

—Con el vizconde vamos mal, pero con Robert estoy de maravilla. Es todo lo que una dama puede esperar —respondió.

—¡Oh, es una pena! Esperaba que me lo dejaras —dijo Engaño con un mohín.

—No creo que lo deje ir tan fácil, es demasiado bueno —objetó Caroline.

—Y tú, Timidez, ¿cómo vas con el conde? —inquirió Bella.

Prudence se quedó callada. Sin duda algo no iba bien.

—Me besó —respondió ella con el rostro enrojecido—. En realidad, yo lo besé. ¡Lo siento tanto! No debí caer en la tentación de ese libertino que ya tiene a una mujer con él —comentó con tristeza, casi hasta las lágrimas.

—Prudence, calma, no te pongas así. ¿El conde te ha buscado de nuevo? —interrogó Bella.

—Sí, pero me he escondido. Su amante siempre está cerca, y ustedes ya saben, jamás me metería con otras mujeres. No creo que encuentre un marido fiel, así que debo aceptar el hecho de que él se acueste con otras damas.

—¡Jamás, Prudence! —refutó Grace—. Tú debes ser la única en la vida de tu esposo en el futuro. Si una mujer trata de acercársele, deberás dar pelea y colocarla en su lugar.

—Yo no tengo tanto carácter, ustedes lo saben.

—Vamos, Timidez, todo resultará bien. Quizás esa mujer desaparezca —la animó Bella.

—Lo persigue como una sombra. Estoy segura de que espera casarse con él algún día.

—Basta de negatividad, Prudence —la interrumpió Caroline—. Tú puedes conquistar al conde, solo debes decidirte y dejar de ser tan tibia.

—¡Basta de hablar de mí! No encontraremos ninguna solución a mi problema. Dinos, Bella, ¿cuándo piensas aparecer ante todos?

—En el baile de máscaras iré a integrarme un poco a la sociedad —contestó.

—Debemos buscarte un pretendiente a ti también —le recordó Caroline.

—No, yo no puedo, no estaría bien.

—¿Qué sucede contigo? Desde hace tiempo que ni siquiera nosotras te vemos —inquirió Grace.

—Amigas mías, es una historia que les contaré alguna vez. Ocurrió antes de que ustedes debutaran, por eso no lo saben.

—¿Qué puede ser tan grave para que nunca salgas en público? —insistió Grace.

—Simplemente no quiero; eso es suficiente. Vamos, damas, veamos cómo mejorar la cacería —animó Bella con la intención de dejar aquel punto en el olvido.

* * *

William esperaba fuera de la posada. Habían pasado dos horas, era muy tarde, y esa mujer había salido sola de su casa. Al cabo de un rato, ella dejó el establecimiento sin compañía de nuevo.

—Veamos quién abandona el lugar después —murmuró William mientras aguardaba.

Esperaba ver a algún hombre, pero fueron dos mujeres más quienes surgieron de allí y se dirigieron hacia lugares diferentes. Había pensado que se trataba de un encuentro furtivo con Robert, pero, al parecer, era una extraña reunión femenina nocturna.

Se apresuró para alcanzar a Caroline, quien iba caminando con rapidez sin dejar de mirar a ambos lados.

William decidió asustarla para que no volviera a salir sola a esas horas. Se adelantó un poco y se ocultó entre los arbustos para esperar la oportunidad ideal.

—¡Oye, muñeca! —exclamó.

El grito de lady Caroline de seguro pudo oírse hasta el continente americano.

—¡Es usted muy asustadiza, milady! —bromeó William al abandonar el escondite.

—¿Qué diablos hace usted aquí a estas horas? —cuestionó con una mano en el pecho para controlarse el pulso.

—Creo que esa pregunta debería hacerla yo. ¿Qué hacía sola a estas horas y en una posada?

—¿Ha estado siguiéndome? —indagó escandalizada.

—Quizás. Quería hablar con usted.

—Creí que usted deseaba que desapareciera de su vida —respondió irónica—. Quizás Robert lo pone celoso.

—¿Celos, yo? Nunca he sido de ese tipo de hombres. Yo comparto a mis amantes, querida.

—Entonces, ¿qué quiere? —reaccionó irritada mientras caminaba con mayor prisa.

—Invitarla a mi casa de campo.

—¿Con qué objeto? —preguntó dudosa.

—¿Le gustan las aventuras?

—Claro que me gustan, pero…

—¿Pero qué? No me diga que tiene miedo —acusó al tiempo que elevaba una ceja.

—¿Miedo? ¡El miedo es para las gallinas, milord!

—Entonces supongo que acepta mi invitación.

—Pero ¿cómo iría hasta ahí?

—Es una buena pregunta —dijo mientras se agarraba el mentón en un gesto reflexivo.

¿Cómo había sido tan ingenuo? ¿Con qué excusa se la llevaría todo un día? Tendría que improvisar.

—¿Qué le parece si nos vamos ahora mismo rumbo a mi casa? Está a una hora de camino —aseguró.

—¿Está usted loco?

—Es usted a quien llaman Locura, no a mí —discutió con una sonrisa que era capaz de romper corazones.

—Se darán cuenta de que no dormí en casa.

—Deje una carta y diga que salió muy temprano para acompañar a una amiga en un día de campo. Prometo traerla por la tarde sana y salva.

—¿Cómo confiar en usted?

—¡No me acuesto con vírgenes!

—¡Oh, sí, es muy convincente, milord! Está bien, acompáñeme a casa para que escriba la carta y podemos partir. ¿Dónde está su carruaje?

—¡Maldición, en mi hogar! Iré a buscarlo luego de dejarla en su casa y después pasaré por usted.

—No estaba usted muy preparado para ir a su casa de campo, supongo —dudó Caroline.

—No a estas horas. Mi intención era proponerle que nos viéramos a las ocho de la mañana, pero las doce de la noche es un horario ideal.

—Está bien —aceptó.

¿Qué estaba haciendo? Iría con el vizconde, sola, a un día de campo. Arruinaría su reputación para siempre si eso llegara a conocerse. Incluso Robert la rechazaría después. ¿Pero qué más daba? La curiosidad por ese hombre la estaba matando, tenía una fuerza de atracción que la llevaba a querer pecar con él. El problema era que a aquel caballero no le interesaba nada serio con ella. Aun así, pese a todo eso, su estúpido cerebro le decía que lo acompañara. No había duda: la insensatez humana podía ser infinita. A ella no le esperaba nada bueno junto a ese hombre, no había un "nosotros" en el futuro al que pudiera aspirar, pero el peligro y la aventura eran algo que deseaba muy a su propio pesar.

—Está muy callada, milady —interrumpió William sus cavilaciones.

—Estoy pensando en qué escribir en la carta milord, solo eso —mintió.

Luego de unos minutos, llegaron a la residencia Berkeley.

—Dentro de media hora, estaré de nuevo aquí. Llévese alguna ropa para cambiarse.

—Está bien.

—No me tardo —prometió apresurado, y se dispuso a trotar hacia su casa.

Caroline subió por la ventana, agarró papel y pluma y garabateó una cantidad enorme de mentiras. No podía escribir "Querida Nana: Me voy a pasar un día completo a solas con el mayor libertino de todo Londres", pues eso mataría a su niñera sin duda alguna.

* * *

William entró a su recamara y dio instrucciones a Paul.

—Prepárate, partimos a Western ahora.

—¿Qué? Digo… ¿por qué a esta hora, milord?

—Se lo he propuesto a lady Caroline. Vamos, muévete, que dentro de veinte minutos debo estar frente a su casa. Prepara los dos carruajes. Tu irás en el otro; quiero intimidad con mi querida dama. —Sonrió pícaro.

El vizconde rebosaba de felicidad. Ella había aceptado casi sin vacilaciones ir con él. Lo que la muchacha no esperaba era la proposición que él planeaba hacerle, la que estaba seguro de que ella aceptaría. Robert podía irse al infierno mismo, William tendría a esa mujer para él.

Ninguno de sus amigos sabía nada sobre su plan para lady Caroline. Quizás el venenoso Ernest pudiera llegar a sospechar un poco, pues olía las mentiras a leguas, por eso era mejor mantenerlo alejado.

En una semana esa dama había cambiado por completo la rutina de William. Lo tenía tan ocupado en idear el modo de tenerla que había podido dormirse sin muchos problemas, sin dar vueltas gracias a la soledad que lo aquejaba al regresar a su habitación.

Capítulo 17

Mis queridos lectores, aún no tenemos ningún nuevo escándalo, ni siquiera el infame vizconde de Hereford nos ha deleitado con sus aventuras. Lleva una semana alejado de sus amantes, hasta se lo ha visto por las fiestas como si fuera a buscar esposa. Imaginen, mis lectores, al disoluto vizconde ¡intentar conquistar a una de las pequeñas debutantes! ¡Escandaloso! ¿Quizás ya quiera sentar cabeza? Dicen que no hay ningún esposo mejor que un libertino reformado. Esta temporada no quitaremos los ojos de él para ver quién es la afortunada que logrará o ha logrado meterse a la bolsa al más célebre amante de Londres.

Londres Dice, página 3.

* * *

Caroline estaba aguardando que apareciera el carruaje en el camino. Ya estaba lista, solo llevaba una muda de ropa en caso de emergencia.

Enseguida el carro con los faroles prendidos quedó frente a la casa, se abrió la puerta y el vizconde asomó la cabeza y una mano.

—Suba, milady, antes de que nos vean.

Ella entró con rapidez, pues sabía que el asunto podía complicarse bastante si alguien los descubría.

—Es usted muy puntual, milord.

—Puedes llamarme William —la tuteó.

—No es lo más correcto, porque luego de esta… ¿Cómo decirlo? ¿Aventura? Después de esto, quizás ya no volvamos a vernos, como debía haber sido desde un principio. Que conste que yo no lo he buscado.

—Lo sé, Caroline, pero por lo menos podrías llamarme así. "Milord" aquí, "milord" allá, la verdad es que me pone un poco nervioso.

—Le diré Nieve, ¿le gusta?

—Es un nombre para gatos.

—Mi gato se llama Abermale, es un conde —se jactó.

—Es vergonzoso que el conde haya dejado que su título se aplicara a ese horrendo gato pelirrojo —opinó William.

—¡No hable así de él! Es mi regalo y es el minino más cariñoso del mundo. Por cierto, ¿cómo sabe que es pelirrojo?

—Quizá los estaba observando —respondió mordaz.

—¿Ha estado siguiéndome? ¿Hasta qué punto llega su falta de vergüenza? —cuestionó—. Pero no importa, déjeme decirle que Robert es muy dulce y me agrada bastante su compañía. —Sonrió.

Él la miraba mientras ella hablaba del pretendiente. Le brillaban los ojos cuando enumeraba alguna cualidad buena de él. ¡Pero si solo habían salido una maldita vez!

—Ahora es usted quien se quedó callado, William.

—No soy un adepto a escuchar sobre otros hombres —destacó—. Debo decir que mi nombre suena como música desde sus labios.

—A nadie le gustaría oír sobre otros, supongo. ¿Qué le parece si dormimos un poco? —preguntó con un bostezo.

—Me parece bien. Le avisaré cuando estemos por llegar.

—Gracias —correspondió con cansancio.

Ella era la primera mujer que se dormía ante la presencia de él. Las otras jamás desaprovechaban la oportunidad de tenerlo cerca, pero a esa dama en cuestión no se la podía comparar con todas esas mujerzuelas a las que él estaba acostumbrado. Ella era tan diferente, simpática, alegre, temeraria… En fin, una excelente compañía. Todo eso pensó William antes de entregarse también al sueño.

Una hora y media después, llegaron a la casa. Caroline dormía de manera tan plácida que no quiso despertarla, así que la cargó hasta la que sería la habitación de ella durante esas horas antes del amanecer. Se trataba del cuarto de la vizcondesa, que contaba con una puerta de acceso al de él.

—Mmm… —Se movió inquieta al despertar—. ¿Hemos llegado?

—Sí. Se instalará aquí, y mañana saldremos temprano. Le mostraré el hermoso paisaje y le enseñaré tiro y esgrima —comentó sentado al lado de ella en la cama.

Caroline sonrió feliz. Sería en verdad algo emocionante, y cumpliría uno de sus sueños.

—Gracias —pronunció, ya más despierta, al ver que él se levantaba para dejarla sola—. ¿Se va?

—¿Está acaso echándome de mi casa? —preguntó divertido.

—No, jamás lo haría. Es solo que me pareció que se marchaba. ¿Dónde dormirá usted?

—Al lado, en la habitación tras esa puerta.

¡Eran cuartos comunicados! ¡Los usaban los esposos!

—No se asuste, no sucederá nada que usted no desee —la tranquilizó William al ver a su asustada invitada.

—¿Qué? Usted es quien no…

Cerró la boca sin terminar la frase. Casi había cometido la indiscreción de delatar su propio deseo por él.

—Fui yo quien no quiso, lo sé, pero todos podemos cambiar de parecer a veces, ¿no lo cree?

—¿Qué lo hizo cambiar de opinión? —indagó con cierta duda.

—Que la deseo. No he podido estar con otras mujeres desde que la conocí. Necesito saber qué se siente tenerla o moriré —confesó con asombrosa facilidad.

Caroline se había quedado sin habla. Eso no podía estar sucediéndole, justo cuando había decidido conquistar al conde.

El corazón le latía con fuerza, y comenzó a temblar. Aquella era una revelación demasiado seria.

—¿Qué pretende? —lo enfrentó.

—Llegar a un acuerdo con usted.

—¿Un acuerdo? ¿De qué tipo?

—La quiero como mi amante —soltó sin más.

¿Su amante? ¿Amante? Había escuchado mal o sin duda aquel hombre había enloquecido.

—¿Su amante? —preguntó con un sonrisa alterada—. ¿Qué gano yo con eso?

—A mí —presumió—. Le daré tanta satisfacción que no va a arrepentirse.

—¿Solo a usted? Me parece un trato injusto —objetó al tiempo que se levantaba de la cama —. Yo perdería mi reputación, la oportunidad de tener una familia, a Robert, no me quedaría nada. ¿Y usted? Por supuesto, andará como si nada después de haberme destruido, ¿no es así? ¿Cuánto tiempo cree que durará lo nuestro?

—Hasta que me canse, por supuesto. Yo podría ayudarla a encontrar un buen matrimonio después de que terminemos. Es lo que le ofrezco. Sabe que no quiero casarme nunca, ni tampoco deseo tener hijos. Este acuerdo sería confidencial, solo entre usted y yo.

Caroline no podía creer lo que escuchaba. No sabía si reír ante la comedia que estaba montando ese hombre o llorar por sentirse como un mero instrumento de placer, si bien se trataba de un goce que ella quería experimentar junto a él.

—No debe decírselo a nadie —continuó William—. No quiero compromisos.

—¿Es así de frío con todas sus amantes?

—Estoy siendo muy amable. ¿Qué opina? Lo disfrutaremos mientras dure.

—¿Quién le pondría fin? ¿Solo usted, o yo también podría hacerlo?

—Solo yo, querida —afirmó mientras se acercaba a los labios de ella—. Dime si aceptas. No sabes cuánto te deseo, Caroline.

Así no podía pensar con coherencia, no cuando la tentaba de esa manera, pero no podía aceptar semejante trato. Ser la mujerzuela de un libertino, compartirlo con otras mujeres… ¡No! Si iba a convertirse en su amante, jugaría también ella sus cartas.

—Tengo dos condiciones para aceptar su propuesta.

—Dígame, estoy dispuesto a escuchar —indicó con atención y ansiedad, sin deshacer la sonrisa enorme que ostentaba.

—Primero que nada, yo debo poder romper esta relación; y segundo, debe ser monógamo mientras estemos juntos. ¿Qué dice? ¿Acepta, William? —planteó Caroline con seguridad.

—Lo de la monogamia puede que lo acepte, pero, lo de que usted tenga derecho a romper nuestro vínculo, no lo creo —negó.

—Acepte lo que le ofrezco, William —lo desafió segura—. Yo debo continuar buscando esposo.

—Por el momento, no lo harás.

—¿Por qué no?

—Porque, una vez que te entregues a mí, no podrás hacerlo con otros. Yo también exigiré fidelidad —sentenció William.

—No soy una libertina —aseguró—, aunque ya lo estoy dudando. Ahora, ¿qué cree que haré con Robert?

—Despacharlo, claro está, ¿no lo cree?

—Pero si es tan…

—¡Tan nada! —celó—. Monogamia, querida.

—¿Y si es solo mi amigo? —preguntó la muchacha, que deseaba conservar de alguna manera a aquel caballero adorable.

—Él no te ve así. Aunque es conveniente que se quede cerca, ya que él quizás sea tu mejor opción para un matrimonio.

—Gracias por dejármelo a él al menos —masculló con sorna.

—Tú serás la primera mujer a la que tome de amante de este modo —reveló.

—¿No se ha puesto a pensar, milord, que quien lo está tomando por amante soy yo?

—Si eso la consuela… —Se acercó a ella

—Lo hace —respondió con apuro al ver que él se aproximaba con sigilo—. Entonces, nada de acercarse a mí en los bailes y eventos, lo tiene prohibido.

—Sin duda. Salvo que la necesite.

—Claro —aceptó—. Debe ser más discreto, lord W. No quiero que mi reputación caiga por su culpa.

—Haré lo posible.

Tras decir eso, la besó con una pasión desenfrenada. Luego de una semana de aguardar ese momento, la tendría para él. Habían llegado a un acuerdo, a un pacto que será más que placentero para ambos.

Ella temblaba como una hoja en el viento, temerosa de la decisión que había tomado. Le agradaba ese hombre, y se convertiría en la amante de un mujeriego. Nunca se había imaginado que toda su esmerada educación la llevaría a terminar de esa manera, en el camino de la indecencia.

Él la colocó de espaldas para besarle el cuello desde atrás con ternura.

—No tenga miedo, Locura, lo haré despacio —susurró para calmarla al sentir cuánto temblaba.

—Confío en usted —aseveró, e inclinó la cabeza para ofrecerle más espacio para que la besara. Estaba cooperando bastante, y de cierto modo le enorgullecía estar a punto de perder la virginidad a manos del mejor amante de Londres.

—No piense tanto, solo déjese llevar —intentaba convencerla William mientras le desprendía el vestido hasta dejarla solo en enaguas.

Era tan bella, tan inocente. Quizás aprovecharse de una mujer así fuera el pecado más grande que pudiera existir, pero qué más daba, ardería en el infierno por ella. De todos modos, amaba el pecado casi tanto como le encantaba esa mujer.

Iba a darle fin a ese deseo tan terrible de tenerla para él. Sabría si esa dama era la que podía acabar con esa sequía que lo aquejaba desde que la había conocido. No obstante, quizás no fuera lo que esperaba y la negociación terminara ese mismo día.

Capítulo 18

Estaba ya por completo desnuda, de espaldas a él, que le acariciaba la cintura y le besaba el cuello como lo que era: un experto en dar placer. Si seguía así, quizás no sobreviviría a esas caricias.

—Es libre de tocar lo que desea, Caroline —murmuró en su oído como un demonio del pecado.

Ella se volvió y lo miró a los ojos. Sin decir nada, lo besó a su propio ritmo, un ritmo tímido, lento y sensual.

William iba a morir si esa mujer no se apresuraba para desvestirlo. Estaba tan ansioso por hacerle el amor que estaba considerando quitarse él solo la ropa.

—¡No, milord! Si es mi primera vez, exijo que sea a mi manera —lo frenó.

—¿No puede hacerlo con mayor celeridad por favor? —expresó ansioso.

—La paciencia es una virtud —jugueteó Caroline.

—Pues, verá, no soy muy virtuoso, querida mía —se sinceró.

Ella le concedió el deseo y fue sacándole las prendas hasta dejarlo desnudo, sin dejar de acariciarle el torso hasta la cintura para luego ir de nuevo hacia arriba con movimientos muy suaves. William tenía buen físico, muy bueno para ser tan ocioso. Era alto pero bien proporcionado, mientras que ella era pequeña, delgada y bastante frágil en comparación a él.

—Tranquila, cariño, solo va a darte placer —pronunció él con la intención de que aquel miedo palpable desapareciera para que ella pudiera disfrutar de la oferta—. Se amoldará a mí sin problemas, se lo aseguro.

Ella asintió. Él la llevó a la cama y la tendió para luego detenerse a observar a la belleza rubia que iba a tomar como amante dentro de unos pocos minutos. Se colocó sobre ella mientras Caroline lo miraba directo a los ojos para establecer una conexión con él.

A ambos se les aceleraba el corazón al estar tan cerca y a punto de convertirse en un solo cuerpo.

Las caricias de William la llevaban a la locura, no existía nada en el mundo más reconfortante que tenerlo. Él la besaba, y ella sonreía al tiempo que gimoteaba por las sensaciones que le transmitía ese hombre.

El vizconde estaba gozando como nunca en la vida. Ella era tan receptiva ante sus caricias, la mejor amante de todas. Estaba dejando de ser una muchacha remilgada para convertirse en una fiera hambrienta de placer. Lo arañaba y mordía. Se acomodaba al cuerpo que la invadía, se adelantaba a los embates que parecían estremecerla. El es inmenso, se decía Caroline, cada vez que él entraba y se retiraba un poco: no podía quejarse. Los chismes le hacían justicia: le parecía la mejor sensación que había experimentado, pese a no tener con qué compararlo. Estaba entregada por completo en cuerpo y alma a su amante, había dejado atrás todo para lo que había sido criada por esas horas de pasión que tenía por delante.

—¿Cómo se siente? —consultó William mientras le acariciaba las hebras del largo cabello.

—Diferente. No había probado el placer nunca antes —respondió sonriente, y le dio un beso en la frente—. ¿Qué tal si dormimos, William?

—Está bien, pero solo por ser la primera vez. La próxima ocasión no consentiré descansar.

Ella sonrió y fue quedándose dormida de a poco. Ya tendría tiempo para pensar en lo que había hecho con su vida; en ese momento estaba demasiado exhausta para meditar sobre sus propias acciones.

Él la vio entregarse a los brazos de Morfeo y siguió acariciándole el cabello hasta también perderse en los sueños.

* * *

El sol había salido. Caroline fue la primera en levantarse por el calor que desprendía el cuerpo de William, que rodeaba al suyo. Se liberó y se dirigió hasta una ventana. La vista le parecía maravillosa, salida de un cuento. Se podía contemplar mucha agua, quizás una laguna, innumerables árboles y mucho campo. El jardín era precioso, parecía pertenecer a un sueño.

Se volvió y miró hacia la cama. Allí estaba él. El peor de los hombres con el que podía haber caído se había convertido en su amante; ella, a su vez, se había transformado en una mujer sin dignidad. ¿Qué diría Nana si lo supiera?

Observó las sábanas, la evidencia de la pureza perdida. Se había vendido por unos instantes de placer, era una vergüenza, pero aun así había sido una experiencia maravillosa y encantadora. Recordaba cada detalle y expresión de él mientras la tomaba.

Dirigió de nuevo la vista hacia el paisaje y se concentró en la belleza que circundaba todo ese lugar.

—¿Le gusta lo que ve? —preguntó él al colocarse desnudo detrás de ella.

—¿Usted o el paisaje? —bromeó—. Es hermoso. ¿Es una laguna?

—Sí. ¿Le gustaría ir? —inquirió mientras la abrazaba y se frotaba contra ella.

—Deje eso…

—No puedo evitarlo, es la primera vez que amanezco con una mujer en mi casa.

—Y es probable que sea la última —le recordó, más realista—. No podremos hacer esto de vuelta.

—Es verdad. ¿Por qué mejor no aprovechamos el tiempo y regresamos a la cama?

—Prefiero ver el paisaje por ahora —ignoró la sugerencia, para luego besarlo y mirar hacia afuera.

—Entonces, ¿qué tal si cada uno hace lo que quiere? —propuso sin dejar de acariciarla. Ella enseguida sintió que el cuerpo le ardía ante el contacto.

—¿Qué hace, William? —requirió Caroline, perdida en las manos de él.

—Solo mire el paisaje, mi querida dama, yo me encargaré del resto. ¿Quiere más deleite? —preguntó tentador en un susurro entre el cuello y la oreja de la dama.

Ella se relamió, ansiosa por responder de manera afirmativa.

—Lo deseo, William.

Él volvió a tomarla con satisfacción mientras ella observaba el horizonte. Tenía a la amante más deliciosa y apasionada que hubiera podido encontrar en esa frenética y delincuencial existencia: y era suya, solo suya.

—Espéreme aquí, cariño, iré a buscar a mi ayuda de cámara.

—¡No! No quiero que me vean aquí: los sirvientes hablan —se inquietó.

—¿Cuántas veces cree que me ha cubierto sin decir una sola palabra? Confíe en mí.

Ella asintió, pero tenía una mirada suspicaz porque sabía que estaba cometiendo una locura. Sentía miedo de que la juzgaran por la elección de ser amante de un hombre disoluto a pesar de ser una dama de alta cuna. Si eso se llegaba a conocer, no solo la señalaría el personal de servicio, sino que además la sociedad la condenaría al ostracismo social.

William se colocó la bata y fue a buscar a Paul, que estaba en la habitación de al lado.

—Buen día, milord, ¿desea que le prepare un baño?

—Uno para ella y otro para mí, por favor —pidió sonriente.

—¿Era lo que esperaba? —curioseó su hombre de confianza.

—Ha superado de modo satisfactorio todas mis expectativas y más que eso. Aceptó ser mi amante.

—¿Y qué hará con las otras damas?

—Mandarlas a volar. Seré monógamo hasta que ya no quiera estar con Caroline.

—A la duquesa de Grafton no le va a gustar, milord.

—Eso se terminó luego de que su esposo ordenó que me golpearan. Para mí esa mujer ya no existe.

—He guardado todos los recados que le envió ella.

—Quémalos, Paul, no volveré a buscar a esa dama ni aunque fuera la última —declaró decidido.

—Como usted disponga. Iré a preparar el baño, ¿se le ofrece algo más?

—Que alisten el desayuno para que mi dama y yo lo compartamos en el jardín trasero. Al parecer, le encanta la vista. También tráeme los trajes de esgrima y las pistolas de tiro.

—Sí, milord.

—Ah, Paul, mejor que no sean dos baños. Solo uno, con suficiente agua para dos.

Capítulo 19

Regresó a la habitación junto a Caroline, que estaba tapada con las sábanas, aún erguida frente a la ventana.

Ella escuchó el sonido de la apertura de la puerta, se volvió y lo miró con esos hermosos ojos verdes, que se veían aún más claros. William sintió una punzada de culpa al notar que ella estaba melancólica.

Se acercó y la abrazó.

—¿Está todo bien?

—Sí, solo necesito asearme, si no es molestia.

—No, cariño, pronto traerán aquí la bañera para que podamos bañarnos.

—¿Tú y yo juntos?

—¿Por qué no? Puedo ayudar en lugar de la doncella.

—Pero eso no está… Al diablo, ya hice todo lo que no debía hacer, un pecado más no me hará daño —se reprochó.

—¿Se arrepiente de haber aceptado nuestro trato? —la cuestionó William.

—Aún no, pero, quizá, cuando me encuentre sola lo haga. No vale la pena arruinar este momento de ese modo —alegó con una sonrisa en el rostro. Había decidido disfrutar al máximo de ese día y luego pensar qué sería de ella.

—Espero que no se lamente de lo compartido. Me agrada estar juntos, su compañía es muy apreciada por mí —comentó para que ella superara esa congoja.

—Gracias, William.

Tocaron a la puerta y enseguida entraron los sirvientes, que colocaron la bañera y vertieron el agua caliente en ella para luego retirarse y dejarlos a solas.

—Usted primero, Caroline —concedió, y la besó.

Ella fue hacia la bañera, se despojó de la sábana y se metió al agua.

Él no podía dejar de observarla. Era tan bella, toda una sirena. Luego escuchó un quejido que provenía de la joven y se acercó.

—¿Duele? —preguntó preocupado.

—No, solo me escuece.

—Pronto pasará. Por el momento, nada de actividad. Iremos a desayunar y también cumpliré lo que dije: le mostraré todo. El día tal vez nos quede corto.

El rostro de ella cambió por una sonrisa más auténtica. Esa era lady Locura, quien gustaba de las aventuras.

—¿De verdad? Vamos al agua, debemos hacerlo rápido porque el día terminará pronto —lo apresuró con ansiedad ante la perspectiva de interiorizarse en las disciplinas que le interesaban.

Él la miró sonriente y no pudo evitar sentirse contagiado por el buen ánimo. ¿Hacía cuánto tiempo que no practicaba algún deporte o tenía tan buena compañía? ¿Hacía cuánto que no compartía con una mujer algo más que solo una noche de pasión?

Terminaron de bañarse y bajaron al jardín para comer. Caroline estaba maravillada, era demasiado hermoso, y salió corriendo hacia el lugar más alto de la pradera para observar los alrededores con detenimiento.

—¡No puedo creer que este paraíso sea Londres! —exclamó llena de energía—. Es tan hermoso. Cuánto tiempo hace no salía de mi casa e iba más allá de Hyde Park. ¿Cada cuánto viene aquí?

—No vengo desde que dejaron de castigarme, o sea hace demasiado tiempo —respondió con la mirada orientada en la misma dirección que la de ella.

—¿Nunca ha recibido amor?

—Mis padres nunca se quisieron entre sí; tampoco a mí. Solo era una obligación, una carga que ellos debían llevar para mantener el título y la posición social.

—Es muy triste. A veces siento que mi padre no me quiere, pero sé que en realidad no es así. Quizá también en el fondo esté resentido por no haber tenido un varón.

—Habría sido un desperdicio, querida mía. Venga y siéntese a mi lado, vamos a desayunar.

William era tan exquisito con sus modales y su educación, la trataba como si fuera una mujer que merecía respeto, no como la simple amante de turno. Si bien se había convertido en su concubina, estaba segura de que no lo sería durante mucho tiempo. Cuando se terminara la novedad que ella representaba, él volvería a buscar más calor en Londres. Pero no era momento para deprimirse; tendría todas las noches, las semanas, los meses y los años para arrepentirse de lo que estaba haciendo. Cuando Nicholas se enterara, si es que eso llegaba a suceder, porque de sus labios no saldría una sola palabra, la desterraría al temido convento.

—¿En qué piensa? —preguntó William mientras bebía una limonada.

—En Nicholas. Si llega a enterarse de esto, lo asesinará —le respondió con tranquilidad mientras cortaba unos huevos.

—No se enterará si nadie nos delata.

—Yo no sería capaz. ¿Quién patea contra su propia olla, milord?

—Sé por demás que quiere casarse, Caroline, pero yo no lo haré, ni con usted, ni con nadie. No tengo nada que ofrecer, ¿lo entiende?

—Claro… —comprendió decepcionada. Él tenía la capacidad única de arruinar todos los momentos compartidos con esas excusas para no casarse.

—Bien, ya hemos terminado. Ahora vamos a buscar los caballos para ir a practicar un poco de tiro.

—¡Tiro! ¡Dios mío, suena emocionante! ¿Cazaremos algo o dispararemos a los árboles?

—Pajaritos, ¿qué dice?

Caroline lo miró horrorizada.

—¡No mataría a una indefensa ave!

—Entonces, ¿sí mataría a una indefensa liebre? Creo que tiene una falsa moral, milady.

—Quizás tenga razón, pero la liebre es deliciosa, ¿o no lo cree así, milord?

—Sabe cómo escapar de una situación que no va a su favor, ¿no es así? Admiro su capacidad para salir de las complicaciones.

—No podría decir lo mismo, ya que usted es experto en dirigirse directamente hacia los problemas.

Ambos, sonrientes, fueron a las caballerizas a recoger los corceles. Paul iría en una calesa para llevar los trajes y el almuerzo. Después de eso, debería devolver a Caroline de nuevo a su casa y terminar con ese bello sueño.

Cabalgaban por la pradera, o al menos el vizconde lo hacía, mientras que ella galopaba libre, sin seguir una línea. Maniobraba muy bien al equino para ser una simple dama.

—Monta usted de manera excelente, Caroline —la halagó divertido.

—Mi padre ha podido pagar buenos maestros, milord. Es una pena que no haya servido de mucho —contestó en referencia a la situación en la que se hallaba.

—¿Lo dice porque no va a casarse con la virtud intacta? Creo que eso está sobrevalorado, milady, no debería tenerlo muy en cuenta —discutió sonriente.

—¿Ya ve? Mi virtud no representa ningún compromiso para usted, solo le dio miedo unos instantes, pero ahora ya se ha encargado sin problemas de deshacerse de ella, no tuvo que esperar a que Robert lo hiciera —cizañó la joven.

—Es mejor no mencionar al caballero, arruinaría nuestro día.

—Como guste —contestó. Luego trotó sobre el animal hasta la orilla de la laguna. Entonces bajó del caballo y se fijó en unos viejos troncos al costado, perfectos para sentarse.

William también se detuvo y la siguió.

—Ese tronco es donde practicaremos —le indicó a Caroline.

—Magnífico, así no tendré que matar a ningún animalito inocente —alegó. Sentía que se había quitado un peso de encima.

—No creo que pueda matar a la primera —la desafió.

—Siento que me subestima.

—Nada de eso, la creo capaz de lo que sea.

—Entonces basta de palabrerío y más acción. Deme un arma.

—¿Ansiosa? Pues tome. Es un arma de duelo, a un tiro por vez, Caroline.

—Está bien, aunque nunca entenderé para qué sirven los duelos —repuso ella.

—Para matarse, es simple. ¡Paul! —llamó a su ayudante—. Tráeme los blancos.

—Sí, milord.

El empleado colocó ocho botellas de vidrio para que pudieran disparar.

—¿Qué le parece una competencia? Quien logre darle a más botellas gana.

—Me parece injusto. Usted sabe disparar de verdad, mientras que yo solo conozco la teoría. Se está aprovechando de esa ventaja.

—Vamos, milady, no le teme a los desafíos, ¿verdad? —la retó de vuelta.

—Odio que me vean como a una cobarde. Claro que no, acepto, pero…

—¿Pero qué?

—Si yo gano, usted me dará lo que yo pida, sea lo que sea.

—Está bien. Y si yo gano, usted compartirá mi cama mínimo una vez por semana.

Caroline se escandalizó por la indecorosa propuesta.

—Bien —se limitó a aceptar—. Prefiero que usted dispare primero, milord, así quizás pueda enseñarme algo con el ejemplo.

William sonrió con toda la seguridad de que ganaría, con el revólver con cuatro balas en la mano.

Ella lo miraba ansiosa. Era tan apuesto cuando estaba concentrado.

—Observe y aprenda, cariño —le dijo en tono jocoso.

El primer disparo dio en el blanco, al igual que el segundo, pero falló en el tercero.

—¡Una verdadera pena, William! —gritó ella desde donde lo observaba. Él le devolvió una sonrisa, cargó el arma y disparó un último tiro, que acertó.

—Tres de cuatro, Caroline. Mejore eso —presumió.

—Lo intentaré.

Ella había leído bastante sobre cómo disparar. Se suponía que era tan simple como “prepare, apunte y fuego”; claro, debían tenerse en cuenta muchos factores, como la distancia, la fuerza y el impacto.

La muchacha se colocó de la misma manera en que lo había hecho William mientras él reía a carcajadas.

—¿Qué le provoca tanta risa? —inquirió molesta.

—Tanta ceremonia para nada. Va a perder, señorita.

—¡Eso lo veremos, milord! —desafió decidida.

Caroline apuntó y disparó. Dio en el blanco. William la miró sorprendido.

—¡Es solo suerte de principiante! —justificó.

La joven se dispuso a disparar otra vez, apretó el gatillo y acertó. Esa ya no parecía suerte de principiante. El tercer disparo también dio en el blanco. William se levantó de su lugar. ¡Lo había igualado! Estaba impresionado con la destreza que ella demostraba. Sin duda esa mujer no se convertiría en una esposa común.

Capítulo 20

—Estamos empatados, William, ¿aún piensa que es solo suerte de principiante? —lo cuestionó orgullosa.

—Estoy dudándolo ahora mismo.

—¿Está sudando frío, cariño? —preguntó con sarcasmo.

—No creo que acierte.

Ella solo sonrió, disparó y dio justo en el centro de la botella. Había ganado. William tenía la mandíbula casi dislocada del asombro.

—Esto solo demuestra que yo puedo ganarle en su propio juego, milord —lo confrontó, y golpeó con suavidad la mejilla de William, que todavía no reaccionaba.

Se encontraba impresionado. La había subestimado, pero no lo volvería a hacer. No cabía duda de que esa mujer era muy inteligente.

—Puedo suponer por tu rostro que el tiro es una de las habilidades que mejor has desarrollado —comentó Caroline.

—Me sentía bastante confiado. Clay me enseñó, y él fue soldado antes de asumir el rol de conde.

—Eso suena interesante. ¿Qué puedes contarme de tu amigo?

Él la miró desconfiado.

—¿Por qué quieres saber de él?

—Simple curiosidad. No parece un soldado.

—Ha sido criado por nobles, claro que no lo parecerá. Él no esperaba heredar, todo fue muy rápido… ¿Por qué te interesa?

—Por mi amiga Prudence.

—Clay es de los míos, tiene una amante, lady Margot; no pongas esa cara. Hace un tiempo que están juntos, y está bastante conforme.

—¡Pero si ella debutó el año pasado!

—Pero eso no le quita lo ligera. Ya se acostaba con él antes de debutar.

Esas noticias no le caerían nada bien a Prudence, que al parecer tenía razón sobre la concubina, solo que no había dado nombres para que no se corriera el chisme.

—Lo siento por tu amiga, pero Clay está ocupado por el momento.

—Es una pena.

—¿Por qué mejor no hablamos de nosotros y de tu demanda por haber ganado?

—Aún no sé qué reclamar.

—¿Quieres joyas, vestidos, zapatos? Pídeme lo que quieras y te lo daré, Caroline —garantizó William mientras la tomaba de las manos.

—¿Por qué me ofreces esas cosas?

—Es lo que piden las amantes, es normal.

La joven cambió la expresión de relajada a enojada. Ella no se sentía tal cosa. Se soltó del agarre de las manos de William con furia.

—No soy una “amante normal”, milord. Creo que ya sé en qué voy a utilizar lo que gané.

—Discúlpame, es una estupidez de mi parte subestimarte siempre. Dime qué deseas.

—Quiero poder romper esto cuando yo quiera.

—Eso no es negociable.

—Claro que lo es. Apenas hemos empezado, y ya me tratas como a una mujerzuela. Te recuerdo que no me encontraste en un burdel, ni te pedí dinero por acostarme contigo. Yo tengo corazón, William, aunque tú no lo tengas, por lo que espero poder salir de esto antes de que sea tarde.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No quiero enamorarme de ti, ¿entiendes?

Él quedó helado. Ese era el problema de meterse con una virgen: el amor, algo que él no conocía ni podía dar. Debía hacerla olvidar eso, no era el momento para peleas por cosas que aún no habían sucedido.

—Caroline, estoy seguro de que no te enamorarás de mí, ni yo de ti —aseveró en tanto le acariciaba la mejilla—. Si te hace sentir mejor que tú puedas dar por terminada la relación cuando lo creas correcto, así será.

Se trataba de un engaño, puesto que no la dejaría ir, no cuando era la mujer más deliciosa que había probado en toda su vida. Estaba seguro de que le llevaría mucho tiempo en aburrirse de ella.

—Voy a creerte. Espero que cumplas con lo pactado.

—Claro que lo haré. Ahora, ¿vamos por tu siguiente aventura? Esgrima.

—¡Pero si no estoy vestida!

—Lo tengo cubierto. Vamos detrás de esos arbustos a cambiarnos.

—No querrás aprovecharte de mí, ¿verdad?

—En realidad me encantaría —confesó mientras la atraía hacia él—, pero sé que estás un poco dolorida, así que no voy a presionarte. Creo que, para tu primera vez, ha sido suficiente.

Ella suspiró aliviada.

—Gracias —dijo con una sonrisa para luego quitarse toda la ropa frente a él.

—Creo que he cambiado de opinión. Eres tan deliciosa, quisiera aprovechar todo este día contigo.

Ella lo besó y, pese a que aún no se sentía del todo restablecida, tuvo deseos de volver a hacer el amor con él.

Las prácticas de esgrima fueron muy satisfactorias. En esa disciplina William sin duda la aventajaba sobremanera.

Después de eso, se dispusieron a compartir un día de campo debajo de unos árboles, en la cumbre de las tierras del vizconde.

—No deja de sorprenderme la belleza de este lugar. Quisiera vivir aquí por siempre —deseó ella sin caer en la cuenta de lo que estaba diciendo.

—Es una pena que tengamos que regresar dentro de unas horas a Londres.

—¡Oh, Dios mío! No he pensado aún con qué amiga diré que estaba. No puede ser Prudence… Entonces Grace, sí, ella me ayudará.

—¿Estás muy preocupada por eso?

—¡Claro! Si yo no me ocupo de ello, ¿quién lo hará? Oh, mi pobre niñera habrá muerto de un infarto al no encontrarme esta mañana y no dejará de indagar dónde estuve, con quién y qué hice.

—Es lo normal en las doncellas, creo. Son metiches, te las puedes encontrar hasta en la sopa.

—¿Tuviste algún preceptor? —inquirió ella.

—Muchos, pero ninguno duraba. Luego me enviaron a internados y demás. He sido un poco… inadaptado.

—Me parece que fuiste caprichoso.

—No lo niego, es un rasgo familiar —admitió el caballero.

—William, creo que es hora de que me lleves. No quiero tener que involucrar demasiado a la pobre Grace, así que debo aparecer con tiempo en casa.

—Está bien. Prepara tus cosas y luego partimos.

—Entonces, ¿qué te parece si nos corremos una carrera hasta la casa?

—Estoy cansado —se excusó él.

—¿Cansado de ser un aristócrata sin ninguna actividad en el mundo más que estar aburrido? ¡Vamos! —lo instó al tomarlo de las manos.

—¡Ay, Caroline! ¿Qué voy a hacer contigo? Eres insufrible…

—Quizá necesites encerrarme en algún lugar. Me estoy volviendo loca por jugar unas carreras antes de retornar al aburrido Londres —insistió con un mohín dulce.

—Está bien, pero me vas a ganar porque no tengo ganas.

—Eso es solo una manera de decir que eres bastante inútil para montar —afirmó para provocarlo.

—¿Inútil? Cuidado con tus palabras, milady. —Aceptó el reto antes de darle un pequeño beso en los labios—. Vamos, juguemos.

Subieron al caballo y partieron como rayos que dejan estelas de polvo por todo el camino. William se declaró ganador.

—Has despertado al competidor dormido en mí.

—Ya lo veo. Es una suerte que no haya apostado nada.

—¡Maldición! Lo hubiéramos hecho, así no escaparías de mi tan fácil —se lamentó él.

Después de una hora, ya estaban camino a Londres mientras se miraban con fijeza dentro del carruaje hasta que William rompió el silencio.

—¿Te veré esta noche?

—¿Esta noche? Quizá. Dependo de Nicholas. Si Henrietta va a ir a alguna fiesta, de seguro ahí estará el —respondió sonriente.

—¿De verdad piensa casarse? No lo puedo creer, cómo caen los grandes.

—Qué tú no quieras sentar cabeza nunca no significa que los demás piensen del mismo modo —reclamó enojada.

—Estaba bromeando, Caroline —aclaró.

—¿Ah, sí? Yo también bromearé contigo. Espero que no te me acerques durante la velada, quizás esté ocupada con Robert.

—Eso que haces se llama jugar sucio.

—Sí, pero no quiero que sospechen de nosotros. Estaré hundida si mi nombre llega a relacionarse con el tuyo —temió.

—Está bien, veremos cómo avanzamos.

Después de otra hora, llegaron al centro de Londres. Caroline bajó unas cuadradas antes para que no la vieran descender de aquel carruaje. Tocó la puerta de la casa de Grace. Su amiga abrió.

—¿Caroline? ¿Qué haces aquí?

—Esperaba un mejor recibimiento, como un "¡Caroline, estoy contenta de verte!".

—Bueno, es que… Pasa, rápido. —La tomó de la mano para meterla dentro de la casa.

—¿Qué sucede?

—El mayordomo nos ha dejado, y ahora yo me encargo de todo. ¡Necesito un esposo con suma urgencia!

—¡Oh, Dios mío! Bien, hagamos algo: tú me ayudas y yo te ayudo —propuso Caroline.

—Dime, ¿a quién tengo que matar?

—A nadie. Solo debes mentir.

—Soy una experta, no por nada me dicen Engaño, recuerda.

—Es cierto, una excelente virtud —reconoció Locura.

—¿A quién debo mentirle?

—A mi niñera, a mi padre, a Nicholas…

—¿Qué hiciste, Caroline? —preguntó Grace con ojos acusatorios.

—Algo muy malo.

—¡Oh, por Dios! ¿Y qué es eso tan malo?

—Acepté ser la amante del vizconde de Hereford.

—¡Madre mía! Y dime, ¿ya han… digo… consumado el… trato? —curioseó.

—Si te refieres a eso que ya sabes, sí, lo hemos hecho.

—¡Oh, por favor cuéntame cómo se siente!

—Es delicioso. Lo hicimos varias veces —reveló Caroline.

—¡Podrás enseñarnos a todas! Tienes que ayudarnos.

—No podemos comentarlo con Prudence, la pobre moriría escandalizada.

—Es cierto. Pero, ahora —pensó Grace—, ¿cómo harás para casarte con alguien si ya no eres virgen?

—No lo sé. Sabía que me iba a arrepentir después, sobre todo porque ya no tengo posibilidades de casarme con un buen candidato.

—Encontraremos una manera. ¿Durante cuánto tiempo serán amantes?

—Eso es lo peor: no hay un tiempo definido. Será hasta que él se canse de mí.

—Sabes que él no repite muchas amantes, ¿no es así? —le refirió su amiga.

—Lo sé, y eso me asusta.

CAPÍTULO 21

—Te atemoriza que ese mujeriego te deje? —se indignó Grace.

—No es eso. Tú sabes que deseo casarme, pero él no quiere hacerlo ni conmigo ni con nadie. Tengo miedo de entregarle mi corazón a alguien que lo va a arrojar a la basura.

—Eso es justo lo que estás haciendo al aceptar ser su amante. Cuanto más tiempo pase, más te encariñarás con él, y después te abandonará.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Ya me estoy arrepintiendo de haberlo hecho.

—¿Qué tal si le tendemos una trampa para que se case contigo? —propuso Engaño.

—¡No! Ni se te ocurra. Me culpará y odiará por siempre. No vuelvas ni siquiera a decirlo de broma.

—Y yo que ya tenía un plan perfecto… —dijo con un mohín.

—Podríamos probar tu plan con Bella, ¿qué dices?

—Si sale de su encierro, lo haremos.

—Acompáñame a casa y te diré cómo voy a ayudarte a que por lo menos no la pases tan mal, querida —ofreció Caroline.

—Muchas gracias, amiga. Esta situación se está tornando fea. Tengo miedo de que pronto mi hermano termine apostándome y perdiéndome.

—¡Oh, por Dios! ¡No sería capaz! —negó Caroline. Luego miró a Grace.

—¡No! —exclamaron ambas al unísono. Estaban seguras de que él jamás podría hacer algo tan horrible.

Caminaron por las calles agarradas del brazo mientras compartían chistes y sonrisas hasta llegar a la puerta de la residencia de Caroline.

—¿Dónde estabas, niña? —gritó la niñera.

—Nana, te dejé una nota. Estaba con Grace.

—Es cierto, estuvimos todo el tiempo juntas. Yo la necesitaba tanto que me la llevé temprano. Debía ayudarme con mi vestido, tuve un problema terrible y, como nuestra ama de llaves renunció, no tenía a nadie que me diera una mano, por eso se lo pedí a Caroline.

—Lady Grace, no quiero que vuelva a llevársela de ese modo. Ustedes dos, jovencitas, no deben andar solas por ahí. Y otra cosa: tráigame sus vestidos, que yo la ayudaré; milady —se dirigió a su empleadora—, usted no está para esas cosas.

—Sí, señora —contestó Grace. Ya había cumplido con la tarea de salvar a su amiga de un castigo seguro.

—Bien, déjame despedirme de Grace, ya voy —pidió Caroline.

—¿Acaso no tuvieron todo el día para conversar? ¿Deben hacerlo de nuevo en la puerta? —se quejó la empleada mientras iba hacia dentro de la casa sin dejar de soltar reclamos.

—Gracias, Grace, me salvaste, ¡Nana se lo creyó! Ahora espérame aquí.

—No es nada. Te espero.

La joven subió las escaleras a las corridas, entró a la habitación y buscó una bolsita con dinero. Eran los módicos ahorros que tenía. Luego retornó junto a Grace y le entregó el botín.

—Toma, es un poco de dinero.

—Pero… no puedo aceptarlo

—A mí me sobra y a ti te hace mucha falta. Debes mantener cierto nivel para poder cazar a un buen esposo.

—No sabría cómo pagarte.

—Ya lo hiciste, ¡me has salvado!

Grace sonrió y aceptó lo que su amiga le ofrecía. Se despidieron en un cálido abrazo: Luego, la dueña de casa entró resuelta al hogar.

—¿Irás conmigo esta noche, Caroline? —preguntó Nicholas, y esa voz la sobresaltó.

—¡Claro!

—Perfecto. Pensé que estarías cansada tras haber estado todo el día ayudando a tu amiga.

—Fue muy agotador, me pinché bastante con la aguja —contó sonriente pero nerviosa.

* * *

William llegó a su mansión londinense. Estaba feliz, había conseguido a Caroline solo para él durante el tiempo que quisiera. Ella era justo como había imaginado: perfecta, ardiente, aventurera, bella y apasionada. ¿Qué más podía desear en una mujer?

—Milord —lo interrumpió el mayordomo.

—Dime.

—Esta mañana vino a buscarlo el conde de Devon.

—¿No te dijo qué quería?

—Creo que solo vino de visita.

—Iré a su residencia dentro de un rato. ¿Alguna otra novedad?

—Sí, milord, una pequeña esquela —respondió el empleado, y le entregó la nota.

—Gracias, puedes retirarte.

William abrió la misiva.

Querido:
Me has tenido tan abandonada, ¿cuándo pasarás a verme?
E.

El caballero arrugó el papel y lo tiró al basurero.

—Nunca, Eloise, después de la golpiza que recibí de parte de tu esposo —recordó en voz alta.

Esa mujer le enviaba cartas, tarjetas y todo lo que podía ocurrírsele, pero él no regresaría. Ya no tenía por qué consolar a ninguna mujer casada; tenía a Caroline solo para él, o al menos pensaba asegurarse de que fuera solo suya.

Se levantó del escritorio y se dirigió hacia la caja fuerte para buscar algo de dinero antes de ir a la casa de Clay. Al revolver el contenido de lo que allí había, encontró unos papeles viejos de su padre. Nunca había sentido interés por ellos, pero ese día estaba desocupado y de buen humor, así que los tomó y comenzó a leer.

Esos documentos solo le demostraban que sus padres habían hecho todo lo posible para hundirlo. Se trataba de un compromiso arreglado con una mujer a la que no conocía. Era ridículo, y no pensaba permitir que aquello saliera jamás de ese escondite.

Arrugó los escritos y los devolvió a la caja fuerte. Su prometida lo esperaría vestida y alborotada.

—Buenas, ¿está mi querido conde? —preguntó William al llegar a la residencia de Clay.

—Está tomando un baño, milord.

—Bien, lo esperaré en su despacho.

—Pero…

William no le hizo caso al mayordomo y pasó a sentarse en el sillón de su amigo para aguardar mientras se entretenía en observar todo a su alrededor. Mientras tanto, el empleado de la residencia corría a entrometerse en el baño y avisar de la llegada de una temprana visita.

—Milord, su amigo el vizconde está esperándolo en su despacho —anunció el empleado al dueño de la casa.

—Gracias, Ted.

Clay fue hacia aquel cuarto, abrió la puerta y se encontró con William que tenía los pies cruzados sobre el escritorio mientras se bebía brandy con comodidad.

—Baja tus sucias patas de mi escritorio —gruñó, y las empujó.

—¿Por qué eres tan serio? ¿No puedes tomarte algo en broma de vez en cuando?

—Estás ensuciando mi lugar de trabajo, ¡quítate!

—¡Qué mal genio! ¿Qué te tiene tan cascarrabias hoy?

—Nada, problemas con Margot.

—Dile adiós.

—Sabes que no es tan fácil después de tanto tiempo —se quejó Clay.

—Para mí todo es más fácil porque no me involucro y no prometo nada. A mi nueva amante también la voy a tratar así.

—¿Y se puede saber quién es la nueva amante del libertino más célebre de todos los tiempos? —inquirió burlón.

—¿Con quién te imaginas que pasé la madrugada y parte del día? La prima de Nicholas —contó sonriente.

—¿Cómo has podido hacerle eso a Nicholas? —reclamó Clay al tiempo que se agarraba el cabello.

—No se va a enterar nunca. No sé cuánto durará, pero espero que sea mucho, ya que ella es todo lo que deseo. Además seré monógamo, ¿puedes creerlo?

Clay estaba a punto de ahorcar a su mejor amigo. Se lo merecía, había destruido la vida de una jovencita en su segunda temporada.

—¿Por qué no hablas? Quita esa cara.

—Sabes que te matará si se entera, ¿verdad? —avisó el dueño de casa.

—Pues sí, pero no seas pesimista: jamás lo sabrá.

—Imagino que tomaste tus dichosas precauciones de siempre —replicó serio—. Porque, si llega a embarazarse, yo mismo te obligaré a cumplir tus obligaciones.

William lo pensó y no recordó haberse cuidado con ella. ¡Maldición! Pero no se alteraría, habría alguna manera para evitar ese problema. Además, no quedaría embarazada en su primera relación, estaba seguro.

—Claro —respondió con simpleza.

—Ahora debemos buscar un candidato para ella, no podemos dejarla así.

—Espera, espera. Es mía, ¿qué sucede contigo? No quiero que se comprometa con nadie. Le buscaremos un esposo cuando la deje, no antes.

—¡Por Dios, William, no puedes ser de este modo!

—Ya déjate de sermones —se exasperó el vizconde.

—No tienes remedio. Te sacamos de las garras de la muerte para que ahora te metas directo en su boca. Cuando Ernest y Anthony lo escuchen, morirán de la ira.

—Si tú no has fallecido, menos lo harán ellos. No sucederá nada, tranquilo.

—No estoy tan seguro.

—Basta de malos augurios —pidió William—, me estás echando a perder este momento de éxtasis por tener una mujer que me pertenece solo a mí, a quien no debo compartir con nadie.

—Si no quieres compartirla con nadie, ¡cásate! —le gritó enfadado Clay.

—¡Matrimonio, puaj! Es el infierno en la tierra. No sé cómo estás pensando en eso para ti.

—Porque ya es momento de que lo haga.

—¿Por qué no lo haces con Margot?

—Porque no quiero, quiero a otra —respondió al pensar en la pequeña y tímida dama a la que había besado hacía tiempo.

—Todas son iguales.

—Si todas son endemoniadamente iguales, ¿por qué te metiste con una que está prohibida? La prima de tu amigo, con un padre moribundo… ¿Qué te sucede?

—No me harás sentir culpable por tener a quien quiero donde y cuando lo deseo. Pensé que ibas a felicitarme porque ya no andaría desnudo por Londres, pero veo que no es así.

—En verdad me tienes cansado, William, me preocupa pensar que te matarán —reveló Clay.

—No sigas comparándome con el que te hizo conde. Yo no me enfrentaré a nadie.

—No peleare más contigo. Tan solo quería saber qué haremos esta noche.

—¡Pues ir a una fiesta! —contestó William con resolución.

Clay resopló.

—No estoy de humor.

—Tú nunca estas de humor. Vamos, acompáñame, ¿qué te cuesta? Vamos a mi casa y de ahí a la fiesta, ya estás listo.

—No lo sé. Creo que será mejor que me quede aquí, no quiero meterme en problemas.

CAPÍTULO 22

—No puedo creer que me dejé convencer por ti. Ya sé por qué las mujeres caen rendidas a tus pies: tienes talento —dijo Clay en la fiesta a la que no había querido ir en un principio.

—De cualquier modo los problemas te seguirán ya sea aquí o en tu casa. ¿Ves?: allá viene Margot.

—¡Ya me cansé! Voy a despacharla —masculló Clay, que se apuró a tomar a la mujer del brazo para llevarla lejos con discreción.

William no dejaba de observar a su alrededor para ver si ya había llegado Caroline, pero aún no estaba allí. Debía aguardar por ella. No había pasado un día desde que habían estado juntos: sin embargo, él ya quería tenerla otra vez solo para él. Aquella mujer despertaba en él unos deseos incontrolables.

Caroline llegó a la fiesta del brazo de su primo, pero en la entrada estaba Abermale, que la esperaba con una sonrisa.

—Robert —saludó, feliz de verlo.

—¿Cómo está, Caroline? ¿Me permite? —preguntó sonriente al tiempo que le ofrecía el brazo para que lo tomara.

Él estaba pensando la manera de quedarse con lady Caroline y no dejarla para William. Aunque eso lo llevara a traicionar a Viktor, esa mujer era demasiado valiosa para que otro se la llevara.

Ella aceptó el gesto y entraron juntos al salón.

Todas las miradas se dirigían a ellos, incluso la de un disgustado William, pero no le quedaba más opción que morderse la lengua ya que el conde sería útil una vez que todo acabara.

—Tengo algo para ti —anunció Robert, y le colocó un capullo de rosa roja en la palma de la mano.

—¡Oh, Robert! Es tan hermoso —expresó sonrojada.

—Me recuerda a sus labios, mi bella Caroline.

William los observaba con detenimiento. ¿Qué le sucedía a Robert? ¿Quería en verdad a Caroline? Debía frenar eso si planeaba que ella fuera suya durante el tiempo que él dictara. ¿Qué sucedería si Robert le proponía matrimonio a Caroline? Ella aceptaría y rompería el acuerdo de amantes, le parecía evidente. Él no tenía nada que ofrecerle a esa dama más que su pasión y deseo hacía ella, sopesó con los puños apretados.

—Te dará una úlcera —escuchó una sarcástica voz desde atrás.

—Ernest, ¿puedes dejar de meterte en mi vida durante tan solo un minuto?

—¿Yo, Willy? Es aquel conde quien se va a meter entre las faldas de tu mujer —lo provocó el otro.

William iba a explotar de rabia contra su amigo, que nunca parecía capaz de controlar esa maldita y sincera lengua filosa.

Una risa cantarina le llamó la atención entonces. Caroline pasaba por al lado de ellos del brazo del conde, sin saludar a William. ¿Se estaba tomando tan en serio el hecho de que no debían asociarlos?

—Se fue —comentó Ernest con una sonrisa.

—Mi puño estará en tu cara dentro de menos de un minuto. ¡Vete ya!, necesito pensar.

El marqués había cumplido con la misión de provocarlo para que él tomara la decisión de jugarse por esa mujer.

Caroline había tenido que hacer de tripas corazón al pasar sin saludar a William, cuyo rostro era pura sorpresa. Debía darse cuenta de que ella no dependía de él, aunque su molesto corazón le estaba dictando otra cosa. Accedió a estar con Robert a solas para dialogar porque él era atento, atractivo y hasta le había regalado un gato. Era perfecto, solo que no era su vizconde.

—Caroline…

—Dime, Robert.

—Estuve pensando en nosotros y…

* * *

—Él va a traicionar nuestros planes —explicó Viktor.

—¿De verdad? —preguntó Anthony.

—Sí, debes evitarlo. Le dije que no cayera ante el encanto de la dama, pero sucedió —dijo como un lamento.

—¿Por qué Willy no reacciona?

—Ya se ha enamorado, pero tardará en darse cuenta. Evita que Robert le proponga matrimonio a lady Caroline, necesitamos tiempo.

—Eso haré.

En medio de la fiesta, Anthony recordaba el último encuentro que había tenido con Viktor. Debía evitar que Abermale se le declarara a Caroline.

* * *

—¡Mi querido conde de Abermale! —saludó Anthony al interrumpir el encuentro de aquel caballero con Caroline.

—Anthony de York, ¿cómo has estado? —preguntó feliz.

—Muy bien. Necesito hablar un rato contigo, si a la dama no le molesta, por supuesto.

—No, por favor, excelencia, yo regresaré adentro —condescendió Caroline con una reverencia, aunque había quedado inquieta por lo que Robert iba a decirle antes de que el duque los interrumpiera.

No había llegado al salón cuando William la interceptó y la llevó hacia un rincón remoto.

—Buenas noches, querida Caroline —atacó antes de darle un beso.

—¡William! —expresó sorprendida.

—¿"William"? ¿Es todo lo que vas a decir? Cariño, y yo que te estaba extrañando tanto —se burló él con un mohín.

—No pueden vernos así.

—¿Pero sí pueden verte con Robert? ¿Qué pensabas que hacías a solas con él aquí? ¿Cuándo piensas despacharlo? —le reclamó muy serio y un poco enojado.

—¿Por qué habría de hacerlo? No tenemos ningún compromiso.

—¿Te suena la monogamia, querida? —increpó él.

—¡Pero si solo estábamos hablando!

—No me parece que debas alimentar esa amistad —expuso, y la besó con pasión—. Tenemos un trato, Caroline, no puedes estar con otro, ¿comprendes?

Ella no podía resistirse al ardor que mostraba él por hacerla suya, así que se dejó hacer. Lo quería, no podía negar que ella también lo deseaba, quería sentir que él era suyo.

No podía creer que estaba haciendo esas cosas en un baile formal. Todas las enseñanzas de su niñera no habían servido ni para limpiar una caballeriza.

Él se deleitaba en el placer que ella sentía. Era suya, su mujer, y Robert no se la quedaría al menos por el momento.

Luego del éxtasis del momento, volvieron a acomodarse la ropa y continuaron con la discusión.

—Si no quieres romper tu "amistad" con él —indicó—, entonces huye, escóndete.

—¿Cómo es eso de mi "amistad"? —cuestionó Caroline—. ¿Qué tratas de insinuar?

—Bien, ¿cómo lo haré sin que te enojes?

—¡Demasiado tarde! —dijo entre dientes.

—Ahora que ya no eres tan… pura, puedes entregarte a cualquiera si así lo quieres. Es evidente que yo deseo tu preferencia o, mejor dicho, la exijo.

—¡No soy ninguna mujerzuela! ¡Mejor me voy antes de que termine enojándome!

—¡Lo sabía! Sabía que ibas a tomarlo mal —exclamó mientras caminaba con rapidez tras ella.

—¿Cómo quiere que lo tome, milord? ¿Seguirá insinuándome esto con frecuencia?

—No me des motivos para decírtelo —sentenció descarado.

Ella no creía lo que escuchaba. Había pasado menos de un día desde que le había entregado todo a ese hombre, y él estaba sugiriendo que ella ya pensaba en acostarse con otros. Ya idearía un castigo para él.

—William… —lo llamó con fingida calma—, no quiero pelear, querido. Nos veremos después.

Él quedó extrañado por ese cambio de humor tan repentino. Algo se traía entre manos esa muchacha.

El vizconde era un prostituto, ¿con qué derecho la acusaba de mujer fácil? Robert sería el instrumento perfecto para romper la cordura de William. Lo mataría de nervios.

* * *

Anthony y Robert se miraron con sospecha.

—¿En qué puedo ayudarte, querido amigo? ¿Por qué razón me interrumpiste?

—Te interrumpí para que no cometieras una estupidez. ¿Piensas traicionar a Viktor? Ella es para William, no puedes entrometerte.

—Eso lo veremos. No quería que me sucediera, pero me agrada mucho Caroline, y ya sabes lo que William hará con ella: la usará y la desechara, no tendrá oportunidad.

—No lo hará. Estamos seguros de que él reaccionará a tiempo —aseveró el duque.

—Yo no estoy tan confiado como ustedes.

—Eso no importa. Lo único que te pedimos es que no te metas con ella. Tienes una sola función: darle celos a William, ¿entendido?

Robert hizo un gesto de asentimiento y se retiró. ¿Cómo podía ser posible que esas personas pautaran como titiriteros la vida de los demás? Era tan deprimente. No les dejaban elegir, los estaban cercando para que no escaparan de un destino que ellos mismos habían armado y del cual él ya no quería ser parte.

* * *

Una semana había pasado del último encuentro con Caroline. William estaba ansioso por tenerla. Estaba seguro de que ella continuaba enojada por lo que le había dicho.

—¡Paul!

—Dígame, milord.

—Prepara el carruaje, vamos a salir.

—Enseguida. ¿A dónde iremos?

—Iremos a la casa de mi dama favorita, Caroline —anunció con una sonrisa el vizconde.

—Son las once de la noche, milord.

—Pensé que me conocías mejor, Paul.

—Pero el primo de milady… —comenzó a objetar el mayordomo.

—No me atrapará, lo juro, seré muy sigiloso.

Él estaba decidido a compartir esa noche con ella. La necesitaba. Cuando pensaba en Caroline, no se sentía solo. Nunca cantes le había sucedido que alguien estuviera tan presente en sus pensamientos ni nada parecido.

Al llegar a la residencia Berkeley, William miró la muralla, la saltó y se dirigió a la ventana. Con sus mejores dotes de primate, intentó abrirla, pero estaba trabada. ¿Por qué la había cerrado?

Golpeó despacio el vidrio para despertar a la joven; sin embargo, ella estaba más tiesa que un cadáver.

Adentro, la muchacha estaba sumida en un profundo sueño hasta que escuchó un ruido mucho más fuerte que provenía de la ventana.

—Mmm… —murmuraba mientras daba vueltas en la cama.

—¡Despierta! ¡Despierta! ¡Mira la ventana! —pidió William al tiempo que golpeaba el cristal con la uña.

Ella abrió los ojos, miró la sombra en el ventanal y se asustó. Entonces enfocó la vista.

—¡William! —pronunció antes de correr a abrirle.

Capítulo 23

Abrió la ventana con tal brusquedad que empujó a William con un golpe que hizo que perdiera el equilibrio y cayera como un costal desde la altura.

—¡Milord! —se asustó Paul al verlo desplomarse.

—¡William! —llamó en voz baja Caroline.

Apenas se movía en el suelo.

—¡Condenada mujer del demonio! —gruñó en voz alta—. ¿Por qué tardaste tanto?

—No fue mi intención. Sube rápido o despertarás a Nicholas —murmuró.

Se incorporó dolorido por la caída y trepó de vuelta hasta entrar en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el corazón acelerado en tanto lo observaba con fijeza. No esperaba esa visita.

—Deseaba verte —justificó, y la abrazó—. Quería sentirte —reveló mientras le alzaba el camisón para quitárselo por la cabeza.

—William… —susurró ella, perdida en la antelación de pensar en lo que él le haría. Estaba ansiosa. Aquella semana sin él se había vuelto difícil. Durante un momento había llegado a pensar que todo había terminado, pero ahí estaba él para demostrarle que no se había olvidado se ella.

—Te he estado deseando con demencia, Locura. Me has hechizado, eres una bruja.

—¿Me acusa de hereje, milord? —Sonrió juguetona.

—Te acuso de robarte mis pensamientos… —respondió, perdido en el aliento y la piel de la dama. Ella era todo lo que deseaba por siempre. Esa noche terminaría saciado de ella y feliz por fin, después de tanto.

Él se quitó toda la ropa y se acostó junto a ella mientras la acariciaba desde la clavícula al vientre una y otra vez.

—Eres tan seductora, Caroline. Quisiera hacerte mía todos los días.

Eso sonaba a compromiso… ¿Sería que él estaba pensando en matrimonio?, se preguntó Caroline.

—¿Por qué no? ¿Por qué no hacerlo siempre? —inquirió ilusionada.

—No pienses que deseo casarme, querida. No quiero esposa, y mucho menos hijos, sería un infierno.

La respuesta la entristeció, aunque él no había dicho nada que ella no supiera ya, así que lo besó para olvidar esas palabras. Serían solo amantes el tiempo que durara la relación.

Ambos lograron la mutua saciedad y luego se quedaron dormidos. El pobre Paul se había quedado en el carruaje frente a la casa de lady Caroline para hacer vigilancia.

Ya casi iba a amanecer cuando la joven se despertó en brazos del hombre más hermoso, aquel que en realidad nunca la amaría. Estaba cometiendo el mayor error de su vida.

—William…, despierta…

—No… —habló con voz ronca y pastosa.

—Sé que te encanta estar en casa, pero Nicholas puede venir y encontrarte aquí; o peor, mi padre.

—¿Me estás echando?

—Sí. El pobre de Paul debe de estar aburrido abajo.

—¡Paul! ¡Lo olvidé en el carruaje! —recordó, y se levantó a toda prisa para recoger sus cosas.

—Se te ve tan gracioso al salir con tan poca ropa por mi ventana, no lo imaginaba —se burló emocionada.

—Lo importante es que al menos tengo puestos los calzones —expresó antes de darle un beso y salir como todo un profesional escapista.

William arrojó sus ropas tras la muralla, luego él la saltó y corrió hasta el carruaje.

—¡Paul!

—Milord, usted nunca duerme con sus amantes

—No sé por qué me he quedado tanto, solo sé que en la vida he dormido tan bien como esta noche. Esa mujer es magia pura. Andando —gritó al tiempo que daba un golpe en el techo del carro para que el cochero se moviera.

* * *

Durante la semana siguiente, los amantes se encontraron otras dos veces, en las que él siempre trepaba hasta llegar a la ventana de Caroline, que se encontraba abierta casi de par en par.

William estaba feliz. Era la mejor amante que podía tener, y ni siquiera pensaba en dejarla, sino en proponerle al día siguiente, en el baile de máscaras, que mintiera otra vez para que pudieran ir a donde había comenzado su vínculo. Estaba seguro de que ella aceptaría, pues se sentía muy contenta a su lado –siempre sonriente– y tenían bastantes temas de conversación. La veía tan inteligente y estudiosa, se había comido todos los libros de su casa y quería leer los de la de él. Era la amante perfecta.

Sin embargo, Caroline estaba sintiéndose cada vez más triste, perdidamente enamorada de William y se hundía cada día más en la necesidad que él le provocaba. Sabía que estaba destinada a ser la eterna sombra del vizconde y por eso no sería una esposa decente –menos una buena madre– en el futuro si alguna vez llegaba a casarse.

Iba perdida en sus pensamientos cuando entró al despacho de su padre para ver si encontraba algún libro que no hubiera leído ya.

Se fijó en uno que no pertenecía al vizconde y barón de Berkeley. Era probable que fuera de Nicholas. Se veía interesante, parecía un escrito filosófico.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo al abrir el tomo, pero al hacerlo algo cayó de él. Era una carta con una letra que reconoció como la paterna. La leyó y se puso a llorar. Su padre iba a morir y no le habían dicho nada. El corazón de la dama estaba ya afligido por sus propias cargas con respecto a William que esa misiva hizo que la carga en sus hombros se volviera demasiado pesada.

Nicholas entró entonces al despacho y vio el papel que Caroline tenía en sus manos.

—Él no quería que tú lo supieras.

—¿No pudiste habérmelo dicho? —cuestionó muy afectada.

—Quería que siempre lo recuerdes de esta manera.

—Ahora entiendo… —explicó mientras abría los ojos de manera desmesurada y se paseaba por el cuarto—. Ahora entiendo por qué quería casarme esta temporada. Y yo estoy echando a perder el único anhelo que tiene, que es verme casada antes de morir.

—Ya verás que conseguiremos algo. Hay grandes chances de que Robert te proponga matrimonio.

—No lo sé, ¡por Dios, se me acaba el tiempo! —lamentó desesperada mientras dejaba el libro y la carta sobre el escritorio.

Corrió rumbo a la habitación, donde encontró a Abermale sobre la cama. El gato la miró y, al notar que lloraba, se acercó para consolarla.

—Abermale, ¿qué he hecho? Mi padre va a morir, y no sé qué debo hacer —sollozó mientras lo abrazaba.

El minino maulló y luego ronroneó.

—He enloquecido, estoy hablando con un gato —protestó sin consuelo.

Enseguida resolvió lo que tenía que hacer: daría fin a la relación con William y se abocaría por completo a la búsqueda de un esposo.

* * *

Ya era de noche, momento en que cuatro damas muy especiales se reunían en una posada.

—¡Queridas! —saludó Bella con una sonrisa—. ¿Cómo han estado? Mañana por fin me uniré a ustedes.

—Ya era hora —reclamó Grace.

—Es un baile de máscaras, por eso iré.

—Si es tu gusto aparecer solo en los bailes de máscaras, está bien, Bella —opinó Caroline distraída.

—¿Qué te sucede, Locura? —preguntó Bella extrañada.

—Les he ocultado un secreto a ustedes dos, solo Grace lo sabe —confesó con la cabeza gacha.

—¿Y se puede saber qué nos ocultas? —inquirió Prudence con tranquilidad.

—No quiero que se avergüencen de mi —lagrimeó—. Soy la amante de un libertino desde hace más de dos semanas.

Aquella confesión le costó bastante, hasta el punto que creyó que no podría terminar ya que se ahogaría con sus propias lágrimas.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo pudiste? —se escandalizó Prudence—. Pensé que todas buscábamos un esposo. ¡No un amante! Has tirado todo por la borda.

—Aún no he terminado.

—¿Hay más? —preguntó Bella.

—Ese libertino es el vizconde de Hereford.

—¡No! —exclamó Prudence—. Pensé que solo te agradaba.

—¡Ay! —reclamó Grace—, déjala, es feliz así.

—¡No soy feliz! —masculló entre el llanto—. Amar a alguien que solo desea mi cuerpo y nada más… ¡Me siento vacía!

—Cálmate, Caroline, debe de haber algo que podamos hacer —intentaba consolarla Bella.

—Lo único que puedo y debo hacer es terminar con esto. Mi padre va a morir, y yo… —Se detuvo—. Yo le estoy entregando todo lo que mi padre me dio a alguien que jamás me amará, que no tardará en desecharme como si fuera una basura. Debo encontrar un esposo pronto.

Bella estaba preocupada por el estado de su amiga. Los planes de Anthony se les habían ido de las manos, todo se estaba saliendo de control.

—He decidido que lo dejaré mañana mismo.

—Haces bien, no debes dejarte usar de ese modo —la apoyó Grace.

—Pero el daño ya está hecho. ¿Qué harás con tu virginidad perdida? —se preocupó Prudence, llorosa, por la suerte se su amiga.

—No sé qué sucederá, pero, si no me caso antes de que mi padre muera, lo decepcionaré, y no puedo permitírmelo. Se ha esforzado mucho por hacer que su única hija tuviera principios, y yo los he ignorado por completo. ¿Qué clase de hija malagradecida soy? Y mi pobre primo… Si se entera que estoy manchada, no sé qué hará conmigo. Ayúdenme por favor —pidió sin dejar de llorar a cántaros.

Las tres jóvenes la abrazaron para darle valor. No era fácil lo que tenía que afrontar la noche siguiente: debía tragarse ese amor por el vizconde para siempre y cumplir con la que era en realidad su obligación y para lo que había sido criada.

Caroline salió más tranquila de la posada. Tenía el apoyo de sus amigas, y eso le daba valor para poder enfrentar el rompimiento con su amado William. No podía olvidar lo tierno que era con ella cuando estaban juntos. La llenaba en todos los aspectos, pero ya había llegado el tiempo de cortar todo de raíz.

Capítulo 24

Caroline se pasó la noche dándole vueltas en la cabe-za a cómo haría para dejar de amar al vizconde. Lo único que esperaba era que él no intentara entrar esa noche por su ventana, porque entonces no sabía si sería capaz de decirle que todo debía acabar, algo que a él no le agradaría, estaba segura. Se pondría furioso, pero él le había dado esa opción al ganarle en el desafío de tiro al blanco y no creía que fuera tan sinvergüenza como para no concederle lo que ella había conseguido de manera limpia.

Para su mala fortuna, William estaba afuera, ansioso por verla.

Ella no sabía por qué había dejado la ventana abierta. Si no deseaba volver a caer, ¿por qué lo había hecho?

—Caroline… —la llamó entre susurros.

—William —respondió mientras se sorbía la nariz.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Te has resfriado?

—Quizás es por dejar la ventana abierta. —Sonrió con tristeza.

—Es una pena que estés indispuesta —dijo al tiempo que se acostaba a su lado—, no podremos hacer nada.

—Entonces tu visita no ha valido la pena.

—No todo está perdido. Me quedaré a dormir contigo. —La abrazó.

¿Por qué lo hacía todo tan difícil? ¿Cómo le diría la noche siguiente que debía olvidarse de volver a verla? Pero ¿qué le importaba? Si para él solo era una simple amante de turno. No debería estar preocupándose por los sentimientos de un libertino, él ni siquiera los tenía.

Por más que se sentía tan feliz cuando se encontraban que le dolía el alma cuando se separaban, lo importante era cumplir con la última voluntad de su padre.

—Está bien, quédate. —Correspondió a su abrazo.

—Dime, ¿por qué has salido sola?

—¿De nuevo me seguiste? No debes hacerlo.

—No quiero que te suceda nada, Caroline, la calle es peligrosa.

—De eso sabes mucho, ¿no? Te dieron una golpiza.

—Sería mejor que olvidáramos eso, quedó en el pasado. Fue solo la obra de un hombre resentido —aclaró William.

—Un marido resentido, dirás.

—Sí, aunque ya no tengo contacto con la mujer en cuestión desde esa vez. Creo haber aprendido la lección. —Sonrió.

—Me alegro por ti —declaró mientras cerraba los ojos, a punto de dormirse.

—Duerme, mi dulce Caroline —musitó William, y la besó.

Ella quedó profundamente dormida mientras él la contemplaba. ¿Qué le hacía esa mujer? Sentía cosas confusas al tenerla cerca y, cuando estaba lejos, extrañaba su voz y su sentido del humor, sus locuras, sus ideas. ¿Qué le estaba sucediendo? Nunca le había ocurrido con otras mujeres. Si seguía así, quizás decidiera conservarla durante muchos años.

Ella le había solucionado el problema de la soledad, de la falta de sueño y también, quizás, le salvaría la vida al evitar que estuviera con otras mujeres. Meditaba de manera constante sobre Caroline. Había hecho milagros con él, no cabía duda de que era una mujer de gran valía.

Al día siguiente, William ya se había ido, y el vacío retornó con más fuerza que nunca. Ya no lo esperaría por las noches, debía aprender a vivir sin él.

—Caroline, necesito hablar contigo —pidió Nicholas al verla tan triste.

—Dime, ¿de qué quieres hablar?

—De la carta. Por favor, mantén en secreto lo que leíste.

—No te preocupes, no continuaré yendo en contra de los planes de mi moribundo padre, y no sabrá tampoco que me enteré de todo. Lo trataré como siempre.

—Gracias, prima, sabía que podía contar contigo.

—Por supuesto. ¿Para qué hora debemos estar listos?

—Para las ocho. Pasaremos por Henrietta y su hermana Prudence.

—Perfecto —concluyó con una sonrisa. Prudence le daría ánimos para enfrentarse a todo.

* * *

Caroline se había arreglado con esmero para ir a esa fiesta. La modista tenía razón: ese vestido le quedaba hermoso.

—Mi niña —se enterneció su niñera—, te ves tan bella.

—Gracias, me favorece bastante este vestido.

—Sí, puedo notarlo. ¿Qué te sucede?

—Nada, ¿qué podría sucederme?

—Estás triste, no estás jovial como siempre, ni pareces ya querer nadar contra la corriente —explicó la empleada.

—Seguro son los nervios, Nany, no te preocupes.

—¡Nany! Hace tanto que no me llamas así; desde que tenías doce años.

—No te pongas sentimental o me harás llorar y perderé toda la belleza.

* * *

El vizconde, con sus tres amigos, esperaba con ansias la llegada de Caroline. Estaba seguro de que la reconocería aunque se tratara de un baile de máscaras.

—Ya vendrá, no te impacientes —lo incordió Ernest, lo que lo hizo sentir más nervioso.

—No espero a nadie.

—Estás esperando a la prima de Nicholas.

—Hoy viniste ponzoñoso, ¿no es así?

—No recuerdo un día en el que no haya lanzado su veneno —concedió Anthony.

—Yo creo que siempre es demasiado sincero —opinó Clay sonriente.

—Solo disfruto tus últimos días, William. Lo que Clay te enseñó con el arma no será suficiente para salvarte de morir en un duelo.

—No me agrada tu punto de vista, así que me voy —se excusó antes de perderse en el salón.

Robert observaba cómo William no dejaba de mirar hacia la entrada. Se trataba de él, le parecía evidente, porque estaba con Anthony, quien se destacaba por ser muy pelirrojo y demasiado alto. Los otros dos eran el conde y el marqués.

—¿Aún sigues pensando en traicionarme? —lo cuestionó Viktor con su tranquila voz.

—Es un hecho que siempre tuviste un sexto sentido —respondió sonriente.

—Sé que no lo haces por maldad, pero ella no es para ti.

—¿Quién eres tú para decidir por ella? —alzó la voz.

—Observa bien: William jamás había estado ansioso por una mujer. Está enamorado.

—¿Y eso, qué? ¿Debe conmoverme?

—¿Cuándo te he dado un mal consejo o te he fallado? ¿Por qué no me crees cuando te digo que ella no te corresponde?

—Es verdad, nunca lo has hecho; eso es lo único que me impide que le proponga matrimonio.

—Eres inteligente —susurró Viktor antes de desaparecer entre el gentío y dirigirse con tranquilidad hacia la mujer que lo estaba esperando.

—¿Lo ha comprendido?

—No del todo, pero Robert podrá hacerlo.

—Esperemos que así sea. Sabemos que le dolerá, pero hay alguien más en el mundo para él —dijo con una sonrisa la joven con la copa en la mano.

* * *

Caroline entró al salón con la misma presencia magnífica de siempre. Era muy hermosa y llamativa. Su actitud contrastaba mucho con la de Prudence, quien iba del brazo de ella sin dejar de temblar.

La tímida Prudence estaba esplendorosa, pero se notaba en sus ojos grises la inquietud que le producía mostrarse de esa manera tan diferente.

Nicholas le propondría matrimonio esa noche a lady Henrietta, que estaba radiante a su lado. Caroline los envidiaba, se notaba que estaban enamorados.

—Caroline —la llamó Prudence.

—¿Qué sucede?

—Ahí viene el conde. Cúbreme por favor —respondió aterrada.

—¡No! Ve y enfréntalo. —La empujó directo hacia él para luego escabullirse hacia otro lugar. Debía hablar con William, pero no lo veía.

* * *

El vizconde, impaciente, entraba y salía del salón.

—¿Cuándo piensas responderme, querido? —inquirió una melosa voz femenina.

—Nunca, excelencia. Ya he dejado de perseguir mujeres casadas —contestó sonriente.

—¿De verdad piensas que te será tan fácil deshacerte de mí? —consultó al tiempo que se acercaba a él.

—Su esposo me dejó una clara advertencia.

—Él es inofensivo, cariño —explicó mientras lo rodeaba con los brazos.

—Le digo que no lo es tanto —la contradijo, y se alejó con lentitud.

—¿Quién es la nueva? ¿Por quién has abandonado nuestro lecho?

—No es de su incumbencia.

—No seas grosero, cariño. Tengamos algo rápido, estoy segura de que aún no has perdido por completo el interés. —Levantó un poco la falda para enseñar sus ligas.

—No funcionará, lo siento —se disculpó educado, ya dispuesto a irse.

Ella se estiró para arrojarse hacia él y besarlo al tiempo que le desprendía la chaqueta con rapidez: una mujer insistente y ardiente, nunca resultaba fácil de resistírsele.

—¿Ves que aún me deseas, William? —le dijo al oído mientras él le acariciaba las piernas.

Caroline no lo encontraba por ningún lugar en el salón, así que había salido al patio a buscarlo. “Al mal paso, darle prisa”, pensó, y caminó con mayor prisa hasta que lo vio ahí con lady Eloise. El descubrimiento fue tan repentino que no puedo frenar para evitar interrumpir el momento.

—¡Lo siento! —se disculpó por mera educación, y se dio vuelta para correr en la dirección por la que había llegado.

“Esa voz”, pensó William. Era Caroline.

—¡Maldición! —gruñó, y tiró a lady Eloise al piso sin ninguna consideración para apurarse a buscar a la joven.

Caroline lloraba mientras se alejaba lo más rápido que el pomposo vestido le permitía. Se sentía estúpida al haberse preocupado por cuánto le desagradaría a él que lo dejara, mientras que él estaba disfrutando con otra. Le había mentido sobre ser monógamo, ¡ese gusano asqueroso! En lugar de preocuparse por su propio futuro, se había preocupado por un desgraciado que no lo merecía.

—¡Caroline! —llamaba él detrás—. Detente, necesito hablarte.

Ella frenó la marcha y se dio la vuelta al tiempo que se quitaba la máscara para revelar un rostro lleno de lágrimas.

—¡Me mentiste!

—No tengo nada con ella.

—¿Entonces era tu sombra la que estaba casi devorándola allá? —preguntó con sarcasmo.

—Ella se me pegó, lo juro… —contó sincero. No sabía por qué daba tantas explicaciones.

—Guárdese sus mentiras, milord, ¡esto se terminó! —declaró—. Ahora puede ir con su amante a terminar lo que por desgracia interrumpí.

Él quedó helado. No podía dejarlo.

CAPÍTULO 25

—¡Tú no puedes terminar esto! —negó nervioso.

—¿No? ¿Quién me lo va a impedir?

—¡Sabes que esto se acaba cuando yo lo diga! En eso habíamos quedado.

—Olvida algo, querido vizconde: ¡le gané ese derecho, y usted lo aceptó!

—¡Te mentí! ¡Jamás dejaría que termines conmigo antes de que yo lo decida! —gruñó exaltado.

—¿Es que solo usted puede cansarse de sus amantes? —cuestionó indignada.

—Es lo normal.

—¿Lo normal? ¡Lo normal! Le diré una cosa: yo me cansé de usted, William. Necesito más de lo que puede ofrecerme.

Sintió que la tierra se lo tragaría; un terrible nudo se le formó en el estómago. Eso no podía ser verdad.

—¿Qué?

—Como lo oye. Me ha mentido varias veces al aceptar concederme algo que en realidad no pensaba darme, e incluso me mintió con lo de la monogamia. No sé cómo pude fiarme de su palabra, pero, claro, no podía esperar nada de un cerdo libertino como usted.

—Yo no te mentí, te soy fiel, habíamos quedado en eso —explicó exasperado, pues ella parecía no entenderlo.

—No es eso lo que vieron mis ojos —reprochó.

—Caroline, cariño… —habló mientras colocaba la frente junto a la de ella—, no me dejes, dime qué necesitas de mí y yo te lo daré.

—Es algo que tú no me podrás dar, William.

—Dime, ¿qué es? —insistió con tristeza.

—Amor y familia…

Él se alejó de ella para observarla con fijeza. No podría darle nunca lo que pedía. Era un cobarde, tenía miedo a la infelicidad del matrimonio: estaba seguro de que nada bueno se escondía detrás de aquello.

—Tienes razón, no puedo darte eso, pero tú lo aceptaste cuando decidimos empezar esto.

—Sí, es verdad, pero también dije que yo quería tener el poder de terminarlo porque temía enamorarme. Lamento decirte que eso fue lo que sucedió —confesó en tano derramaba más lágrimas.

—¡Tú no puedes amarme: hicimos un trato! —le gritó.

—Perdóname por esa estupidez… —se disculpó, y se tapó los oídos. No quería escucharlo atacarla así.

—¡Eres una mujer estúpida por no haberte podido controlar! —estalló iracundo.

—¿Yo, una estúpida? Usted es una bestia, un egoísta. ¡Lo admito, soy una estúpida, una demente, por haberme enamorado de un hombre seco y vacío como usted! Una piedra tendría más corazón, incluso más sentido común que usted, milord —espetó muy enojada y ofendida.

—Lo siento, no quería insultarte… —intentó disculparse, pero el rostro de Caroline indicaba que no lo perdonaría.

—¡No obstante, lo hiciste! —le recordó—. No necesito un hombre como tú, sino a alguien que me quiera, a quien yo pueda querer, a quien me esté permitido querer… ¿Comprendes que esto terminó, William? Estoy de vuelta en el mercado matrimonial, buscaré un esposo decente y me casaré antes de que termine la temporada.

—¡No! Tú eres mía, Caroline. —La tomó en un gesto posesivo—. No me dejarás a menos que yo te lo diga.

—Cumplí al comunicarte que lo nuestro acabó. Que tú no quieras entenderlo es asunto tuyo. Fue un verdadero placer haberlo conocido, lord Hereford —se despidió, vencida por el llanto, y se dispuso a entrar al salón, pero en el camino chocó con Robert.

William se quedó de pie, helado, hasta que reaccionó y corrió tras ella de nuevo para persuadirla de que no lo dejara, pero la encontró llorando en los brazos del conde de Abermale.

—Milord… —pronunció Robert con una inclinación la cabeza a modo de saludo.

—Caroline…, quiero que terminemos nuestra conversación —pidió.

Ella se acurrucó aún más en los brazos de Robert.

—Ya no tenemos nada de qué hablar, hemos dejado las cosas claras —respondió con frialdad.

—No hemos acabado —sentenció en un susurro.

—Se terminó. Entiéndalo y lárguese de aquí…

—No me iré sin ti. Quiero hablarte —declaró al sujetarla del brazo, a lo que Robert se interpuso.

—No quiere hablarte, respétala.

—Tú y yo, Abermale, no cabemos en este sitio —musitó con los dientes muy apretados.

—Entonces, vete. Yo me quedaré con la dama.

La tensión entre ambos era palpable. Tras un segundo, cada cual agarró al otro del traje para amenazarse.

—¡Oigan! ¿Qué sucede? —interrumpió Clay, que intentaba calmar los ánimos.

—Llévate a tu amigo si no quieres que le parta la cara.

—Yo te la partiré primero. Ella es mía, quítale tus sucias manos de encima —reclamó William.

—Willy, vamos… —pidió Clay.

—No sin Caroline.

—Es mejor retirarse, deja que gane esta batalla.

Él miró a la joven, que estaba aún muy afectada, solo por eso decidió hacerle caso a su amigo e irse con él hasta que las aguas se calmaran. Intentaría hablar con ella al día siguiente.

—Esto no ha terminado ni para ti, Caroline, ni para usted, Abermale —ladró William.

—Lo estaré esperando —respondió Robert amenazante.

Ella ni siquiera lo miró, ya no podía hacerlo. Había hecho lo correcto y debía intentar restaurar su imagen y buscar un partido adecuado antes de que su padre muriera. Robert la llevó hasta un pequeño banco y se sentaron.

—¿Quieres contarme qué sucedió?

—Sí. Terminé con él, ya no soy su amante —confesó llena de vergüenza.

Él cerró los ojos. Era lo que temía, que ella hubiera caído en la trampa que Viktor le había tendido. No sabía qué hacer.

—¿Desde hace cuánto lo son?

—Éramos —aclaró—. Desde hace casi tres semanas.

—Siento mucho que hayas terminado sucumbiendo al embrujo de William.

—Yo te pido perdón si te di esperanzas conmigo, lo siento tanto.

—Aún no está todo perdido, Caroline —habló mientras la miraba a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Te cortejaré de todos modos, no me importa que ya no seas una dama pura —expresó sonriente para tratar de transmitirle seguridad.

—No es tan simple, me enamoré de él… —confesó entre lágrimas.

—¿Entonces por qué lo dejas?

—Mi padre va a morir. Yo debo cumplir con su última voluntad antes de que eso suceda. Se lo debo por todo lo que ha hecho por mí. William no me amará ni se casará conmigo, y yo tengo que buscar un esposo antes de que acabe la temporada. He estado perdiendo un tiempo que casi no tengo. Nicholas me lo advirtió, y tú también lo hiciste.

—No te culpes más. ¿Qué te parece si dentro de una semana me das una respuesta?

—¿Respuesta a qué?

—¿Quieres casarte conmigo, Caroline? —preguntó Robert, sincero. Ya nadie podría estropear los planes que él tenía con ella. Mandaría a todos al demonio si ella lo aceptaba, y se irían lejos.

—No sé qué decir… —expresó sorprendida.

—Solo piénsalo. Creo que podemos ser felices; quizás, algún día, incluso nos lleguemos a amar.

Caroline le sonrió y le acarició el rostro en señal de agradecimiento. Ellos se llevaban muy bien, había esperanzas para ella después de todo. Robert era un buen hombre y tenían un gato: aquel era un gran paso para empezar una vida juntos.

—Colócate la máscara y vamos a bailar. No pierdas las esperanzas, no todo se acaba aquí.

Ambos entraron al salón y se perdieron entre los danzantes.

Desde las sombras, la joven dama que acompañaba a Viktor había escuchado todo lo que Robert le había dicho a Caroline. El conde se había metido hasta el cuello dentro en aquel plan, y había que sacarlo pronto.

* * *

William daba largas zancadas para salir del salón. Se iría a su casa para pensar en qué hacer para retener a Caroline. No importaba que ella estuviera enamorada, podía obviar eso con tal de tenerla solo para él.

—Espera, ¿adónde vas, William? —preguntó Clay.

—A mi casa —respondió mientras se ponía de pie—. Necesito pensar.

—¿Qué demonios sucedió con Robert? No lo entiendo.

—Se metió en algo que no le corresponde. Caroline es mía.

—Ella puede elegir a quien quiera —alegó con sencillez Clay.

William lo agarró del cuello y lo lanzó al suelo.

—¡He dicho que es mía! —gritó descontrolado.

Clay se incorporó y le dio un puñetazo en la cara.

—¡No te metas conmigo, William! Soy tu amigo, pero no voy a tolerar tus arranques de rabia.

Ernest, que estaba cerca, levantó al vizconde de suelo.

—¿Qué diablos sucede con ustedes? Se supone que son mejores amigos.

—¡Él empezó! —acusó iracundo Clay.

—Perdóname, Clay, estoy un poco descontrolado. Será mejor que me vaya a mi casa —se disculpó con la vista hacia el salón solo para fijarse en que Caroline estaba bailando con el conde. Dio unos pasos como para volver a entrar, pero Anthony se colocó frente a él, imponente en altura, y lo atajó.

—Vamos a tu casa —dijo tranquilo.

William miraba hacia adentro con mucha rabia.

—Vamos —secundó Ernest, que todavía lo agarraba del brazo, pero él se soltó y caminó con rapidez hacia la pista de baile.

—Noquéalo, Ernest —mandó Anthony.

Ernest asintió y, con un solo toque, lo mandó al piso.

—Tienes buena técnica —alabó Clay mientras se sacudía el polvo de la vestimenta.

—Es mejor que la que tú usarías —respondió. Se refería, por supuesto, a la preferencia de Clay por las armas de fuego.

—Vamos, caballeros —apuró Anthony mientras alzaba a su amigo y se disponía a caminar hacia la salida antes de que se armara un alboroto mayor del que ya había.

* * *

La mujer le contó a Viktor lo que había escuchado.

—No te preocupes, querida, estarán bien —pronunció él mientras abrazaba a su joven esposa.

—¿Y qué hay de Robert?

—También estará bien, solo que pagará por haber traicionado el objetivo de la misión. Estará fuera de juego muy pronto. —Le sonrió.

—Por favor, no le hagas nada malo. Tu locura bárbara puede explotar: no quiero que eso suceda —alegó bromista.

—Ser de las Tierras Altas no es un pecado —aseguró, y le dio un tierno beso en los labios.

CAPÍTULO 26

—Mmm… —murmuró William al despertar después del golpe.

—¡Bienvenido, bello durmiente! —lo saludó Ernest con una sonrisa burlona.

El vizconde intentó ahorcarlo, pero falló.

—Soy demasiado rápido para ti. En lugar de reconocer que salvé tu impresentable persona de otro escándalo, ¿así les pagas a tus amigos? Eres un malagradecido.

—Bien. ¿Y ahora qué piensas hacer? —preguntó Anthony.

—Recuperarla, es evidente. No pienso darle mi mujer a ese canalla que se cree un buen samaritano.

—Te lo repetiré, pero de otro modo: ella no es tu mujer y puede elegir a quien quiera —insistió Clay, que evitaba reírse de la cara de su amigo.

—¡Es mía! —discutió.

—Si de verdad quieres que sea tuya, cásate con ella —aconsejó Ernest de manera directa.

—¡Eso ni pensarlo! —se negó al tiempo que cruzaba los brazos como un niño caprichoso.

—¡Oh, sí! Entonces tendremos una boda pronto. ¿Sabes de quién? De lady Caroline y Robert —comentó Anthony.

—¿De dónde sacaste esa estupidez? —inquirió William.

—Él se lo propuso hoy, y ella tiene tiempo para pensarlo toda la próxima semana, así que tienes un par de días para convencerla de que es mejor ser tu amante que la respetable esposa de un conde —continuó con ironía.

—Si lo pones así, es evidente que decidirá ser una condesa —afirmó Clay.

—¡Entonces que se casen! —gritó enojado—. No puedo ofrecerle eso. Que lo acepte y después la persigo.

—¡Oh, claro! Pero imagínatelo a él sobre tan preciada posesión tuya, mi querido amigo —insinuó Ernest con gestos lascivos.

William le arrojó un libro de la mesa, pero falló de nuevo.

—¡Algo anda mal con mi puntería, demonios!

—Lo que anda mal es que te has enamorado de lady Caroline y no quieres admitirlo porque eres una patética, egoísta, inmadura y deprimente criatura traumada por sus padres. No todos los matrimonios son malos. ¿Por qué no pruebas? Estoy cansado de intentar obligarte a enderezar tu camino, ¡maldita sea! —se descargó Clay. Todos lo miraron con la boca abierta, pues no solía ser tan directo.

—Sin duda resumiste todos mis pensamientos —lo felicitó Ernest.

—Y los míos —continuó Anthony.

—¡No estoy enamorado! No mentiré, su compañía es muy agradable y estoy encantado con ella en todos los aspectos. De hecho, hoy pensaba invitarla a mi casa otra vez —explicó mientras miraba se con tristeza las manos.

—Pero, ¿sobre qué base planeas mantener esta relación? ¿Sobre la mentira? Entiende de una vez, William: ella es una dama y está adiestrada por completo para ser una excelente esposa. No merece ser una amante, sino ama y señora de su hogar y de su esposo.

—¡Demonios, demonios, demonios! —gruñó nervioso—. Me dijo que estaba enamorada de mí.

—Grave error por parte de ella —aseveró Clay—. No lo mereces.

—Entonces aprovéchate de que se muere de amor por ti y échatela a la bolsa. Por más que no vayas a casarte con ella, envíale flores, joyas, y esas cosas que les gustan a todas las mujeres —aconsejó Ernest—. Las jóvenes adoran esas cursilerías.

—Odio darle la razón a Ernest, pero puede ser… —admitió Anthony.

—No, ella no es de esa clase. Le encantan las aventuras, los paisajes, disfrutar de la compañía, cosas simples —contó William mientras recordaba la velada pasada en Western.

—Es la mujer más económica del mundo. Cualquiera estaría feliz de hacerla su esposa —opinó Clay, pero con la desaprobación de sus amigos en los ojos. Había vuelto a meter el dedo en la llaga de William.

—Probaré todo. Soy un hombre que seduce a las mujeres, un profesional, ¡no puede ser que ella me ignore! —decidió mientras se insuflaba confianza a sí mismo—. Pronto tendrá noticias de mí.

—¡Ese es nuestro hombre! —celebró Anthony—. Ahora vámonos los tres a continuar la fiesta, tenemos cosas que hacer.

—¿Y qué tienen que hacer ustedes?

—Yo tengo una cita con una dama misteriosa —contó Ernest—. Clay de seguro estará tras las faldas de lady Prudence, y Anthony, ya ves, no entiende las reiteradas negativas de lady Grace.

—¡Ojalá tengan mejor suerte que yo entonces! —los despidió William con humor.

Los tres hombres regresaron a la fiesta. Cada quien tenía un objetivo por lograr.

* * *

Caroline ya estaba camino a su casa, con mucho en que pensar. Robert le había propuesto matrimonio; dependía de ella aceptarlo o no. Además, él lo había hecho a pesar de saber que se había entregado a otro. En verdad era un buen hombre.

—¿Qué te sucede? —preguntó Nicholas al verla callada y pensativa.

—Nada, solo estoy un poco cansada…

—No te veo bien, Caroline. Dime, ¿qué te preocupa? —preguntó intranquilo.

—Mi padre y no poder cumplir su deseo antes de que muera.

—Hay que tener fe y esperar que no suceda muy pronto. Tienes tiempo aún, querida, no te tortures más.

—Gracias, Nicholas. No sabría qué hacer si no estuvieras aquí.

—Para eso somos familia, Caroline, estamos para apoyarnos. Puedes contar conmigo para lo que sea, solo quiero que tú seas feliz.

—Te has dedicado a eso desde que llegaste —recordó con una sonrisa.

—Aunque aún no lo he conseguido. Debía encontrarte a alguien y fui yo quien terminó encontrando a Henrietta.

—Ella es maravillosa, al igual que Prudence. No te arrepentirás de tu decisión.

—No es fácil para mí pensar en que toda la vida tendré que estar con la misma mujer. De cierta manera siento temor —confesó.

—Solo si te arriesgas podrás descubrirlo.

—Eso estoy haciendo —respondió mientras la ayudaba a bajar del carruaje para ingresar a la mansión, donde la muchacha intentaría de algún modo conciliar el sueño.

Caroline terminó de vestirse y se metió a la cama, no sin antes trancar las ventanas. No permitiría que ese arrogante que la había llamado estúpida entrara por allí. Ya había terminado todo, solo debía aceptar la proposición de su pretendiente y convertirse en la condesa de Abermale.

El gato se acercó junto a ella mientras maullaba.

—Abermale… Sube aquí… —lo invitó sonriente. La mascota obedeció y se colocó en el regazo de su ama—. ¿Sabes que pronto iremos a vivir con el hombre que te salvó de aquel árbol? Seremos felices, estoy segura. Ya no tendrás que soportar las patadas que te daba William. Era muy malo, ¿verdad? No sé cómo no me di cuenta, Abermale. Por más que lo ame, debería haberlo visto.

El minino había tenido que sufrir los desvaríos de su dueña y soportar también que lo expulsaran de la cama en varias ocasiones. Cada vez que William se presentaba, el instinto lo llevaba a gruñirle.

Abermale volvió a maullar.

—Sí, ¡también lo odio! —dijo en tanto se acostaba, con el gato sobre el estómago.

* * *

Dos días después, Caroline recibió un enorme arreglo de rosas rojas y pensó en un primer momento que se lo había enviado Robert para acelerar su decisión. Al abrir la nota, sin embargo, descubrió que el remitente era otro.

Mi querida Caroline:
Vuelve conmigo. Te extraño cada noche que paso lejos de ti…
W.

Caroline refunfuñó y tiró todas las rosas al suelo para pisotearlas sin piedad.

—¡Maldito bastardo! ¿Cómo te atreves siquiera a enviarme flores? —gritaba furiosa, hasta que se le ocurrió una mejor idea—. ¡Nana! —llamó.

—Dime, Carol… ¡Dios mío! ¿Qué le sucedió al arreglo?

—Tuvo un accidente… lamentable. Tráeme alguna bolsa, por favor, voy a salir…

—¿Para qué la quieres?

—¿Puedes traérmela sin hacer tantas preguntas?

—Nada bueno te traes, te conozco casi desde el vientre de tu madre… —murmuró la niñera en tanto se dirigía hacia la cocina.

* * *

William había ordenado el ramo y le había agregado una pequeña tarjeta. Estaba seguro de que obtendría alguna respuesta de Caroline y esperaba que fuera positiva y que lo invitara a su lecho. La deseaba con tanta intensidad, la extrañaba más de lo que había imaginado. Pensar en no volver a tenerla lo llenaba de rabia, y había roto tantas cosas en esos días que sus gastos estaban por el cielo.

—Milord… —dijo Paul.

—Dime, Paul.

—Le dejaron esto en la entrada —indicó al entregarle un costal con una nota.

El vizconde abrió la bolsa y se encontró todas las rosas que le había enviado a Caroline. Ninguna había sobrevivido a la ira de la dama. Luego leyó la escueta misiva en voz alta.

Milord:

Una mujer de mi clase no necesita de sus decadentes presentes. Espero que entienda lo que significa “Se terminó”, ¿o quiere que se lo dibuje para su cerebro de habichuela?

Y sobre sus rosas, ¡métaselas por donde guste!

Lady Caroline

—Creo que está muy enojada, milord.

—Sin duda. Debo cambiar de estrategia —resolvió.

—Muy sabio. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Joyas y vestidos. No creo que se niegue a eso

—Interesante elección ¿Quiere que me comunique con la modista, milord?

—Por favor. Si eso no funciona, no sé qué más podría hacer —se desesperó William.

—Pídale matrimonio. Esta casa necesita una mujer.

—Primero muerto antes que atarme a la infelicidad de por vida.

—¿Y no se ha puesto a pensar en lo infeliz que es sin esa mujer? —cuestionó Paul. La pregunta quedó en el aire cuando salió del despacho.

Era cierto, la soledad y la ansiedad habían retornado a la vida del caballero desde que Caroline le había negado las caricias. Estaba sufriendo, pero no podía pedirle que se casaran. No, no lo haría; o por lo menos no por las buenas.

CAPÍTULO 27

Probaría con las joyas y los vestidos, algo debía dar resultado. Después de todo era una mujer, por lo que debía de funcionar también como el resto, pensaba William al observar las facturas por los obsequios. Eran prácticamente una pequeña fortuna, y se le estaba acabando el tiempo. Le quedaban solo dos días para que se cumpliera el plazo y ella respondiera a la oferta de Robert. Estaba sencillamente desesperado.

—¡Paul! —llamó a su ayuda de cámara.

—Diga, milord.

—Envía los vestidos y las joyas, no hay tiempo que perder —ordenó, y le entregó una pequeña nota.

—Como ordene.

Paul subió todas las cosas al carruaje y se dirigió a la casa de lady Caroline. Al llegar, tocó la puerta, y le abrió una señora de aspecto dulce.

—Buen día, señora, traigo algunos presentes para la señorita de la casa.

—¿De quiénes son? —preguntó curiosa la niñera.

—Son de un caballero, no puedo dar su nombre.

—¡No sea engreído! Son presentes para una joven soltera, ¿quién diablos lo envía, viejo petulante?

¿Le había parecido dulce? Más bien era una vieja cascarrabias. Pobre lady Caroline, que debía lidiar con semejante perro guardián.

—No estoy autorizado a decirlo ¡vieja metiche! Solo agarre los regalos y déselos a lady Battler.

La niñera arrugó aún más su ya de por sí fruncido rostro al tomar las cajas. Estaba segura de eran del mismo sujeto que había enviado el arreglo floral que Caroline había destrozado como un furioso tornado.

—Gracias —pronunció el hombre, y se retiró.

La vieja niñera subió con las cosas a la habitación de la muchacha, que estaba sentada mientras leía un libro que le había comprado Nicholas.

—Mi niña, te ha llegado algo

—¿Qué es? —Dio un ansioso salto y miró con curiosidad los paquetes.

—Creo que son vestidos.

—¡A ver! —exclamó emocionada antes de desenvolverlos.

Eran los atuendos más hermosos y de mejor calidad que hubiera visto.

—¡Oh, Caroline son hermosos y tan finos!

—¡Un momento! —musitó al ver que había otro bulto—. ¿Y esto?

Abrió la caja de terciopelo negra y adentro encontró aretes y una pulsera de esmeraldas.

—¡Dios mío! Qué preciosas piedras, mi niña. Combinan con tus ojos.

—¿Tú crees, Nana? —cuestionó mientras se probaba las joyas.

—Y aquí hay una nota.

¡No, la nota no! Maldita sea, esperaba que los regalos más hermosos que había recibido jamás no fueran de William. Se lo repetía una y otra vez mientras desplegaba el papel.

Querida mía:

Acéptame otra vez junto a ti. Extraño el calor de tus labios, de tu cuerpo y, por sobre todo, hacerte mía… porque eres solo mía. Caroline, consiente verme y hablemos, estoy seguro de que podemos llegar a un nuevo acuerdo que sea gratificante para ambos.

Tuyo,

W.

P.D.: No me metí las rosas en ningún lugar; me habrían pinchado, cariño.

El rostro de Caroline estaba rojo como un tomate. Ella también lo extrañaba, le hacían falta el calor de su abrazo, sus labios sobre la piel y también sus ocurrencias.

—Nana, ¿puedes dejarme sola un momento? —pidió con tranquilidad.

—Pero…

—Puedes, ¿verdad? —consultó con los dientes apretados, menos serena.

—Sí, mi niña.

No bien la niñera cerró la puerta, la joven rompió la nota en pedazos y trituró los trozos aún más hasta casi convertirlos en polvo.

—¿Con que a eso queremos jugar, William? Pues también puedo con esto —habló mientras tomaba un papel y una pluma. Respondería a su carta de manera que no volviera a enviarle nada más en lo que le restara de vida.

Tardó un poco en redactar la nota. Después le pidió a un lacayo que llevara aquel recado a la casa del vizconde, dado que ella no pensaba salir de allí. Sonriente, al entregarle la respuesta, se imaginó el rostro de William al leerla.

Mi querido vizconde:

Le agradezco por tan hermosos y valiosos presentes. Le comento que utilizaré sus costosos regalos para la noche en que le daré el sí al conde de Abermale. Gracias por ahorrarle a mi padre una pequeña fortuna, estoy segura de que si lo supiera le estaría eternamente complacido por su generosidad.

Lady Caroline, futura condesa de Abermale.

P.D.: No, no hablaré con usted de nada. ¡Terminó! ¡Terminó! ¡Terminó! Entiéndalo de una buena vez.

William soltó un horrible grito de rabia al descubrir que la había vestido para otro. Por primera vez, parecía sentirse como un marido ofendido que le compraba cosas a su esposa para que las luciera con el amante.

—¡Maldición y condenación, Caroline! —masculló, aún más frustrado, mientras arrugaba el escrito con mucha fuerza.

—Mal, ¿verdad? —preguntó Ernest al ver la cara de su amigo.

—¡Muy mal! Va a volverme loco. Piensa usar lo que le regalé para darle el sí a Robert.

—Es muy inteligente, sabe cómo sacarte de tus casillas —indicó Anthony.

—No es gracioso —reprochó Clay—, nuestro amigo va a ver cómo su mujer se casa y se entrega a otro, debemos hacer algo.

—¿Secuestrarla y tenerla como tu esclava? —propuso Ernest—. Yo lo haría si no tuviera más opciones, así como tú.

—Mira, yo tengo una mejor idea… —planteó Anthony.

—¡No! —lo interrumpió William—. No me casaré si es lo que quieres decirme.

—Entonces me callo —dio la razón Anthony.

A William no le quedaba más opción que volver a intentar hablar con ella antes de que respondiera a la oferta del conde. Debía aguantar hasta ese día.

* * *

No pudo soportarlo. Al día siguiente por la noche, él se presentó en el jardín de la residencia Berkeley con unas pequeñas piedras en la mano y comenzó a arrojarlas a la ventana de Caroline.

La joven escuchó los ruidos, pero sabía que era él, que se empeñaba en retenerla a su lado. En realidad, le habría encantado abrir la ventana, que se acostara junto a ella y le contara sobre todo lo que había hecho en el día o hablaran de las cosas le gustaban y, por supuesto, hacer el amor. Él era la criatura más dulce cuando lo hacían. Pero no, ya no caería en el camino del mal.

William continuaba lanzando piedras. Lo haría hasta que saliera y le hablara, tenía toda la noche.

—¿Acaso no se cansa ese animal, Abermale? —le habló la muchacha a su gato cuando aquel se dirigió a su cuenco de agua. Ella lo miró y descubrió la solución.

—¡Abermale, eres un minino macabro! —expresó sonriente.

Se levantó con sigilo y fue hasta la cocina a buscar una gran fuente de agua para luego subir a duras penas las escaleras. Lo había conseguido.

El vizconde estaba observando aún la habitación de la dama cuando se fijó en que se abría la ventana. Era ella y se veía hermosa, como siempre.

—¿Qué quiere? —preguntó Caroline con tranquilidad desde arriba.

—Quiero hablar contigo. ¿Me dejas subir?

—Claro que sí, ven y hablemos. —Le sonrió con dulzura.

—¿Segura? —inquirió, desconfiado.

—Claro, William, estoy segura de que ambos queremos lo mismo —lo invitó al tiempo que se abría un poco el camisón.

Él sonrió y se dispuso a subir cuando aquella sirena seductora desapareció de su campo visual y luego reapareció con una enorme fuente.

—¡Esto servirá para aplacar tu calor, querido! —expresó con sarcasmo antes de vaciar el recipiente sobre él.

William cayó de una altura considerable y terminó empapado, lleno de barro y muy enojado.

—Ya no te quedan ganas de buscarme, ¿verdad? Tu temperatura esta baja ahora —aseguró ella con malicia.

—¡Me las pagarás, Caroline! —amenazó muy nervioso.

—Lo único que exijo es que no me busques más. Mañana seré una mujer comprometida y, para que te quede aún más claro, no seré tu amante después de eso, así que no insistas. No soy la misma estúpida de una semana atrás, que sufría cuando pensaba en perderte mientras tú te divertías. Vete con tu duquesa.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Eso es lo que deseas? ¿Que me busque otras amantes? ¡Pues lo haré! ¡Lo haré! ¿Me escuchas? No eres más que un capricho. Puedes irte al infierno —estalló, y se fue a su carruaje.

—¡Milord! —exclamó Paul sorprendido al verlo sucio y mojado por completo.

—No digas nada.

—Sí, milord.

—Prepárame un baño al llegar. Iremos junto a lady Kathy, la viuda.

—Pero si usted ya la había dejado.

—Regresaré con ella. No pienso humillarme más por esta mujer —decidió William con el orgullo herido.

Caroline cerró la ventana y se acurrucó en el suelo a llorar por lo que él le había dicho. Iría a buscarse otras concubinas, y eso le dolía de manera profunda. No quería imaginarlo en brazos de otra, pero ahí estaría él dentro de unas horas: entregaría su cuerpo y su alma a otra mujer.

Después de haberse aseado, William salió y se dirigió a la residencia de lady Kathy, quien lo recibió más que contenta.

Sin mucho esfuerzo logró llevársela a la cama, aunque no estaba concentrado. No quería hacerlo en realidad y solo logró efectuarlo llevado por un anhelo de venganza.

* * *

Paul había escapado de William mientras aquel estaba con la viuda.

—El vizconde ha cometido una estupidez, excelencia. Ahora está con lady Kathy, la viuda.

—Me lo temía —afirmó Anthony.

—Sucumbió ante la presión —opinó Ernest.

—Creo que terminará enloqueciendo —advirtió Paul.

—En efecto eso sucederá si no tiene a su dichosa Caroline con sus propias condiciones. Veré qué puedo hacer —dijo Anthony antes de dejarlos.

Ernest estaba seguro de que el duque se traía algo entre manos. Aquel conocía todos los movimientos de lady Caroline y de William y sabría qué sería lo más conveniente para la situación.

* * *

Anthony llegó al garito de juegos y pidió hablar con Viktor.

—¡A quién tenemos aquí! —saludó Viktor desde el escritorio.

—Vamos, sabes qué me trae aquí —insinuó sonriente.

—¿Quizás las deudas de Beasterd?

—Aún no.

—Entonces, Willy.

—En efecto. Se ha complicado todo, ha retornado a las andanzas —explicó el duque.

—Déjalo, mañana solucionaremos el problema.

—¿Qué tramas?

—Espera, ya lo sabrás.

La esposa de Viktor estaba escondida en el pasadizo detrás el estudio mientras escuchaba lo que decían. Estaba muy nerviosa por no poder aparecer todavía frente a Anthony. Sabía que podía ser una sorpresa para él, tanto que quizás la relación con Viktor se quebraría por culpa de ella.

CAPÍTULO 28

William regresó a su hogar. Se sentía deshonesto y avergonzado.

—¿Qué te pareció la faena? —preguntó Ernest sarcástico.

—¿Qué haces en mi casa? ¿Acaso no tienes una?

—La tengo, pero estaba aburrido y solo.

—Yo estoy cansado —expresó antes de subir las escaleras.

—¿Cansado de sumar una estupidez más a tu haber? —preguntó Clay, sentado al otro lado, mientras miraba la copa que tenía en la mano.

—Otro. ¿No se cansan de molestarme? Creo que había un mandamiento más, algo como "No molestarás a tu prójimo" —acusó burlón.

—Echaste por tierra la última oportunidad que tenías con ella. Ahora solo debemos esperar la invitación a su boda —avisó Ernest.

—¡Oh, claro! Ya me imagino cómo la pasará el conde con esa loca. ¡Qué se la quede! —declaró resentido.

—Habla el despecho por ti, mi amigo, no sé si puedas recuperarla —se desanimó Clay.

—No lo intentaré más. No pienso arriesgarme a que la próxima cosa que me arroje sea un yunque.

—No seas dramático. Si la deseas, lo harás.

¿Que si la deseaba? Haber estado con otra mujer había sido horrible, todo un sacrificio por una estúpida venganza. En este momento, además, ella lo sabía y lo odiaría aún más.

—¡Caray! ¡Déjenme en paz! —les gritó, y se encerró en su habitación.

—¿Y ahora qué hacemos nosotros? —preguntó Ernest.

—¿Te gusta el ajedrez?

* * *

Caroline había pasado una noche terrible, le dolía la cabeza, donde tenía unas punzadas horribles, y llevaba casi todo el día sin dormir.

—¡Nana, me siento tan mal!

—Mi niña, no es lo peor que te sientas así, sino que te ves así. ¿Qué hiciste anoche?

—Leí sin descanso —mintió Caroline—. Por eso tengo los ojos hinchados y me duele la cabeza.

—Puede ser. No te vuelvas a desvelar de esa manera.

—Está bien. ¿Y mi padre?

—Está en su habitación, hoy se despertó un poco indispuesto —explicó la empleada.

—¿Y Nicholas?

—Milord salió a comprarle el anillo de compromiso a lady Henrietta.

—¿Por qué no me lo dijo? ¡Lo habría ayudado! —se lamentó.

—Salió muy temprano, mi niña; tú estabas dormida.

El gato maulló al entrar por la ventana.

—¡Felino del infierno! Me has dado un susto tremendo —reclamó la niñera mientras se acercaba al ventanal—. ¡Por Dios, mis flores! ¿Qué les sucedió?

—No sé —respondió Caroline al tiempo que se tapaba la cara.

—¿Fuiste tú? ¡De vuelta saliste por la noche! Esta vez no te salvas, pequeña diabla —aseguró antes de salir del cuarto.

Caroline estaba segura de que aquella mujer echaría pestes con Nicholas. Lo último que le faltaba era otro problema que se sumara al hecho de que su padre estaba mal. Quizás al día siguiente, al comunicarle que se casaría con el conde, se sintiera mejor.

* * *

Caroline llegó al baile vestida, así como le había descrito a William, con el precioso vestido marfil y los aretes y la pulsera de esmeraldas.

—Buenas noches, Caroline —saludó Robert, que la sorprendió desde atrás.

—¡Robert! —reaccionó sonriente.

—¿Me concedes esta pieza?

—Será un placer. —Aceptó la mano que él le ofrecía.

William los observaba desde un rincón, donde había decidido aislarse del resto de sus amigos porque sabía que, si seguía escuchándolos, terminaría cometiendo algún crimen en contra de ellos por el calamitoso estado de sus nervios.

—Ya tengo una respuesta para ti, Robert.

—Estoy ansioso por conocerla —declaró él mientras la hacía danzar—. ¿Qué te parece si me lo dices al terminar de bailar en un lugar más privado?

—Estupendo —aceptó en tanto trataba de parecer serena. Su futuro estaba a punto de definirse.

La pieza acabó; ellos salieron al balcón mientras William los seguía.

—Estoy nervioso —reveló Abermale al tomarla de las manos.

—Yo aún más —coincidió ella.

—¿Qué has decidido? —preguntó mientras trataba de no parecer ansioso.

—Que acepto. Acepto ser tu condesa —respondió con una gran sonrisa.

—No te arrepentirás, Caroline, te lo juro —manifestó, y la abrazó—. ¿Podría tomarme el atrevimiento de besarte?

—Hazlo —aceptó tranquila.

Robert juntó sus labios a los de ella mientras William los contemplaba con gran frustración.

No pudo soportarlo más y los separó.

—¡No la toques! —exclamó iracundo al golpear a Robert en la cara.

—¡Ahora es mi prometida! —anunció él antes de devolverle el puñetazo.

Caroline observó cómo ambos se golpeaban y daban vueltas por el césped. Si alguien se daba cuenta de lo que estaba sucediendo, sería un escándalo, y debía evitarlo. Por eso agarró a Robert con la intención de separarlos.

—¡Robert, detente! Voy a hablar con él; creo que no sabe lo que significa la negativa de una dama.

—Es tu decisión —la apoyó mientras se limpiaba la sangre del labio.

—William, espérame en el jardín, te alcanzo en un momento —ordenó con gesto reprobatorio.

El vizconde se retiró, y Caroline se quedó un minuto con Robert.

—Perdóname por este altercado.

—No te preocupes —respondió.

Ella dejó a su prometido un momento, quien se quedó esperándola con tranquilidad hasta que vio aparecer una gran sombra en el balcón.

—Robert, te advertí que ibas a salir mal de esto.

—Ella ya aceptó ser mi esposa.

—Es una pena que no dure mucho —afirmó la figura, y luego dio una orden a la persona que estaba detrás—: Llegó el momento.

—¿A qué te refieres? —cuestionó confundido Robert.

—Estás fuera del juego, lo siento, pero sabía que ibas a salir herido. Ambos son mis amigos, y en verdad me duele verte sufrir por la mujer equivocada.

—¿Qué vas a hacer, Viktor?

—Solucionar el problema y hacer que ellos se casen por las malas. William se ha puesto demasiado caprichoso y poco colaborativo.

—¡No puedes hacer eso! —reclamó lord Abermale, que lo agarró del cuello de la camisa.

—Robert, cálmate, me arrugas la ropa. Lo mejor será que te vayas y desaparezcas durante un tiempo, eso te ayudará a olvidar —sugirió mientras se quitaba de encima las manos de su amigo con lentitud.

—¿Por qué lo haces?

—Por un presentimiento. He decidido hacerme cargo de la felicidad de mis amigos, y eso te incluye.

Sabía que había perdido a Caroline para siempre, así que no le queda más que resignarse. Todo lo que hacía Viktor era por buenas razones, jamás había tenido motivos para desconfiar de él por más que sus métodos fueran tan crueles y macabros como para jugar con los sentimientos de las personas.

—Cálmate y disfruta del espectáculo, te espera la primera fila —expresó Viktor sonriente mientras lo agarraba del hombro.

* * *

William estaba esperando a Caroline en tanto pensaba que era evidente que la situación se pondría aún peor.

—¿Qué creías estar haciendo? ¡Acepté ser su esposa, déjame en paz!

—No lo haré —negó al tiempo que la sujetaba de la cintura.

—¡Suéltame, sucio patán!

—No sigas negándote a mí, Caroline. Eres mía y lo serás para siempre —susurró antes de besarla, pero ella lo empujó y lo pateó para luego emprender la retirada.

Para retenerla, William la agarró de la falda del vestido, que se rasgó enseguida.

—¡Lo siento! —se disculpó.

—¡Oh, Dios mío! ¿Ahora cómo saldré de esta fiesta? ¡Mira lo que has hecho, no tienes vergüenza! —reclamó mientras lo golpeaba, pero de repente se detuvo y se desplomó sobre el cuerpo de William, que apenas podía sostenerla.

—¡Caroline! —pronunció en tanto intentaba despertarla, pero nada funcionaba.

La acostó en un banco que estaba cerca y se colocó a su lado, dispuesto a intentar reanimarla con un beso.

—¿Qué demonios piensas que estás haciéndole a mi prima? —cuestionó iracundo Nicholas, con lady Henrietta al lado. El conde de Abermale y medio Londres estaban detrás de él.

El vizconde se levantó sorprendido del banco, pero eso fue aún peor, pues dejó a la vista el enorme tajo que le había hecho al vestido al intentar detener a Caroline.

—¡Ha violado a lady Caroline! —gritó escandalizada una anciana.

—¿Qué? —se asombró William.

—¿Abusaste de mi prima? —reclamó Nicholas, a punto de golpearlo, cuando sus otros amigos llegaron para separarlos.

—¡Demonios! —masculló Ernest al observar la pierna descubierta de Caroline—, ¿acaso no pudiste encontrar otro sitio?

—¿De qué hablas? ¡Si ni la toqué! —se defendió el acusado.

—Te casarás con ella. No podrá vivir con la reputación manchada de por vida —sentenció Nicholas, que lo señalaba con un dedo.

El vizconde no podía creer lo que sucedía. Estaba seguro de que ella lo había planeado todo. Había montado esos días de rechazo hasta enloquecerlo con el objetivo de que cometiera la estupidez de encontrarse con ella en el jardín y luego había fingido un desmayo para quedar como la pobre víctima.

—Está inconsciente —observó Henrietta—. Llevémosla adentro.

—No, me la llevaré a casa. Y a ti, William, te espero mañana a primera hora, ¿comprendes? Si no vienes, te buscaré hasta debajo de las piedras solo para matarte —amenazó Nicholas mientras cubría las piernas de su prima con su saco.

William no podía articular palabra, estaba perplejo. Londres lo había visto prácticamente “violar” a una joven virgen de buena familia, y debería comprometerse con esa embustera.

—Te espera mi venganza, Caroline —declaró en voz alta mientras Nicholas se la llevaba.

—¿Qué dices? —preguntó Clay confundido.

—Ella lo fraguó todo, es una maquinadora de lo peor, manipuló la situación a su gusto.

Anthony lo miraba fijo, consciente de que todo aquello no era obra de Caroline, sino de Viktor. El plan no había salido tan bien.

* * *

Robert caminaba decepcionado hacia la salida del salón, rumbo a su carruaje, cuando sintió que lo seguían.

—Lo conseguiste —afirmó.

—Ha salido mejor de lo que esperaba.

—Espero que no te salga el tiro por la culata. William no estaba para nada feliz, temo por ella.

—Necesitaba este pequeño empujón. Él mismo lo complicó todo, pero hacer que todos fueran al jardín fue bastante fácil —declaró Viktor.

—Eres muy bueno manipulando a la gente, ¿pero qué será de ti cuando Anthony sepa lo que tienes?

—Es probable que intente matarme, pero aún no es tiempo de pensar en eso.

—Te haré caso y me iré durante una temporada. No creo poder ver sufrir a esa mujer.

—No sufrirá, te lo aseguro.

Capítulo 29

Caroline estaba dentro del carruaje mientras su primo trataba de despertarla.

—Caroline…

—¿Dónde… Dónde estoy?

—Estás en el carro, nos vamos a casa.

—Yo debo hablar con Robert —reaccionó sobresaltada.

—¿De qué vas a hablar con él?

—Acepté ser su esposa, debo comunicárselo a mi padre.

—Creo que tendrás que dejar todo eso de lado. ¿Qué te hizo William?

—¿Cómo que qué me hizo? No comprendo. —Lo miró confundida.

—¿Te violó?

—¡No, por Dios! ¡No!

—¡Menos mal! —se alivió Nicholas al tiempo que soltaba el aire retenido.

—¿Puedes explicarme qué sucede?

—Lo que ocurre es que estás comprometida, pero con William, no con Robert.

—¡No! ¡Eso no es posible!

—Mañana William debe responder por ti. Todo Londres lo vio encima de ti mientras te besaba.

—Esto no está sucediendo —murmuró al tiempo que se agarraba la cabeza.

—Creo que serás vizcondesa.

—No, no puede ser. Él me odiará, no quiere casarse. Por favor no me comprometas con él, te lo ruego.

—Es muy tarde, tu reputación está manchada por su culpa, y debe responder.

—¡Es ridículo, no me hizo nada, lo juro!

—Lo siento, prima, pero te casarás con él. Será una lección para ambos: para ti, por desobedecerme, y para él, para que al fin se dé cuenta de que no puede seguir jugando con la gente sin responsabilizarse por sus acciones.

Estaba condenada a pasar el resto de su vida con William, a quien amaba, pero ese no era el modo en que debían comprometerse.

Ella no pudo dormir en toda la noche por los nervios. Sentía que el estómago se le achicaba y tenía unas náuseas muy fuertes.

Por la mañana, William se presentó en la residencia Berkeley. Debía enfrentarse a Nicholas, aunque en realidad ya había resuelto que le daría lo que quería y se casaría con Caroline.

—William —saludó, tras lo cual hizo una pausa—. Has tenido suerte, mi prima dice que no la tomaste por la fuerza.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que puedes estar tranquilo, no hace falta que te cases con ella, pues ya está prometida al conde de Abermale. Ya veremos cómo limpiamos su nombre.

—¿Le creíste a tu prima? Pues en realidad yo no la violé, pero sí se entregó de manera voluntaria —se burló el vizconde.

—¿Cómo?

—Tu prima y yo somos amantes desde hace un mes.

—¿Qué? Eso no puede ser… —masculló, y golpeó el escritorio.

—¿Ir de día de campo para arreglar las ropas de lady Grace? ¿Te recuerda algo eso? ¿O quizás los dolores femeninos?

—¡Entonces eran mentiras! ¡Me desobedeció!

—Más bien te vio la cara. ¿Ahora sí me puedo casar con ella? Muero de ansias por hacerla mi esposa —declaró mientras se sentaba en el sillón. Nicholas no lograba terminar de digerir lo que sucedía—. Dime que sí, ya deseo ver a mi prometida —agregó con sarcasmo.

—No… sé qué decir.

—Otórgame su mano, es simple.

—Sé que planeas algo, jamás estarías tan contento de casarte

—Estoy enamorado —justificó con ironía.

Caroline, que en ese momento estaba en la sala, sabía que William se encontraba hablando con su primo porque lord Berkeley estaba bastante enfermo y su primo no querían darle un disgusto.

—Caroline —la llamó Nicholas.

Ella ingresó con lentitud al despacho.

—Te dejaré a solas con tu… prometido —expresó con sorna—; ya no necesitas carabina.

Caroline agachó la cabeza avergonzada. Nicholas, que se fue para dejarlos solos, al parecer lo sabía todo.

Un incómodo silencio se formó entre ellos.

—Lo conseguiste —soltó él.

—¿De qué hablas?

—Conseguiste atraparme, embustera —la acusó al sujetarla del brazo.

—¡Suéltame, me lastimas! —chilló ella.

—¿Te lastimo, cariño? —preguntó con los dientes apretados—. ¿No estás feliz de que todo te ha salido tan bien? Tienes al escurridizo vizconde solo para ti, o al menos eso es lo que tú crees.

—¿Qué quieres decir?

—Montaste un espectáculo y me rechazaste y humillaste más veces de lo que mi ego desearía admitir, pero déjame felicitarte, has salido victoriosa en una batalla en la que otras han fracasado de manera terrible.

—No monté ningún espectáculo, no quiero casarme contigo. Espero que te vayas de aquí y me dejes tranquila. Por culpa tuya Robert ya no querrá saber de mí.

—Robert, a él también lo usaste para tus macabros planes, ¿no es así? ¿Dónde están sus límites, lady Caroline? Dime, ¿dónde? —amenazaba en tanto le apretaba el brazo con mayor potencia.

—¡Suéltame! —Intentó zafarse.

—No. Ahora eres mía para siempre —aseguró con ironía—. Te lo dije ayer sin saber de la trampa que me habías tendido. Te conté sobre mis experiencias y sobre cuánto odiaba el matrimonio, ¿y qué hiciste tú? "Pobre de ti, William"… ¡Te burlaste de mí con esas palabras! Hay mujeres muy malas… —concluyó luego de imitarla.

—¡No! No hice eso, créeme por favor, William.

—Eres una excelente mentirosa, incluso pareces no entender lo que sucede. Sabía que el hecho de estar enamorada te iba a llevar a cometer alguna estupidez, pero no imaginé que sería de tal tamaño.

—¡No soy una farsante, jamás manipulé la situación!

—¡Y el desmayo! Déjame felicitarte, querida, eres una excelente artista. Parecía real, casi me lo creo.

Ella lo miraba con los ojos desorbitados, no podía creer todo lo que escuchaba.

—Yo sí me…

—¡Cállate! ¿Querías casarte? Pues aquí tienes tu futuro esposo. Vamos, ¿no estás feliz? —gruñó antes de empujarla al diván y levantarle la falda.

—¿Qué haces? —preguntó asustada.

—Voy a tomar lo que me pertenece. Ya casi eres mi esposa —respondió con simpleza.

—¡No quiero! —Luchó al borde del llanto mientras intentaba zafarse.

—¿Ahora no quieres? Cuando seas mi esposa, me importará muy poco si quieres o no —musitó en tanto se acomodaba para tomarla.

—¡No lo hagas, William! —rogó llorosa.

—Te haré mía lo quieras o no —repitió al tiempo que daba rienda suelta a su ira.

—¡Te lo pido por favor, no me hagas daño! —rogó con vehemencia y desesperación en tanto cerraba los ojos con la esperanza de que él se compadeciera de ella. No se le había pasado jamás por la cabeza que William fuera capaz de violarla. Era la peor y más desesperante sensación que había experimentado.

Él retrocedió ante la consternación de Caroline, quien se alejó con rapidez como un animal asustado.

—¿No es esto lo que deseas, Caroline?, ¿un esposo como yo? Pues es lo que conseguiste. Dentro de unos días, vendré a buscarte y te llevaré a Western, que será tu residencia después de que nos casemos —comunicó sin dejar de mirarla. Se notaba que no entendía lo que quería decirle—. Veo que no comprendes, querida, mejor te lo explico: yo viviré en Londres, mientras tú y nuestros futuros bastardos vivirán solos en Western. Te había encantado ese lugar, ¿no? Bueno, ahora será tu infierno en el paraíso. Yo me quedaré aquí con mis amantes, ¿o acaso pensaste que las dejaría por ti? Estabas equivocada. Te demostraré lo infeliz que puede llegar a ser un matrimonio, lady Hereford —se burló William a costillas del sufrimiento de Caroline.

Ella estaba destrozada, su corazón y su vida se habían ido a la basura. Sería la mujer más infeliz en el mundo si se casaba con él, debía hacer algo.

—Bien… —suspiró—, lo he dicho todo. Ahora, si me disculpas, debo regresar a mi ajetreada vida nocturna. Con permiso —se despidió William para luego dejarla llorando de manera desconsolada.

Necesitaba de sus amigas, debía verlas en ese preciso instante. Nadie más que ellas le daría el consuelo necesario, por lo que se dirigió a su habitación para preparar una esquela en tanto sentía que comenzaba a marearse.

—Malditos nervios —murmuró al agarrarse de las barandas de la escalera.

* * *

La noche había llegado y encontró a Caroline estaba reunida con las otras miembros del club del té.

—¿Estás bien? —preguntó Grace al observar los ojos rojos de la joven a través de la máscara.

—No, Grace, solo quiero terminar con esto.

—¡Oh, Dios mío, qué escándalo! —recordó Timidez.

—Ese escándalo hará que Nicholas me case con el disoluto vizconde de Hereford.

—Pero si lo amas —repuso Bella.

—Pero él no a mí. Piensa que yo planeé todo y me odia. ¡Se casará conmigo por venganza!

—¡Eso no puede ser! —reclamó Grace.

—Me hará la vida imposible, ya me lo dijo. No sé qué hacer para deshacerme de este compromiso.

—Ya recapacitará —aseguró Bella.

—No estoy tan segura —opinó Prudence—. Si la amenazó es porque cumplirá. ¡Qué horror!

—¡Me maltrató! No puedo casarme con alguien que me amenaza y me lastima. Parecía enloquecido, se los juro. Incluso quiso abusar de mí —contó sin poder evitar estallar en llanto.

Las jovencitas se taparon la boca para sofocar los gritos de horror.

Bella, mientras tanto, solo pensaba que Anthony debía enterarse de que su amigo había perdido la cordura.

* * *

Mis queridos lectores, nuestro apreciado vizconde ha retornado a las andanzas. En los últimos días, dicen las malas lenguas que lo han visto salir desnudo por la ventana de las casas de sus amantes. Es una verdadera pena para su prometida, lady C., quien está en boca de todo Londres gracias a su flamante pretendiente, a quien no parece importarle el buen nombre de su familia.

Pobre lady C., que deberá compartir a su esposo con la mitad de las mujeres de la ciudad.

Londres Dice, página 1.

Viktor arrugó el diario y respiró hondo.

—Debes detenerlo —aconsejó su esposa.

—Eso haré. De esta noche no pasará —afirmó.

William había regresado a los excesos y a las mujeres; su vida era un verdadero infierno. Se sentía traicionado por Caroline, y eso le dolía de manera tan profunda que no lograba identificar la raíz de ese dolor. El vacío era insoportable, la soledad, infinita; y las noches, interminables.

* * *

Durante la mañana, la niñera estaba arreglando la habitación de Caroline.

—Mi niña, ¿aún no te ha venido? Aquí están todavía las compresas que te preparé hace tiempo.

Caroline miró perdida a la empleada. Era verdad, su período debía haber llegado hacía dos semanas.

La respuesta era sencilla: se había metido en un aprieto y estaba embarazada del peor hombre que hubiera pisado la tierra. No podía rehusar casarse o, de lo contrario, su hijo viviría señalado por todos como un bastardo; eso no podía permitirlo. ¿Qué haría con un embarazo?

Capítulo 30

Nicholas había desayunado con el impresentable reportaje sobre William. No podía permitir que el buen nombre de su prima estuviera en boca de todos, por lo que había decidido terminar con ese compromiso ese mismo día.

La muchacha bajó con notable desánimo tras darse cuenta de que estaba embarazada de aquel desalmado.

—Caroline —la llamó Nicholas.

—¿Qué sucede? —preguntó sin ganas.

—He decidido romper tu compromiso con el vizconde.

—¿Por qué? —preguntó por curiosidad y con cierto alivio.

—Léelo —mandó su primo, que le entregó el artículo.

El alma de la joven se le cayó a los pies. Era cierto que la tendría viviendo un infierno; todos la señalarían al salir a la calle como la cornuda más grande de Inglaterra. Caroline se desmoronó sobre Nicholas para desahogar su pena.

—Muchas gracias, nos has salvado de la vergüenza —lo abrazó con fuerza.

—¿Por qué dices "nos"?

—Lo siento tanto, Nicholas —se disculpó sin explicar nada.

—¿Qué sucede? Cuéntamelo.

—Estoy embarazada de William.

Él quedó descolocado por completo. Le acaba de asegurar que no se casaría con él; no obstante, el hecho de que un vástago estuviera en camino le impediría anular el compromiso.

—¿Te das cuenta de que debes casarte con él? —preguntó en tono severo.

—No, por favor. Él me amenazó con hacerme infeliz y lo está cumpliendo; no sabes cuánto me duele esto que acabo de leer, si supieras cuánto lo amo…

—Caroline…

—No me obligues por favor —pidió llorosa—. Me enviará a Western, y de ahí no podré salir jamás. Me recluirá con mi hijo mientras él vive como desea, solo en Londres.

Estaba en verdad indignado, su prima no merecía ser tratada de ese modo, pero estaría manchada de por vida con un hijo fuera del matrimonio.

Nicholas se quedó callado durante unos minutos en tanto intentaba encontrar una solución al problema. Toda una vida de comportamientos inapropiados podría verse perdonada por lo que estaba a punto de asumir.

—Ya sé qué haremos —concluyó Nicholas mientras se tapaba el rostro con la mano.

—¿Qué? —preguntó esperanzada.

—Te casarás conmigo.

—¿Has perdido el juicio?

—No puedo dejar que tu nombre se hunda. Dentro de poco quedarás bajo mi responsabilidad.

—¿Y Henrietta?

Al mencionarla, el rostro de su primo se entristeció.

—Creo que podrá sobrevivir sin mí; y yo sin ella.

—No puedo aceptarlo, entiéndelo, estoy embarazada de otro. Tú necesitas tus propios herederos, Nicholas, mi hijo no tomará nada que no le corresponda.

—Podemos rezar para que sea una niña. O, ya que heredaré los títulos de vizconde y barón de Berkeley, se los daré a él.

—Eres demasiado generoso, pero no pienso aceptarlo —resolvió ella.

—No te queda otra opción. Mañana comunicaré a Henrietta mi decisión; también a William.

—No permitiré que sacrifiques tu felicidad y la de Henrietta por mi culpa. Debo lidiar con lo que hice yo misma.

—Ya lo he determinado, Caroline, no permitiré que nadie te señale. Ya hice demasiadas cosas malas en mi vida, ahora llegó el momento de hacer algo bueno por alguien que lo necesita, y ustedes requieren mi ayuda —argumentó él.

—¡No te atrevas a decirle nada a Henrietta, ustedes se aman! ¡Por favor, no lo hagas!

—Caroline…

—¡He dicho que no! —objetó antes de salir corriendo del comedor.

No sabía qué hacer, su primo se sacrificaría por ella, aniquilaría su propia felicidad y la de Henrietta por la reputación de ella y por un nombre para el hijo que esperaba.

¿Cómo había podido complicarse todo en tan poco tiempo? El día anterior ni siquiera sospechaba que estaba embarazada; sin embargo, en ese momento estaba segura, pues ella nunca tenía atrasos.

Se quedó en la habitación un buen rato para pensar qué hacer hasta que lo decidió. Buscó dinero. Tenía muy poco porque se lo había dado casi todo a Grace, pero se llevaría las joyas que William le había regalado y las vendería. Estaba decidida: se iría de la casa. No sabía a dónde, aunque sí tenía claro que sería lejos. Se puso a escribir una carta para Nicholas y, al terminarla, la colocó sobre la cama de él.

Se iba por él, para que no sacrificara su propia dicha; por William, para que volviera a ser el hombre que no podía amar; y por el bebé, que no tenía la culpa de ser un bastardo que jamás sería aceptado. Aún no sabía si lo criaría ella misma o lo daría a un orfanato para poder regresar junto a su padre. ¿Cuál sería la decisión correcta? ¿Dejarlo vivir en la vergüenza? ¿O quizá sería mejor que no naciera en un mundo donde solo le esperaban sufrimientos? Después de todo, la falta de amor creaba solo monstruos como William.

* * *

—Aquí está su ropa, milord —indicó Paul.

—Gracias. Esta noche visitaré a lady Eloise, que estará sola.

—Milord, es peligroso. Si su esposo se entera, lo mandará matar.

—No me importa —descartó sin prestarle atención a nada—. ¿El carruaje ya está afuera?

—Sí, lo espera.

—¿Esta noche no me acompañarás?

—Creo que ya estoy muy viejo para estar cuidándolo —objetó el mayordomo.

—No seas tonto, Paul.

—Es una pena que no siente cabeza. Tiene a la mujer que desea en sus narices y va a buscar en otras algo que no necesita.

William entornó los ojos en señal de “Me importa un rábano” y se encaramó al carro.

Al hacerlo, sin embargo, se dio cuenta de que no estaba solo e intentó bajar, pero un elegante bastón lo detuvo.

—Tanto tiempo, Willy. ¿Adónde crees que vas con tanta prisa? —preguntó una voz conocida.

—¿Viktor? —pronunció sorprendido.

—En efecto. ¿Qué nueva manera de hundirte tienes esta noche? —inquirió con voz calma.

—No entiendo. Es evidente que voy a ver a una mujer.

—Es una pena que no sea a tu prometida. Es una joven muy hermosa y de buena familia.

—Es una embustera mentirosa. Me tendió una asquerosa trampa. Yo caí, pero aún no ha empezado a pagarlo —reveló el vizconde.

—Estás siendo injusto; ella no merece la humillación que le provocas por todo Londres. A este paso, la perderás para siempre.

—Eso es lo que más deseo, que se desvanezca. ¿Quería un matrimonio? Entonces lo tendrá —musitó enojado—. Tendrá el matrimonio que yo le dije que no deseaba, uno en el que todos sufren.

—Se sufre solo cuando no hay amor, problema que estoy seguro de que con ella no padecerás. Ustedes están enamorados, y no intentes ocultarlo más, por eso estás llevando a cabo esta absurda venganza.

—¿Tú qué sabes sobre lo que siento? —se enfadó William—. Desapareciste durante tanto tiempo; pensé que habías muerto.

—No fue así, aunque sé que algunos desean mi muerte. Eso no quita que te conozca desde hace años. Tú amas a lady Caroline, jamás hiciste todo lo que has hecho para tenerla y, ahora que es tuya, lo echas a perder todo.

—¡Tú qué sabes! ¡No sabes nada!

—Lo sé todo. Aquí enfrente tienes al que eligió la mujer para ti, quien hizo que te comprometieras, el que lo planeó todo. No fue esa inocente a la que condenas, ella solo se enamoró de ti sin saber que formaba parte de mi juego. Y Robert se embelesó de verdad, pero, cuando los encontraron, maté dos pájaros de un tiro: dejé a Caroline solo para ti y a Robert fuera de esto. Lo hice porque ella es la mujer perfecta para ti, y no me preguntes como lo sé porque conoces mis misterios.

—No puedo creer lo que me dices —expresó pasmado.

—Me preocupa que termines muerto por un estúpido capricho, por testarudo. ¿Quién te ha dicho que tu matrimonio está condenado a la infelicidad? Solo porque tus padres no se amaban no significa que no puedas experimentar amor. Lo único que has hecho hasta ahora ha sido privarte de la mayor de las alegrías, la de entregar tu corazón a alguien.

—¿Tú lo has hecho?

—Tengo una adorable esposa, para que lo sepas.

William no podría creer que el fiero y aguerrido Viktor estuviera impartiendo enseñanzas sobre el amor. Era algo bastante impresionante, dado que siempre había sido tan lógico y racional.

—¿Cómo pudiste manipularnos a todos de este modo? —inquirió al pensar en todo lo que él mismo había hecho por creer culpable a Caroline y por la frustración que sentía ante el compromiso.

—Todo obedece a una buena causa: tu vida y felicidad.

—"Buena causa" —gruñó con una carcajada sin humor—. ¿Sabes lo que tu "buena causa" hizo con mis nervios? ¿Y también lo que le hice a Caroline? Estoy seguro de que jamás querrá volver a verme.

—Si te ama, te perdonará; no hay mucho más que decir.

William cerró los ojos y tiró la cabeza hacia atrás mientras repasaba todo lo que le había reclamado cuando la creía culpable. Incluso había estado a punto de tomarla contra su voluntad, en un acto irracional, animal, reprobable. Le había dicho tantas cosas horribles. No lo habían conmovido el sufrimiento ni la afirmación de inocencia de ella, ¿qué tipo de hombre era? Solo era un cobarde.

—Veo que ya lo comprendiste —observó Viktor antes de bajar del carruaje—. Ve y descansa, William, mañana será un día de redención.

El vizconde contempló cómo su amigo se iba caminando tranquilo, como si nada, luego de haberlos usado como títeres. Debería odiarlo con todo su ser, pero Viktor era una persona diferente al resto. Todos lo respetaban, era la cabeza del grupo, y sus decisiones siempre eran de fiar.

Esperaría a la mañana siguiente para presentarse ante Caroline y haría que el compromiso funcionara. Dejaría la absurda venganza e intentaría tener una vida dichosa a su lado. Después de todo, ella lo hacía feliz, solo que no se había dado cuenta hasta ese momento. Esperaba que ella pudiera perdonarlo.

* * *

Caroline se hizo unas trenzas y las recogió en un rodete antes de colocarse un vestido viejo muy sencillo. Ya tenía una pequeña bolsa con algo de ropa. Fue bajando con lentitud las escaleras hasta la cocina, donde agarró un poco de pan, queso, unas frutas y agua. No tenía un rumbo fijo, por lo tanto no sabía cuánto tardaría en encontrar algún lugar en el que establecerse.

Conocía las consecuencias de la imprudencia de lo que hacía, pero Nicholas no le había dejado opción. No estaba dispuesta a cargar de por vida con la amargura de un matrimonio sin amor. Salió de su casa por la madrugada y caminó hasta que encontró a una amable pareja en carreta que llevaba paja y algunas mercancías.

—Muchacha —llamó la mujer.

—Diga, señora —respondió Caroline.

—¿Adónde vas tan sola?

—He abandonado mi trabajo y estoy buscando uno nuevo —mintió.

—Nosotros vamos a Reading. ¿Quieres probar suerte allí, niña? —preguntó el hombre.

—¿Podrían llevarme?

—Claro. Sube y acomódate, pequeña. Duerme un poco; nos espera un camino muy largo —comentó la señora.

CAPÍTULO 31

Nicholas había regresado cansado de su último baile al lado de su querida Henrietta. Al día siguiente debería retirar su palabra de matrimonio y dársela a su necesitada prima. El ayuda de cámara le sacó las botas y lo desvistió, tras lo cual el caballero se tiró en la cama y cayó sobre un papel. Lo acercó a la luz y comenzó a leerlo.

Mi querido Nicholas:

Estoy profundamente agradecida por tu preocupación, pero jamás podría aceptar ser tu esposa. Ambos seríamos infelices debido a que amamos a otras personas. Henrietta y tú se adoran, no podría vivir con el peso de que tú la dejaras por mi causa, y ustedes no deben pagar por mis errores. Mi amor por William fue el mayor error de mi vida. Ahora hay un pobre inocente en camino, ya no soy solo yo, sino también este pequeño que está en mi vientre y con el cual no he decidido aún qué hacer. No quiero que se convierta en un monstruo como el vizconde, por eso creo que lo mejor sería que no llegara a nacer. Además, no soportaría verlo sufrir al verse señalado por la sociedad, con un padre ausente y una madre que no sabe si en el futuro podrá poner un pedazo de pan en su boca.

Decidí irme de Londres. Quizá regrese a la ciudad después de que decida qué hacer con mi bebé o tal vez no regrese nunca, dado que la vergüenza me perseguiría siempre por lo que hizo William: esa es otra cosa que no podría soportar. Tampoco te preocupes por mí, llevo algo de valor para vender y sobrevivir con ello un buen tiempo hasta poder dedicarme a algo.

Si mi padre pregunta por mí, dile que por fin descubrí mi vocación y que me fui a un convento. No sé si llegará a creerte, pero no quiero que sepa que soy la vergüenza de los Berkeley y que todos los recursos y el tiempo dedicados para que yo me convirtiera en una dama no sirvieron de nada.

Gracias por haberte preocupado por mí. Eres como un hermano, Nicholas.

Te quiere,

Caroline

"No, esto no está ocurriendo", pensó Nicholas. Corrió hacia el cuarto de Caroline, abrió la puerta y descubrió que la cama estaba hecha. Revisó las pertenencias de la joven: todo estaba allí, menos ella. ¿Se habría ido con lo que tenía puesto? Debía buscarla. Estaba sin dinero, sola y embarazada; no pensaba permitir que nada malo le sucediera. Nunca había imaginado que tendría que cuidar a su prima de hombres como él mismo. Por fin sabía cómo se sentía ser el hermano burlado por el libertino.

* * *

Durante la mañana, William se preparó para salir. Pasaría por una joyería y le llevaría a Caroline el merecido anillo de compromiso que le debía. Si quería que lo perdonara, tenía que empezar a hacer mérito.

Después de la compra, fue a tocar la puerta de la casa de Caroline y encontró a la niñera llorando.

—Disculpe, ¿podría hablar con lady Battler? —preguntó él en tono educado.

—Ella no se encuentra —respondió mientras se sorbía los mocos sin mucha fineza—. El que está es lord Nicholas.

—Entonces voy a hablar con él.

Nicholas estaba coordinando a los lacayos para dividirse y buscar a lady Caroline, de la cual no se sabía el paradero. Se había pasado toda la noche siguiéndole el rastro.

—Buen día, Nicholas —saludó William, que interrumpió la reunión.

El futuro vizconde y barón se dio vuelta al escuchar la voz de quien había sido su amigo.

—Retírense —ordenó a los otros hombres.

Los empleados fueron abandonando la estancia con rapidez.

—Olvidé comunicarte que tu compromiso con Caroline está anulado, así que no tienes obligación de venir aquí —informó en tono despectivo.

—¿Cómo que anulado? —preguntó sorprendido.

—¿Piensas que iba a dejar que te burlaras de ella en sus narices? Estás muy equivocado. Ella misma estuvo de acuerdo en librarse del convenio. La pobre no ha dejado de llorar desde que supo que era tu prometida.

—Yo lo siento, hubo un mal entendido entre ella y yo; ya no volveré a buscar a ninguna mujer.

—Es muy tarde para eso. La encuentre o no, ella ya no se casará contigo.

—¿Cómo que si la encuentras? ¿Adónde fue?

—Huyó durante la noche. Después de que le comunique la feliz noticia de que la libraría de ti, ella me dio otra no tan dichosa.

—¿Qué noticia? —inquirió el vizconde.

—Que espera un bastardo tuyo, mi querido William. Aún hay más: para ahorrarle la vergüenza de ser una madre soltera, le propuse matrimonio, a lo que ella se negó porque no quería que cargara con la responsabilidad del hijo de otro.

William estaba perdido por completo. Caroline estaba esperando un hijo de él, y su primo le había propuesto matrimonio para que ella no tuviera que casarse con él.

—¡Vamos, William, habla! Pero, para que lo entiendas mejor —dijo al arrojarle la carta que Caroline había dejado—, no quiere tener a tu hijo. Fue a deshacerse de él —indicó sin piedad.

No creía lo que leía, el sufrimiento que le había causado a aquella joven. Ella lo amaba y estaba desesperada. Siguió con los ojos la letra de Caroline hasta encontrar la palabra “monstruo” y luego la parte en la que evaluaba la idea de que el niño en camino no llegara a nacer. Él era un monstruo, pero su hijo no lo sería, debía evitar que les sucediera algo a ambos.

—¡Felicidades! Caroline no te molestará con el bastardo. Vamos, vete y sigue disfrutando de los grandes placeres de la vida mientras a mi prima y a tu hijo les esperan la desesperación y la muerte solos.

—¡Yo los buscaré y los traeré de vuelta conmigo, empezaremos de nuevo! —declaró William, que trataba de convencerse de que Caroline lo perdonaría por haberla tratado de manera tan injusta.

—Si vas a enviarla a Western con tu hijo para abandonarla y quedarte de juerga aquí, mejor sería que te ahorres cualquier tipo de intento o pensamiento siquiera de buscarla. No permitiré que la tengas como una prisionera.

Ahí iban las palabras que el propio William había pronunciado, parecían caer como ladrillos sobre su cabeza. ¿En qué pensaba al decir tantas estupideces juntas? Se trataba de la mujer de su vida, llenaba cada vacío que él tenía, y en ese momento estaba sola y desorientada por culpa de él.

—¿Cuántas veces te dije que te alejaras de ella? Quise evitarle el sufrimiento de enamorarse sin ser correspondida, pero salió todo mal. Si tan solo se hubiera enamorado, estaría bien, pero además está embarazada. Tú, que eras tan meticuloso, tuviste que descuidarte con la joven equivocada… Dieciocho años y soltera.

¿Enamorarse sin ser correspondida? Él no se había enamorado jamás de nadie, al igual que nunca había sentido todo lo que Caroline, con una sonrisa, le hacía experimentar. El espíritu de aquella muchacha se volvía contagioso. ¡Demonios, estaba enamorado de lady Locura! Y era posible que a la única persona en el mundo a quien amaba y que lo amaba estuviera en peligro. Había sido un completo tonto.

—Yo sí estoy enamorado de tu prima. Siento remordimiento por haberla avergonzado, pero no me arrepiento de haberla conocido ni de haberme involucrado con ella, ya que eso me llevó a darme cuenta de que alguien podía amarme y de que también yo podía amar. Es difícil aceptar esto, no quería hacerlo, me negaba a reconocer este sentimiento desconocido que ahora se ha transformado en angustia y miedo de perderla —confesó.

—Entonces, si en verdad la amas, búscala, pero no conmigo, porque no te soporto. Yo iré con los lacayos.

—Si es lo que quieres —afirmó antes de dirigirse a la puerta—. La traeré para que podamos casarnos.

Salió de la casa sin saber por dónde empezar. Primero pensó en Viktor, pero ¿dónde lo encontraría? Entonces decidió ir a buscar a Clay, Ernest y Anthony para que lo ayudaran.

Al llegar a la casa de Clay, pidió al cochero que buscara a los otros dos caballeros.

—¿A qué se debe que tu flamante figura se presente en mi casa, Willy? No tengo faldas —interrogó con una indirecta bastante obvia sobre el inaceptable comportamiento del vizconde.

—No he venido a jugar, Clay. Esperemos a los otros.

—¿Ahora resulta que ya te adueñaste también de mi casa e invitas gente sin mi consentimiento?

—¿Por qué eres tan pesado? Solo serán Ernest y Anthony.

—Por lo menos no usan vestidos. Será agradable.

Media hora después, los cuatro se encontraban reunidos en el despacho del dueño de casa.

—Les pedí a todos que vinieran porque necesito que me ayuden a buscar a Caroline.

—Su casa está a menos de diez minutos de aquí, ¿para esto nos mandaste llamar? —se burló Ernest.

—Es evidente que no está en su casa. Se fue, ¿no es cierto? —preguntó Anthony.

—Huyó por mi culpa.

—Yo también huiría de la vergüenza de que mi prometido no tuviera un ápice de respeto hacia mi persona y, gracias a él, anduviera en boca de todo Londres —opinó Clay.

—Lo sé, lo sé… Estoy arrepentido. Por favor, necesito de ustedes, ella está embarazada.

Ernest, que estaba tomando una copa de licor, escupió el contenido hacia William, que estaba enfrente.

—¡Lo siento! —se excusó—. No puede ser, tú que eras tan cuidadoso.

—No es una broma, Ernest, la situación es de vida o muerte literalmente porque quiere deshacerse de mi hijo. Debemos buscarla, traerla de regreso para poder casarnos, quiero casarme con ella.

—¿Por qué habríamos de ayudarte? —cuestionó Anthony—. Es mejor que desaparezca con el niño, tú estás muy feliz aquí, con el puesto del libertino más famoso de Londres. ¿Ahora dices que quieres casarte? Tal vez, ese licor que Ernest te escupió en la cara te haya emborrachado…

—Sí quiero estar con ella. Y lo otro, lo de ser el libertino más famoso de Londres, lo hacía por tonto, por una ridícula venganza.

—Yo te ayudaré —aseguró Clay.

—Gracias.

—Puedes contar con nosotros —aceptó Ernest por Anthony al ver la desesperación de su amigo.

—En verdad se los agradezco.

Los cuatro hombres juntaron sus cosas e iniciaron la búsqueda. Anthony le había comunicado a Viktor sobre la desaparición de Caroline, quien se lo contó a su esposa.

—¡Oh, Caroline! —se lamentó la dama—. Debemos encontrarla antes de que le haga honores a su apelativo y cometa una imperdonable locura.

—Vamos a buscarla también, no te preocupes. —Él la abrazó para consolarla—. Estará bien.

—Qué impotencia no poder salir a buscarla.

—No te desesperes, ella reaccionará a tiempo, lo sé.

CAPÍTULO 32

—¿Cómo que huyó? —preguntó Prudence en un ataque de llanto.

—Vamos, Timidez, debemos hacer algo —pronunció Grace.

—¿Y qué haremos? ¿Salir a buscarla nosotras? Mis padres no me dejarán —alegó Prudence.

—Mi hermano se está encargando, solo debemos esperar a que ellos regresen con alguna noticia —comentó Bella.

—¡Moriremos de angustia por ella! ¿Y si algo le sucedió? —decía preocupada Prudence.

—¡Basta! No me desesperes, que apenas puedo mantener la calma —la regañó Grace.

—Lo único que nos queda por hacer es rezar por ella —expuso Prudence.

—Háganlo ustedes, yo saldré a ver si puedo averiguar algo. No pudo haberse ido muy lejos porque ¡me dio todo su dinero! Está sola y sin un penique por mi culpa —recordó Engaño, y se echó a llorar también.

—¡Basta! No podemos caer todas, calma. Ellos la encontrarán, y esperemos que sea pronto.

* * *

—Niña, levántate, hemos llegado a un pueblo. Mi esposo y yo venderemos algunas cosas y luego continuaremos nuestro camino. Nos iremos por la tarde.

—Oh, gracias —pronunció Caroline mientras intentaba incorporarse de la carreta llena de paja.

Había dormido bastante y se sentía fuerte, pero con el estómago muy revuelto.

—Ve a comer algo. ¿Tienes dinero? —preguntó la mujer.

—Sí, tengo un poco.

—Toma —dijo la señora al entregarle unas monedas.

—Pero si yo tengo.

—No quiero que gastes lo poco que traes.

Caroline la miró con agradecimiento tras aceptar el obsequio. Aquellos dos extraños eran muy amables y trabajadores.

Caminó por el pueblo hasta encontrar una pequeña panadería. Allí se quedó un tanto atontada con los ojos brillantes por la comida que tanto quería.

—Jovencita, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó la mujer de la panadería.

—Quisiera uno de esos, por favor —pidió al tiempo que le daba las monedas.

—Aquí tienes —le sonrió la mujer.

Caroline lo devoró gozosa, con cada mordida se fueron calmando sus náuseas. No quería comerse ni el pan ni el queso que llevaba con ella, pues le provocaban asco y suponía que al bebé no le gustarían.

Aún no había pensado en qué hacer con él, pero, en caso de que no quisiera tenerlo, necesitaba saber dónde podría encontrar a alguien que se encargara del problema.

En ese pueblo nadie la conocía, así que nadie podría juzgarla.

—Señora —dijo Caroline para llamar la atención de la mujer que atendía la panadería—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Diga usted.

—¿Hay algún convento por aquí?

—¿Quieres ser monja? Pero si eres muy bonita. Hay un orfanato en Reading, las hermanitas se encargan de él —le señaló el vientre perspicaz.

—¿Un orfanato? —preguntó; en su mente contempló la idea de dejar al bebé allí.

—Sí. En realidad funciona como ambos, convento y orfanato. Ellas cuidan de todos los angelitos abandonados.

¿Cuántos niños podría haber allí? ¿Sería posible que su hijo formara parte de uno de ellos? Imaginó a su pequeño, triste y abandonado en un rincón, sin el amor de su madre ni el de su padre. No podía hacer eso. Traerlo al mundo para sufrir era injusto.

—Tengo otra pregunta…

—¿Cuál?

—¿Usted conoce a alguna persona que pueda ayudar a alguien que está embarazada y no quiere tener a su bebé? —consultó con vergüenza. Sabía que eso no estaba bien, pero ¿qué opción tenía?

—No conozco a nadie —respondió la señora—, pero quizás las mujeres de *madame* Chatery te podrían ayudar. Son prostitutas; tal vez más de una haya probado algo así.

Caroline agradeció la hospitalidad y salió de allí sin dejar de reflexionar sobre la idea de visitar a esas mujeres de mala vida que le había nombrado la panadera. No perdía nada con ir ahí y preguntar.

Caminó unas cuadras hasta hallar el prostíbulo del pueblo y tocó la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó una mujer hermosa pero vulgar—. ¿Vienes a buscar trabajo? —dijo en tanto la observaba de pies a cabeza.

—No, señorita, solo quiero hacerle una pregunta un poco indiscreta.

—Entra.

La mujer la arrastró dentro del burdel.

—Soy Rose; ella es Margaret; aquella de allá, Tina —las presentó.

—Mucho gusto, señoritas. Quería preguntarles algo, si no es mucha molestia.

—¡Siéntate! —ordenó Margaret—. Qué bonito cabello y qué piel más suave.

—Gracias. —Sonrió nerviosa Caroline.

—Dinos, ¿qué te trae aquí? —increpó Rose.

—Quería saber dónde puedo deshacerme de un niño por nacer…

Las tres jóvenes se miraron y luego la observaron.

—Solo Tina lo ha hecho alguna vez —le explicó Rose.

Caroline la miró, y la joven se acercó a ella.

—¿Quieres sacártelo? ¿De cuánto tiempo estás?

—Creo que casi un mes.

—Entonces lo tuyo será muy fácil. Te daré la dirección de la mujer en Reading.

Tina le dijo a dónde debía ir. Caroline lo memorizó todo, pero no pudo evitar preguntarse por qué aquella mujer había tenido que abortar.

—¿Por qué lo hizo? —consultó avergonzada Caroline.

—Mira a tu alrededor, ¿crees que tengo algo que ofrecerle? Soy una prostituta, mi cuerpo es mi herramienta de trabajo. Si no trabajo, no como; mucho menos comería un niño. Dejarlo en el orfanato sería demasiado horrible para alguien que nunca pidió venir al mundo.

—Siento tanto haberme inmiscuido…

—Si ya no tienes nada más que preguntar, vete —la cortó Tina, que se dirigió al lugar donde estaba antes para continuar cosiendo el vestido que usaría esa noche.

Caroline se levantó y se despidió de ellas. Tina ni siquiera la miró. Había cierta tristeza y una gran amargura en el rostro de esa mujer, y Caroline juraba haber notado que contenía las lágrimas. Lo que le había contado no había hecho más que acrecentar el miedo de la joven a tener sola a su hijo. Pronto cayó la tarde, y debían continuar el camino a Reading para llegar antes de que oscureciera.

Caroline estaba aún más confundida que antes. ¿Qué haría? ¿A qué se dedicaría si iba a tener su bebé? Ella era rica, no tenía necesidad de trabajar, pero no podía retornar a Londres ni pedirle dinero a su padre, menos a Nicholas, que insistiría en salvarla.

—¿En qué piensas? Dinos cuál es tu nombre —increpó la mujer que la había llevado hasta allí.

—Mi nombre es Caroline. Pienso en qué clase de nuevo trabajo podré conseguir —mintió.

—Yo soy Martha, y él, Claude, mi esposo.

—Es un gusto. Qué extraño, estuvimos casi un día de viaje sin saber nada de cada quien.

—¿Eras doncella de una jovencita? —le preguntó el hombre.

—Sí, pero decidí irme, ya no me sentía cómoda —volvió a mentir.

—¿Era muy mala?

—No. Fue por un hombre —respondió con un sonrojo.

—¡No me digas que tú patrón intentó abusar de ti! —exclamó Martha indignada.

La voz interior de Caroline insistía con que mintiera. En breve se convertiría en la nueva Engaño.

—Sí…

—¡Oh, que lo parta un rayo! —maldijo el hombre—. Pobre de ti, con razón escapaste.

—Sí, ojalá lo partiera un rayo —repitió la dama con resentimiento.

William era un desgraciado, pero lo odiaba y lo amaba al mismo tiempo. ¿Cómo podían vivir dos sentimientos tan distintos dentro de ella?

Tras unas leguas más, se quedó dormida. El cansancio del viaje, sumado a sus propios pensamientos, le robaban fuerzas. ¿Qué estaría haciendo William? De seguro estaba preparándose para ir con una de sus amantes.

* * *

—Nada. —Golpeó el escritorio con frustración.

—Así no la encontraremos. Debió haber salido de Londres —intuyó Anthony.

—¡Pero cómo! Sin recursos, no puede ir lejos —alegó William.

—¿Y si tuvo ayuda? —aventuró Clay.

—¿De quién?

—De su prometido de unos minutos, Robert —sugirió Ernest

—No; él se fue de la ciudad, ya fui a buscarlo. ¿Qué lugares tenemos cerca de aquí?

—Son demasiados —aseguró Anthony.

—Buscamos cada uno en una ciudad. Es mejor que nos separemos, abarcaremos más de esa manera —sugirió William.

—Tienes razón, Willy —apoyó Clay.

Se separarían para ir cada uno en una dirección diferente. Debían encontrarla pronto, no había tiempo que perder, puesto que, si ella seguía pensando que él era un desgraciado, acabaría con el hijo de ambos. William no creía posible que imaginarse como padre podría causarle algún tipo de emoción, pero la primera que empezaba a conocer era el miedo.

—No hará nada estúpido —afirmó Viktor, que apareció después que todos se fueran—. También tengo gente en su búsqueda.

—No sé quién es más culpable, si tú por habérmela metido hasta en los sueños o yo por haberme encaprichado en tenerla.

—Yo no te obligué, tú la elegiste entre todas las mujeres que estaban en esa fiesta, y las amigas de ella hicieron el resto al hablarle de ti. Anthony hizo su parte también para que dieras el primer paso —explicó Viktor con una sonrisa.

William recordó todos esos momentos, lo tonto que había sido al pensar que ella era una libertina, y una sonrisa se formó en su rostro.

—Creo que ese día me enamoré de ella para siempre —aceptó con cierto aire de tristeza.

* * *

Había llegado donde le había indicado Tina, estaba frente a la cabaña de la mujer. Había tomado la decisión de deshacerse del pequeño, era lo mejor para él, para ella misma y para William, ya que podría regresar a su hogar y empezar de nuevo.

Tocó la puerta de la humilde morada, y una anciana mujer le abrió.

—Sé a lo que viene, pase —la invitó—. La ayudaré a deshacerse del pequeño bastardo —aseguró.

Caroline entró al lugar y observó todo a su alrededor. Era un ambiente tenebroso, repleto de pequeños fetos humanos y animales en frascos. ¿Adónde había ido a parar?

—No tenga miedo, siéntese aquí —indicó la mujer que le mostraba una cama.

Ella obedeció y la miró con curiosidad cuando le ofreció una taza que parecía contener té.

—Tómeselo todo, niña, y sus problemas terminarán. Es muy pequeño, así que no hace falta que usemos nada, con esto bastará.

Agarró la taza, la miró y pensó en todo lo que había sucedido desde que se había enamorado de William. Estaba en sus propias manos empezar su vida de nuevo, hacer las cosas bien.

—Gracias —pronunció Caroline antes de beber el contenido de la taza.

—Ahora acuéstese y cierre los ojos. Una vez que los abra, su vida volverá a ser suya.

Ella así lo hizo y se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO 33

—Despierta, Caroline —la movía Martha—, ya estamos en Reading. Hemos pedido dos habitaciones en esta posada.

Caroline despertó asustada y se tocó el vientre. Había tenido un terrible sueño.

—¿Te duele algo? —investigó Martha al verla sobresaltada—. Ve a descansar.

—Estoy bien —indicó con una sonrisa nerviosa.

Entró a la posada, donde le mostraron su habitación, y se encerró a llorar. No mataría a su hijo, se había convencido de manera definitiva. ¿Cómo iba a deshacerse del bebé del hombre al que amaba? Ni el desprecio que sentía por William era suficiente para llegar a eso. Al día siguiente, iría al orfanato para ver si podían darle asilo o convertirla en religiosa. De cierta manera la pesadilla que la había perseguido de toda la vida sería el único modo de sobrevivir junto a su hijo. En todo lo que quedó del día, intentó dormirse, pero tenía miedo de que, al hacerlo, retornara esa horrible visión. No quería pensar en la idea de perder a su pequeño. Aunque no sabía cómo ni qué era, sentía mucho amor por él.

Un nuevo sol alumbró la posada, y la joven dama bajó a desayunar junto al matrimonio que la había ayudado, quienes mantenían una plácida conversación sentados a la mesa.

—¡Buen día, Caroline! —la saludó el hombre con algarabía.

—Señor Claude, Martha, ¿cómo están? —preguntó amable.

—Mejor que tú al menos. Tienes unas ojeras terribles, niña.

—No pasé muy buena noche —se excusó.

—¿Y qué harás hoy? —curioseó Claude.

—Ir al convento.

—¿Al convento?

—Creo tener vocación religiosa —alegó sin dar crédito ella misma a esa mentira.

—No lo sé… —dudó Martha.

—Es así. Y si no me aceptan como monja, podría trabajar para ellas. Sé que cuidan niños.

—Pero ellas no tendrán con qué pagarte —expuso Claude.

—No hace falta que me paguen, con que me den techo y comida será suficiente.

—Entonces inténtalo, quizás les caigas bien —la animó Martha.

—Eso espero.

* * *

—¡Es la sexta vez que nos detenemos, William! —refunfuñó Clay al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Siento náuseas —expresó antes de vomitar.

—Es evidente que comiste algo que te cayó mal.

—¡Te digo que no! Ni siquiera he bebido lo suficiente para imaginar que puede ser por eso.

—Tal vez sean las náuseas del embarazo, milord —tanteó Paul.

—No seas ridículo —acusó William—, en ese caso ella tendría que haberme embarazado a mí, en vez de yo a ella.

Clay sonreía mientras trataba de contener las carcajadas ante semejante estupidez.

—Lo cierto es, milord, que algunos hombres comparten los síntomas de sus mujeres embarazadas.

—Paul —pronunció Clay—, creo que la edad te está afectando. William debe de haberse intoxicado con algo, es evidente.

—Estoy seguro de que son síntomas de embarazo —volvió a discutir el ayuda de cámara.

—¡Que no! Nadie siquiera sabe qué me duele —objetaba William en tanto subía de nuevo al carruaje—. Dos días de infructuosa búsqueda es lo que tiene nervioso a mi estómago. Se me acaba el tiempo, y ustedes no ayudan a que me calme.

* * *

Todos los amigos de William buscaban a Caroline, que había desaparecido sin dejar rastro.

Según las teorías barajadas, no podía haber ido lejos sin la colaboración de alguien, pero ¿quién la estaría ayudando? Ni siquiera Viktor había podido dar con ella por más que lo hubiera intentado de mil modos.

—¿Aún no? —preguntó su esposa.

—No, querida, creo que está muy lejos, pero en cualquier momento conseguiremos una pista —la tranquilizó con una sonrisa—. No te agobies, no le sucederá nada.

—¿Y si hicimos todo mal? ¿Si la presionamos más de lo que podía soportar?

—Sabíamos cómo iba a ser este juego y que tenía sus riesgos. Sabes que el destino cambia de acuerdo a los acontecimientos que pueden desviarlo, y Caroline era el único medio de salvar a William de su funesto futuro. Lo hicimos justo a tiempo.

—Pero aún no estamos seguros que haya funcionado, ¿o sí?

—¿Confías en mí? —preguntó el caballero con complicidad.

—Confío en ti más que en nadie en este mundo, Viktor —aseguró ella, y lo besó con ternura.

* * *

Estaba ya frente al enorme convento, desde donde se escuchaban las voces y llantos de los niños pequeños tras las rejas. Caroline, muy nerviosa, tocó la campana y, después de unos minutos, una religiosa salió a recibirla.

—Buen día, jovencita, ¿qué se le ofrece?

—Quería saber si podía convertirme en monja —explicó avergonzada.

—Pase, niña, aquí lo que necesitamos son manos. Gracias a Dios que llegó. Soy la hermana Jules, la llevaré con la superiora para que la pueda observar, ella es muy carismática —le dio la bienvenida sonriente.

—Gracias —devolvió el gesto Caroline.

A medida que se iban adentrando al convento, podía ver a algunas monjitas con pequeños bebés en brazos y a otras que corrían detrás de los infantes.

—Pase por aquí, por favor. ¿Cuál es su nombre?

—Caroline —respondió distraída en tanto miraba a su alrededor.

—Que no le sorprenda que necesitemos ayuda, pues cada día llegan más criaturas.

"Eso no era bueno", meditó Caroline, ya que ella llevaba uno más. La hermana Jules tocó la puerta de un despacho y escuchó la aprobación del otro lado.

—Disculpe, abadesa, pero aquí hay una jovencita que asegura tener vocación religiosa.

—Hazla pasar —respondió seria.

—Venga, pase —indicó Jules.

La muchacha entró al despacho con la cabeza gacha.

—¿Qué la trae por aquí?

—Quisiera saber si puedo ordenarme —expuso Caroline.

—¿Siente que tiene una vocación de servicio?

—No lo sé, pero quisiera averiguarlo.

—Tiene todos los indicios de estar huyendo de algo o de alguien —sospechó la religiosa.

—No estoy huyendo; quiero empezar una nueva vida y, si no puedo formar parte de su convento, al menos quisiera ayudarlas aquí por un plato de comida y una cama donde dormir —pidió sonrojada.

—Nunca desamparamos a un alma necesitada —le aseguró con una sonrisa la religiosa para calmar a la nerviosa joven—. Tenemos cincuenta niños y solo somos cinco, además de que los bebés necesitan mayor atención. La mayoría son hijos bastardos de nobles con sus amantes o prostitutas, y sus padres son los únicos que mantienen este lugar para acallar su conciencia. No ofrecemos dinero, pero sí vamos a darle comida y un techo.

—Entonces, ¿podré quedarme? —preguntó emocionada.

—Lo hará hasta que usted lo desee. Mientras tanto, tendrá que usar un hábito de novicia. Jules le puede dar uno.

—Muchas gracias, abadesa.

—Dime hermana Clarence —dijo sonriente.

Lo había conseguido, tenían donde quedarse al menos durante un tiempo, hasta que su cuerpo dejara ver que se había tragado una sandía.

—¿Cómo se llama?

—Caroline.

—Empezarás con los bebés, Caroline.

¡Oh, Dios, con los bebés! Había ido a parar al lugar perfecto para aprender sobre niños.

—Me parece excelente.

—¡Hermana Jules! —llamó Clarence.

—Dígame, madre. —Entró con una sonrisa.

—Lleva a la hermana Caroline a su celda, proporciónale un hábito de novicia y enséñale el área de bebés.

—Será un placer —aceptó muy feliz antes de agarrar del brazo a Caroline y subir por las escaleras de piedra que conducían a las celdas de las hermanas.

—Estará conmigo, yo le mostraré todo, no tendrá que preocuparse por nada.

—Eso es bastante reconfortante —agradeció Caroline, que hacía tiempo que no estaba contenta. Su espíritu de locura estaba profundamente dormido.

—Esta será su habitación, y estas son sus vestiduras.

—¿Cómo me coloco eso por la cabeza?

—Yo la ayudaré —se ofreció Jules.

La hermana Jules era la mujer más extraña que había visto en su vida, todo la ponía contenta, lo cual era bastante curioso. Caroline sintió deseos de ser como ella.

Después de una hora entre acomodarse y vestirse, fue al área de los bebés.

Había ocho recién nacidos. Todos eran tan bonitos que Caroline no sabía por dónde empezar.

—Está haciendo frío aquí —percibió la muchacha.

—Tiene razón, iré a buscar carbón y algunos leños, los pequeños necesitan estar calentitos —afirmó Jules con una sonrisa, y salió.

Mientras tanto, la recién llegada se acercó a la pequeña cuna donde descansaba un bebé de cabellos negros que dormía con profundidad y pensó otra vez en su hijo en camino. Miró a su alrededor y vio que el frío y la soledad la esperarían si lo dejaba ahí. Todos aquellos inocentes necesitaban a sus madres, pero no habían sido queridos por ellas. La joven se tocó vientre.

—Yo jamás te abandonaré, eres lo más importante para mí.

La abadesa, que sospechaba del embarazo de Caroline, la observaba. Sabía que necesitaba ayuda, y ellas se la proporcionarían.

Después de tres semanas, el matrimonio de Claude y Martha pasó a despedirse de ella en el convento. Regresarían a Londres al día siguiente y querían saber cómo estaba. La vieron bastante bien, por lo que pudieron dejar de preocuparse por ella.

* * *

William no había detenido la búsqueda, aunque parecía que la tierra se la había tragado porque no aparecía por ningún lado. Pueblos, aldeas y ciudades aledañas a Londres habían sido recorridos sin ningún resultado. Las náuseas y mareos del vizconde habían empeorado, por lo que había decidido quedarse en casa hasta que se le pasaran.

—Milord, no tiene buen semblante.

—Es porque no me siento bien.

—Quisiera ver la cara del conde para decirle que usted está embarazado —comentó Paul, sin olvidar la discusión con el conde de Devon.

—Sigo pensando que es ridículo, pero continúa, que por lo menos logras sacarme una sonrisa.

Un lacayo interrumpió la conversación con Paul para darle una pequeña esquela.

—¿Quién la trajo?

—Un mensajero que no dijo de parte de quién era.

Abrió la nota y la leyó con lentitud: “Ella está en Reading. Viktor”.

—¡Paul! —exclamó William al tiempo que arrojaba al piso las frazadas que tenía encima—, ve a buscar a lord Nicholas: Caroline está en Reading. Ordena que preparen todas las cosas, iremos a traer a mi prometida hoy mismo.

Capítulo 34

William estaba emocionado, por fin aparecía una oportunidad; por otro lado, si Paul, por alguna extraña razón en el mundo, tenía razón en cuanto a que el vizconde estaba “embarazado”, eso significaba que ella no le había hecho nada a su hijo todavía.

Nicholas llegó a la casa de William.

—¿Para qué me mandas llamar? —preguntó enojado.

—Caroline está en Reading.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé de buena fuente —aseguró con una sonrisa lobuna.

—Iré contigo.

—Perfecto.

—Pero no significa que vaya a permitir que te cases con ella —advirtió Nicholas.

—¡Por favor, Nicholas, ya deja eso!

—No sé si pueda perdonarte por la vergüenza que has hecho pasar a mi prima. Ahora todo Londres habla de que es probable que se haya ido lejos por tu irresponsable proceder.

—En cierta manera es verdad, pero, por favor, no me condenes.

—Déjame pensarlo. Pero no perdamos más tiempo, salgamos cuanto antes.

Nicholas y William partieron en caravana. Irían a buscarla. Sin duda alguna, la llevarían de regreso a Londres.

* * *

—¡Taloline… Taloline! —la llamaba uno de los pequeños mientras iba corriendo hacia ella.

—¿Qué sucede, Charles? —preguntó con cariño.

—Hermana Jul llora —explicó como pudo el niño.

—¿Cómo que está llorando? —se exaltó Caroline—. ¿Dónde está?

El pequeño de tres añitos la llevó hasta donde se encontraba la monja.

—Jules, ¿qué sucede? —indagó Caroline, preocupada.

—Me asaltaron y se llevaron todo lo que teníamos para el mes. No tendremos nada para darle a los pequeños —se lamentó sin poder cesar de sollozar.

La abadesa también se entristeció. Jules había ido a buscar las mensualidades de algunos nobles y otras donaciones para el orfanato, pero, en el camino tres hombres armados la habían interceptado y se habían llevado todo.

—¿Ahora qué haremos? —consultó la abadesa.

Caroline estaba decidida, tenía las esmeraldas que William le había dado e iría a venderlas.

—¿Tiene un arma, abadesa? —inquirió Caroline.

La mujer hizo la señal de la cruz.

—Sí, la tenemos.

—Entonces démela.

—No irás a asaltar a nadie con ella, ¿verdad, Caroline? —preguntó asustada.

—¡Claro que no, madre! La necesito como protección. Iré a vender algo y no quiero que me asalten.

—Está bien; vamos a mi despacho.

La muchacha acompañó a la superiora, que le entregó el revólver y la miró con curiosidad.

—¿Qué vas a vender, Caroline?

—Unas esmeraldas.

—¿Las robaste? —acusó reprobatoria.

—No, me las dio el peor hombre del mundo. Las guardaba para una emergencia; esta situación sin duda es una. Que esas joyas ostentosas sean útiles para algo.

La abadesa asintió y dejó ir a Caroline, quien, al llegar a su celda, miró las joyas y no pudo evitar recordar a William y lo feliz que debía de ser con sus amantes mientras ella y su hijo por venir luchaban por sobrevivir.

* * *

La caravana iba rápido, pero William ordenó que aceleraran el paso. Por el camino encontraron a una pareja de mercaderes que iban rumbo a Londres.

—Buen día, caballeros —saludó amable el señor Claude.

—Buen día —respondió William— ¿Podrían decirme si ya estamos cerca de Reading?

—Sí, les falta poco.

Nicholas asomó la cabeza por la ventana del carruaje.

—De casualidad, ¿no habrán visto a una jovencita rubia de ojos verdes?

—¿Cómo se llama? —indagó Martha con desconfianza.

—Caroline —respondió el primo de la dama.

Claude y Martha se miraron, pero no respondieron. William se dio cuenta de que la conocían.

—¿La vieron? ¿Dónde está?

—No le diremos nada —declaró Martha.

—Ella huyó de su casa. Yo soy su prometido; la estoy buscando.

—Sabía que esa jovencita tenía algo raro —comentó Claude.

—Por favor, díganos su paradero —insistió William.

—Está en Reading. Nosotros la llevamos hasta ahí desde Londres, donde la encontramos de madrugada mientras vagaba por las calles.

—¿Pero ella está bien? ¿No les habló del bebé? —increpó preocupado el vizconde.

—¡Dios, un bebé! No nos dijo que estaba embarazada, pero, por el estado en que se encuentra, milord, le diremos dónde está —decidió por fin Martha—. Fue al convento.

“¿En el convento?”, pensó Nicholas. Era el lugar que ella más odiaba en el mundo, por lo que nunca se le había pasado por la cabeza buscarla ahí.

—¿Un convento? —repitió confundido William.

—Es una novicia, aún no se ha ordenado. Y si está embarazada, menos lo será —razonó Claude.

—Muchas gracias, señores, ya no les haremos perder el tiempo —se despidió William—. Gracias por su ayuda.

Enseguida dejaron atrás a la pareja. No podía creer que lady Locura estuviera en un convento. Eso no podía ser cierto, ella moriría en un lugar tan aburrido como ese.

* * *

Caroline, con mucho temor, llevaba las preciosas esmeraldas a un joyero para que se las comprara.

—Son reales y de excelente calidad —afirmó el señor.

—Sí, y son muy caras —agregó ella, aunque en realidad desconocía su valor. Al parecer William no había sido tan tacaño.

—No las habrá robado, ¿verdad, hermana?

—Para su información, señor, soy una joven de cuna noble que decidió ser monja, no tengo por qué robar —respondió indignada.

—Entonces le daré un precio justo por ellas.

—Las usé una sola vez. Sea generoso, el dinero es para el orfanato.

—Está bien —aceptó el hombre.

Tras vender las joyas a buen precio, la joven fue a dejar el dinero a modo de adelanto en cada comercio que proveía al orfanato y se quedó con una parte para reservarla en caso de emergencias.

Iba caminando con rapidez cuando se dio cuenta de que la seguían a caballo. Aceleró el paso, pero aún estaba lejos del convento y en un lugar descampado. Al instante pensó en sacar el arma. Cuando el jinete se colocó frente a ella para sorprenderla, se decidió, extrajo el revólver y le apuntó.

—Retroceda o le disparo —amenazó.

—Sin duda no tienes madera de monja, Caroline —comentó William, que la miraba sonriente. Por fin la había encontrado.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó asustada.

—Esas palabras no deberían habitar en la lengua de una religiosa —se burló.

—¿Qué quieres? Ya te he liberado del compromiso —masculló en tanto se apartaba para volver a caminar.

—Yo no quiero librarme de nuestro compromiso —afirmó al tiempo que se bajaba del caballo para seguirla.

—Pero yo sí. No seré el hazmerreír de Londres durante más tiempo, milord. Estoy muy feliz aquí, vivo tranquila y nadie me señala —justificó mientras caminaba más rápido para dejarlo atrás.

—No habrá más vergüenzas, Caroline. Perdóname por lo que te hice y lo que te dije; estaba equivocado —aseguró arrepentido.

—¿Equivocado, en verdad? —pronunció incrédula.

—Estoy arrepentido.

Una carcajada histérica se le escapó a Caroline. ¡Aquel hombre, arrepentido! Era un chiste muy malo.

—¿Arrepentido? Puedes irte al demonio si así lo deseas —musitó sin creer una sola palabra de lo que él afirmaba.

—Regresa conmigo, Caroline.

—No. ¿Por qué lo haría?

—Por nosotros tres. —Se acercó hasta abrazarla desde atrás y colocar las manos sobre el vientre de ella.

La joven se sentía morir mientras él le acariciaba allí. Era más de lo que podía soportar. Las lágrimas comenzaron a escapársele con lentitud de los ojos.

—Dime que aún está aquí, que no le ha ocurrido nada.

No podía hablar, ese contacto parecía aniquilar cada uno de sus pensamientos coherentes.

—Por favor, responde, Caroline.

—He decidido tenerlo —contestó al fin, después de un largo y trémulo silencio.

—¡Gracias a Dios! —suspiró aliviado—. Estaba preocupado por lo que habías escrito en la carta para tu primo.

—¿Estabas preocupado por mi hijo?

—No por tu hijo, sino por el nuestro —la corrigió.

Ella sonrió sin humor ante la insultante afirmación.

—¿Crees que regresaré contigo y nos casaremos para que me tengas como una prisionera en Western con mi bastardo mientras tú te diviertes en Londres? ¿Pretendes que me convierta en el bufón de la corte? —increpó con enojo—. Vete quitando esa idea de la mente, mi hijo es solo mío. Voy a tenerlo aquí, viviremos juntos en el orfanato y seremos felices. Fin de la historia.

—No tendrás a mi hijo en estas condiciones —manifestó muy disconforme.

—Claro, lo olvidaba, debo tenerlo en la manera que tú exijas porque serás mi esposo y harás lo que quieras conmigo —ironizó al sacar todo lo que tenía dentro.

Ahí iban de nuevo las palabras de William como un bumerán que lo golpeaba sin piedad. Maldita fuera la hora en que las había pronunciado: nunca terminaría de verse en apuros por la buena memoria de ella.

—Perdóname, Caroline. Cásate conmigo.

—Escúchame de una buena vez, William. Dejemos todo como está. Puedes continuar con tus andanzas en Londres y exhibir tu trasero de nieve en todas las ventanas, pero yo no quiero estar presente ni ser un payaso que pase vergüenza. Lo que me hiciste fue humillante y no tiene perdón.

—Por favor, Caroline, yo te amo —confesó William mientras la miraba a los ojos y la tomaba de las manos—. Te amo y no sé cómo ocurrió, no puedo explicarte esto que me sucede porque ni yo mismo logro entenderlo.

La muchacha lo miraba incrédula. ¿Amor? Ella lo amaba a él, no él a ella.

—¿Y tú qué sabes del amor si nunca has amado? Nunca recibiste cariño; eres un ser hueco y sin corazón: un verdadero monstruo.

Esas palabras resultaron muy duras después de que William hubiera descubierto que tenía corazón y que amaba a esa mujer y a su hijo.

—He cambiado, Caroline. Por favor, créeme y perdóname por lo que te hice. Sé que tú no planeaste casarte conmigo, tú elegiste a otro, pero, por cosas de la vida, nada salió como esperábamos.

—Créeme, William, mi hijo no necesitará un padre ausente como lo fueron los tuyos. Este bebé tendrá a su madre, con la que podrá contar siempre. Tú jamás cambiarás —aseguró con lágrimas en los ojos—, seguirás engañándome, y yo no quiero sufrir por ti.

—¿Ya no me amas, Caroline? —preguntó decepcionado.

¿Mentía o respondía con la verdad?

—Te amo con todo mí ser, William, pero eso no significa que vaya a regresar contigo.

—¿Le negarás a nuestro hijo la oportunidad de crecer con sus padres y de tener un hogar? ¿Le arrebatarás su derecho al título y la vida que merece?

—¿Estás usando a mi hijo en mi contra? ¿Quieres hacerme sentir culpable por apartarte de mi vida? Eso no sucederá. Tenerlo para que viva como tú en tu infancia no es bueno para nadie, mira en lo que te convirtió. ¿Quieres eso para tu hijo? Si lo amas de verdad, entonces déjalo conmigo, no quieras tenerme como una prisionera con cuernos a la que terminarás escupiéndole cuando ya no te guste; porque sucederá, me pondré gorda y fea con el bebé. Si me caso contigo, estaré sola por siempre, encerrada, y no lo deseo. Quiero alcanzar la felicidad: algo que tú no puedes ni siquiera darte a ti mismo —disertó entre lágrimas, y continuó—: Tu absurda venganza hizo que te odie, William.

—¡Acabas de decirme que me amas, Caroline, no puedes odiarme! —la contradijo vehemente.

—Tengo sentimientos encontrados. No sé aún si mereces este amor que siento por ti —reveló lo que lo dejó frío.

William sentía que el mundo se le abría bajo los pies ante las palabras de ella. No podía ser que la estuviera perdiendo.

CAPÍTULO 35

—Caroline, por favor, no me digas eso.

—¿Por favor? ¡Yo te pedí que me escucharas, te dije que era inocente! Tú casi me maltrataste! ¿Y aún piensas en burlarte de mí al pedirme que me case contigo? —ironizó.

—No puedo hacer nada para cambiar el pasado, cariño, solo puedo jurarte que no lo volveré a hacer. Créeme por favor —pidió con desesperación en el rostro.

No iba a ceder, no podía, ni siquiera ante la presión de esos ojos que tanto amaba. Debía ser fuerte por ella y por el hijo que esperaba; no iba a tolerar las burlas o el falso arrepentimiento de ese hombre.

—No me mires así, William: no regresaré contigo —explicó con los brazos cruzados debajo del pecho.

Nicholas se acercaba en el carruaje de William cuando una idea desbocada se le pasó por la mente al vizconde. Tomó a Caroline, se la subió a los hombros y esperó a que el carruaje se detuviera.

—¿Qué haces? ¡Bájeme ahora mismo, vizconde de Hereford! —gritó Caroline muy enfadada.

—¡Cállate, cariño! Si no lo haces por las buenas, pues lo harás por las malas —declaró mientras abría la portezuela del carruaje y la metía dentro sin delicadeza.

—¡Demonios, William! —masculló Nicholas al tiempo que liberaba a Caroline.

—¡Déjame ir, William! ¡Debo regresar al orfanato! —explicó al tiempo que intentaba salir del carruaje.

—No lo harás, Caroline —objetó Nicholas.

—Por favor, estoy bien ahí.

—No, hemos dicho que no —respondió William al sentarse al lado de ella.

—Iré, te guste o no…

—Nicholas, ¿quieres bajar conmigo un momento? —consultó William.

—Está bien. Y tú… —agregó al señalar a Caroline— vas a quedarte aquí, tienes mucho que explicar.

La muchacha, con cara de pocos amigos, se quedó quieta durante un minuto, resuelta a aprovechar la menor oportunidad que tuviera para escapar del desaforado vizconde.

—Nicholas, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó con sarcasmo.

—Te doy mi palabra de que haré feliz a tu prima. Si no lo cumplo, puedes matarme. ¿Contento?

—Es razonable. Será un placer matarte —aceptó con una sonrisa.

—No me esperaba eso, pero, bien, quiero que retornes a Londres en mi caballo.

—¿Qué?

—Por favor, yo me llevaré a tu prima para convencerla de que se case conmigo. Será difícil, pero lo haré.

Ambos miraron el carruaje, desde donde Caroline imitaba a William con gestos inmaduros.

—Lo veo difícil, pero inténtalo.

Le agradeció con un escueto abrazo mientras la joven abría el carruaje con sigilo para tratar de escapar en tanto ellos conversaban.

Al verse descubierta por William, gritó y se echó a correr.

—¿Adónde cree que vas, Caroline? —exclamó al tiempo que corría tras ella hasta darle alcance.

—¡Ay, no! —suspiró al darse por vencida.

—Estás secuestrada, cariño —aseguró sonriente antes de colocarla de nuevo sobre la espalda; esa vez ella ni siquiera reclamó, dado que ya estaba resignada a no poder huir de él. Cuando se ponía insistente, todo estaba perdido.

El caballero la subió al carruaje y se sentó a su lado.

—¿Y ahora a dónde vamos? Sabes que, sin importar lo que hagas, no te perdonaré.

—Vas a perdonarme, Caroline; lo harás porque así lo quieres —declaró con fingida seguridad. Debía darle esa impresión o no conseguiría su indulgencia—. Y otra cosa: vamos a Londres.

—¡Yo no puedo regresar! —reclamó desesperada—. Los niños necesitan el dinero de la venta.

—¿De qué venta hablas?

—De la venta de las esmeraldas que me diste —confesó avergonzada, consciente de que William se enfurecería.

—¿Qué? ¡Vendiste las esmeraldas que te regalé! —gruñó hasta hacer que el carruaje temblara. Estaba muy enojado.

—Lo necesitábamos. Asaltaron a la hermana Jules, y no teníamos dinero para alimentar a los niños. Tuve que hacerlo.

—¡Vendiste las esmeraldas! —exclamó otra vez—. ¿Acaso sabes que casi gasto toda mi fortuna en ese regalo para ti?

—¡No sabía que eras tan pobre como para que unas joyas te dejaran sin dinero!

—¡Costaban un dineral! ¡Eres una inconsciente! Ahora ¿quién sabe por cuánto las recuperaré?

—No creo que las recuperemos si eres un vizconde quebrado.

—¡No soy un vizconde quebrado! Solo no traje suficiente dinero para comprarlas —repuso con suficiencia.

Caroline sonrió ante el enfado de él. Era de lo más gracioso cuando no le salían las cosas.

—Eres hermosa cuando sonríes —la halagó mientras la observaba con fijeza.

—¿No me digas que te has vuelto un romántico? —preguntó incrédula.

—Por ti, lo que sea… —pronunció, y se tomó el atrevimiento de agarrarle la mano.

—No te aproveches —reclamó al retirar la mano con rapidez—. Llévame al orfanato, te lo pido.

—Regresarás a Londres conmigo; estaremos solos hasta que me perdones.

Ella suspiró decepcionada, incluso unas lágrimas se le escaparon de los ojos.

—Por favor, no llores, Caroline, no me gusta verte así.

—No me dejas siquiera despedirme de esas personas tan buenas, eres un tirano —alegó entre sollozos.

William gruñó y llevó las manos hacia el cielo. Si quería hacer bien las cosas, debía concederle ese deseo.

—¡Está bien! Te llevaré, pero solo para despedirte; después me dirás dónde dejaste las esmeraldas. Gastaré un buen dinero para recuperarlas para ti. Aún no nos hemos casado y ya eres una mala esposa —acusó.

—¡No me casaré contigo, no insistas, tengo mi orgullo!

—Haré que te lo tragues.

La joven, con el rostro enfurruñado, evitó mirar a William durante lo que quedaba del trayecto, porque sabía que el rostro juvenil y bromista de él podría hacer tambalear la voluntad.

—Aquí es —avisó con la intención de bajarse, pero él la atajó, descendió primero y le ofreció una mano, que ella rechazó de manera tajante.

El vizconde se limitó a sonreír con satisfacción. Había conseguido que ella se fuera con él sin tanta discusión.

Los niños corrieron alrededor de la dama, muy contentos de verla.

—Caroline —llamó la abadesa.

—Madre, he traído este dinero que sobró —dijo al colocar una pequeña bolsa en sus manos —. Tenemos todo cubierto para los próximos seis meses, incluidos los leños y el carbón para el invierno.

—Eres un ángel, querida. ¿Quién es el caballero que te acompaña? —preguntó curiosa.

—Es el hombre que me regaló las esmeraldas. Está muy enojado porque las vendí.

—Oh, entonces es el padre de tu hijo —añadió la religiosa.

—¿Cómo lo supo? —inquirió sorprendida la muchacha.

—Te he observado mientras hablas con tu vientre —respondió sonriente—. Te irás, ¿no es así?

—Prácticamente me ha obligado, no se moverá hasta que me vaya con él.

—Se ve enamorado de ti.

Ella lo miró, y él le sonrió. Estaba rodeado por los pequeños curiosos, que raras veces veían a un noble.

—No lo creo, madre.

—Deja de negarte al amor, Caroline. Creo que deberías pensar en la opción de casarte.

—¡Dios! ¿Cómo es que usted lo sabe todo? —musitó la dama, aún más sorprendida.

—La hermana Jules, antes de convertirse en monja, era como tú, una noble que huía del matrimonio.

—Sabía que ella tenía algo extraño pero familiar a la vez.

—Como contigo, también me enteré de por qué huía y de quién. Ahora ve por tus cosas.

—Sí, madre —obedeció Caroline, y subió las escaleras.

Se quitó el hábito y se colocó las ropas con las que había llegado hasta ahí.

—¿Usted qué es? —preguntó un niño a William.

—Soy un vizconde —respondió al acariciar la cabeza del pequeño.

—¡Oh! —dijeron todos los infantes al unísono.

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Es el padre de alguno de los que estamos aquí? —mencionó otro niño curioso.

—Es probable. La hermanita Caroline está escondiendo a mi hijo —respondió sonriente.

La muchacha, que estaba bajando en ese momento, lo oyó.

—Milord, no es bueno que le meta esas ideas a los niños —explicó reprobadora.

—Lo siento —se disculpó, aunque sin verdadero arrepentimiento.

La joven dama se despidió de todos los pequeños con lágrimas en los ojos. Jamás se había dado cuenta de cómo vivían las demás personas hasta que había conocido la necesidad en ese lugar. Pobres y pequeños abandonados.

La pareja ya iba hacia Londres cuando William decidió romper el silencio.

—Cada mes enviaremos donativos al orfanato.

Sorprendida y con una sonrisa, lo miró emocionada.

—¿Lo harías?

—Claro. No estoy empobrecido, cariño, y veo que esas pequeñas personitas necesitan muchas cosas.

—¿Por qué lo haces? —preguntó conmovida.

—Porque cuidaron de ti y de nuestro hijo. De cierta manera estoy en deuda con ese lugar.

—Siento tanto haber vendido las esmeraldas, pero era lo único de valor que tenía, y ellos lo necesitaban.

—Las recuperaré, ya te lo he dicho, no debes preocuparte más por eso. Ahora debes pensar en otras cosas —adujo el vizconde.

—¿Cómo cuáles?

—Tu aspecto.

—¿Qué tiene? —inquirió al mirarse.

—Cariño, no es digno de una vizcondesa vestirse como si fuera parte del personal de servicio.

—¡Oh, milord, lo siento tanto! En realidad, perdóneme la vida por insultarlo con mi presencia, pero soy una dama en apuros, no podía ir con un enorme baúl y un carruaje si estaba huyendo de mi primo y de la vergüenza —justificó en tanto lo contemplaba con enojo.

—Pediré que lleven tus cosas a Western.

El rostro de Caroline se tornó pálido del susto. Él estaba cumpliendo la promesa de venganza, la mantendría encerrada allí y la dejaría abandonada con su hijo.

—Olvida ya esos pensamientos —se adelantó al observar el terror en la expresión de ella—. No te haré nada malo, vamos a quedarnos ahí unos días hasta que decidas aceptarme por las buenas.

—No lo voy a hacer; puedes esperar sentado.

—Soy más impertinente que la gripe, querida mía. Cuando quiero algo, lo consigo al precio que sea. Ahora duérmete, necesitas descansar.

Caroline le tomó la palabra y se rindió al cansancio. Mientras, él la observaba dormir y se convencía más a cada minuto de que la amaba como nunca había imaginado que podría hacerlo. Nunca había querido casarse, no hacía falta repetírselo, pero Caroline era excepcional, le había demostrado una vez más la diferencia con respecto a su madre. La muchacha tenía un corazón de oro, no había dudado ni un minuto en entregar sus joyas para que otros pudieran comer, mientras que la antigua vizcondesa no habría hecho jamás algo así.

Sin duda su matrimonio sería diferente al de sus padres. Sería una unión feliz porque él había decidido amar a Caroline sin reservas. Lo que había empezado como una simple aventura era en ese momento lo único que le daba sentido a su vida.

Capítulo 36

El viaje a Western había sido tortuoso para William dado que habían retornado los malestares, mientras Caroline miraba tranquila el paisaje.

El vizconde golpeó el techo del carruaje y, cuando aminoró la marcha, descendió con apuro y se internó al costado del camino.

—¡William! ¿Estás bien? —preguntó ella, que lo siguió alarmada.

—¡No! ¡No quiero que me mires! ¡Vete al carruaje! —le gritó mientras se ocultaba de ella.

—Vamos, ¿qué te sucede? —indagó, sin recibir respuestas. Esperó con paciencia a que saliera de su escondite, lo que no sucedió hasta casi diez minutos después.

—¡Por fin apareces! ¿Qué sucede contigo?

—Estoy enfermo —respondió sin más.

—Y aun así has vendido a buscarme. —Se sintió halagada.

—Sí. Ahora volvamos, que me urge llegar y recostarme.

Tenía el rostro de un color verdoso y se lo notaba un poco más delgado que la última vez que lo había visto, aunque seguía siendo igual de atractivo que siempre.

Se quedó dormido después de un rato con la tranquilidad de que, si ella hubiera querido escapar, lo habría hecho hacía tiempo. Pero en realidad Caroline ya no quería huir de él, sino cuidarlo.

Quizás fuera muy arriesgado creer que él había cambiado, pero ¿y si en verdad era así? Ya había caído lo más bajo que podía al haberse convertido en la amante de un libertino. El momento era diferente, él le ofrecía que fuera su esposa, pero ella tenía miedo de tener que compartirlo, no quería una vida infeliz a su lado.

Tiempo después, llegaron al paraíso del vizconde. A Caroline le había encantado ese lugar desde que lo había conocido e incluso había deseado en voz alta poder permanecer ahí para siempre.

—Recuerdo cuando te invité aquí con un objetivo muy distinto al que me trae hoy —comentó él.

—¿Cuál es tu nuevo objetivo?

—Conseguir que me aceptes como el único hombre de tu vida, como tu esposo, el padre de tu hijo, y que seas mi vizcondesa —pronunció, y le dio un beso en las manos. Luego la agarró de la cintura y la ayudó a subir los escalones.

—Creo que yo debería ayudarte a ti, sigues con un color extraño.

—No te das cuenta que todo este episodio me ha puesto así —bromeó—. Ya se me pasará. Ve a tu habitación, ya envíe a un lacayo a mi casa y le pedí que vaya junto con Paul a traer tus prendas: las necesitarás.

—William, no sé si quiero casarme contigo… Aún no puedo…

Él colocó un dedo sobre los labios de Caroline para callarla.

—Déjame demostrarte que te merezco. Todavía no sé cómo, pero lo haré.

Ella estaba por completo enternecida por sus intentos. Cuando quería ser adorable, en verdad podía lograrlo.

—Promete que no escaparás.

—Lo prometo.

No podía decirle que no cuando los ojos grises de él estaban encendidos con una extraña luz que le hacía desear conocer qué más había detrás de ese hombre sin corazón.

—Estás en tu casa, cariño, puedes disponer de lo que desees. Yo me iré a recostar —se despidió con un beso en la frente, y se perdió tras la puerta

Caroline entró a la habitación que le había asignado William la primera vez que la había llevado allí, pero esa ocasión era diferente, ya que ese sería su lugar para siempre si decidía aceptarlo.

El vizconde estaba agotado. Durmió todo lo que quedaba del día, y nadie se atrevió siquiera a ofrecerle cosa alguna. Mientras tanto, Caroline se encargó de dirigir a toda la servidumbre, quienes se mostraron felices de tener a una señora en la casa.

Paul le había conseguido las cosas con mucho esfuerzo, pues, cuando el padre de Caroline se había enterado de que ella estaba con William, se había puesto colérico.

—¿Desea algo más, milady? —preguntó el ayuda de cámara.

—Sí, lleva al vizconde un baño y consígueme un caballo por favor.

—Pero, milady… —comenzó a contradecirla. Desconfiaba de la razón por la que ella podría desear el caballo.

—No escaparé, se lo prometí a él.

—Pero su embarazo…

—Me siento perfecta, no tengo ni una sola molestia ni estoy cansada. Quiero salir a ver este lugar que tanto me fascina.

—Como diga —obedeció temeroso. Al vizconde no le agradaría, pero ella era la señora de la casa, no podía negarse.

Le consiguieron el caballo; enseguida, la muchacha salió como una bala de las caballerizas ante la asustada mirada de los mozos, que se quedarían sin trabajo si algo le sucedía a esa dama.

“¡Libertad!”, pensó Caroline mientras cabalgaba sin silla de amazona.

Recorrió con parsimonia la propiedad durante más de una hora en tanto recogía frutas silvestres para comer. Luego se fue hasta la orilla de la laguna, donde se recostó a disfrutar del hermoso día.

* * *

William despertó con ansias de ver a su amada Caroline, así que se levantó de la cama y abrió la puerta de comunicación entre las habitaciones, pero ella no estaba. ¡No estaba! Se había ido. ¿Cómo había podido creer en su promesa? ¡Si ella no quería casarse con él! Había sido un tonto

al no haber siquiera dejado instrucciones de que la ataran a una silla amordazada. Otra vez debía ir a buscar a esa bruja.

—¡Paul! —gritó enojado.

Ahí estaba de nuevo nervioso, supuso su ayuda de cámara al entrar con miedo a la habitación de su señor.

—Dígame, milord.

—Rápido, prepara mis cosas. Iré a buscar a Caroline, ha escapado —manifestó enojado.

—Milady estaba esta mañana y me pidió un caballo.

—¿Y tú se lo diste? —increpó con la sangre hirviendo.

—Sí, milord, ella me dijo que no se iría.

—¡Entonces eres más tonto que yo! Ya debe de estar por llegar a Londres en el mejor de los casos, si es que no se cayó del animal. ¿Cómo pudimos creer en esa víbora? —gruñó enfurecido.

En cuestión de minutos, ya estaba listo. Primero buscaría en la propiedad y luego iría hacia Londres y la traería a rastras antes de partir a Escocia para casarse lo más rápido posible.

Amenazó a todo el personal de la mansión con que, si no la encontraban, quedarían en la calle.

* * *

Caroline subió al corcel. Ya había sido suficiente, regresaría con tranquilidad a la casa.

Mientras iba trotando, vio algo en el horizonte. Enseguida distinguió a un hombre a caballo y descubrió que era William, con el cabello despeinado al viento.

—Buen día —saludó ella al verlo bajar del equino y dirigirse a ella. Él la tomó de la cintura para apoyarla en el suelo.

—¡No vuelvas a asustarme nunca más, Caroline! —la reprendió, y la abrazó.

—Pero ¿qué hice?

—Pensé que habías huido. Casi me volví loco al imaginar que me habías vuelto a dejar y que les podría haber ocurrido algo —expresó mientras le acariciaba el vientre—. Tienes prohibido montar a caballo durante el embarazo y… No pongas esa cara, también es mi hijo; si no dejas de ser una inconsciente, tendremos problemas.

—Pero si yo…

—Pero nada. Regresarás conmigo y subirás a descansar.

—¡Pero si no estoy cansada! —reclamó.

—¡Basta! —la cortó tajante.

—¿Piensas encerrarme aquí para siempre? —pronunció con la intención de manipularlo.

—No, mi amor, solo hasta que decidas casarte conmigo —respondió antes de darle un beso que ella le devolvió.

—Creo que tengo hambre —dijo al escuchar el rugido de su propio estómago, que interrumpió el beso.

—Yo también, pero lo mejor será que preparemos algo nosotros. Despedí a todo el personal por incompetentes, incluso a Paul.

—¿Que hiciste qué?

—No pueden darte un caballo cuando estás embarazada ni cuando, por sobre todo, eres mi prisionera —le recordó divertido.

—¡No lo soy! Si fuera tu prisionera, ya habría aprovechado para escapar.

—Puede que tengas razón. Vamos, sube, que estoy ansioso por probar tus habilidades en la cocina.

—¿Mis habilidades? Pero si yo no sé nada. Tenía esperanzas de que tú supieras preparar algo; yo debo descansar —alegó en tanto se pegaba más al pecho de él.

—Ahora sí quieres descansar. Está bien, pero no te quejes si no te gusta lo que cocino.

Ella, muy feliz, lo acompañó en el recorrido a la residencia. Lo aceptaría, estaba segura de que lo haría. William estaba cambiado por completo, y por eso se arriesgaría a ser feliz con él. Solo debía esperar a que él se lo propusiera de vuelta.

* * *

Pasaron casi una semana conociéndose, como debieron haberlo hecho antes de hacerse amantes, y ambos se sentían dichosos. No podía decirse que no hubiera peleas, pero, de que se amaban, no cabía duda, aunque la dichosa propuesta no había sido pronunciada de nuevo en ese tiempo.

—Caroline… —murmuró él, sentado en la cama una mañana.

—Dime —respondió nerviosa, con el corazón que le latía con tal fuerza que pensó le saldría volando del pecho.

—Quería hacerte una proposición.

—¿Cuál? —preguntó más nerviosa, casi a los gritos.

—Quería saber aceptarías ser mi amante…

Estuvo a punto de desfallecer. “¿Amante?”, pensó, y se sintió traicionada. Había creído que le pediría su mano en matrimonio, pero entonces…

—Mi amante para siempre —pronunció mientras le tomaba la mano y le colocaba un anillo de esmeraldas en el dedo—. Una vez te traje por las razones equivocadas, pero hoy está frente a ti un hombre diferente, que te ama y te desea como nunca antes creyó posible. Decidí creer que puedo ser feliz contigo y tú conmigo, ya no más miedos a no poder amar, porque tú, Caroline, me has enseñado que sí puedo hacerlo. Ya no soy un monstruo. Deseo para nuestro hijo la felicidad que nunca tuve con mis padres. Acéptame, Caroline…

Ella lloraba a mares, porque estaba profundamente conmovida por esas palabras. Él en verdad era un hombre diferente, el hombre de sus sueños. Había pasado una semana mágica junto a él, quien le había demostrado como podía que era una persona nueva, con el corazón dispuesto y el alma anhelante de afecto.

—¡Acepto, William, acepto, claro que acepto! —gritó emocionada, y se le colgó del cuello.

—Gracias, Caroline, me haces el hombre más feliz del mundo. Ahora tengo una sorpresa para ti —dijo, tras lo cual le entregó una cajita mediana de terciopelo rojo.

Ella la abrió y descubrió dentro las esmeraldas que había vendido para el orfanato.

—Creo que no te alcanzará la vida, querida mía, para cubrir lo que costó recuperarlas. El hombre era bastante duro —contó mientras exhibía su dentadura en una amplia sonrisa.

—Ya sé cómo voy a pagar, mi querido vizconde —aseguró antes de besarlo con pasión y arrastrarlo a la cama.

Lo recompensaría al hacerle el amor como él deseaba tantas veces como él quisiera.

Capítulo 37

Habían regresado a Londres. En todos los periódicos figuraba el día de la boda del vizconde de Hereford con lady Caroline Battler de Berkeley, quienes no habían roto, a diferencia de lo que habían supuesto durante semanas en todo Londres.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo el hombre con el diario en la mano—. Conque vas a casarte, engendro del demonio. Pues veremos cómo se siente tomar una cucharada de tu propia medicina, William.

* * *

—¡Mira, Viktor! ¡Se van a casar! —expresó emocionada su esposa.

—Te lo dije —respondió al abrazarla—. Pero aún hay algo que deben superar.

—No me lo digas, no podemos intervenir.

—Es mejor que no lo hagamos. Esto deben solucionarlo ellos, nosotros ya hemos cumplido al mantener a William con vida.

* * *

William y Caroline estaban sentados frente a lord Nathan de Berkeley y a Nicholas.

—Así que tú… —inició el padre de Caroline al tiempo que señalaba con su bastón a William — engatusaste a mi hija, la embarazaste, la engañaste y ahora, sin nuestro permiso, has publicado el día de la boda.

—Padre, es…

—Cállate, Caroline, tú has hecho las cosas mal desde un principio. Desobedeciste a tu primo, te expusiste con este libertino, te dejaste embarazar y te fuiste a vivir con él sin estar casada.

—Milord, yo puedo…

—¡Silencio, lord Hereford!

Su futuro suegro era un ogro de los peores. No dejaba de echarles pestes y culebras desde que se habían presentado ante él ya que en todo Londres no se hablaba más que de ellos y de su romántico escape.

—Pero… —pronunció al final el anciano— estoy feliz. Voy a ser abuelo y, si Dios me lo permite, voy a conocer a mi nieto.

Todos respiraron por fin en la casa. Habían aceptado a William en la familia a duras penas, pero lo habían hecho.

* * *

Había llegado el día de la boda. La ceremonia fue algo muy íntimo, solo entre familiares y amigos de la pareja.

Bella no había asistido porque vivía escondida; tampoco había ido Viktor, quien debía aún mantenerse oculto durante un tiempo más. Mientras menos supieran sobre él, más seguro estaría.

—Soy tan feliz, William —murmuró Caroline abrazada a su esposo mientras bailaban un vals en el casamiento.

—Yo más, Caroline. Ya no nos volveremos a separar, estaremos juntos hasta la muerte.

—Espero vivir muchos años a tu lado, milord.

—Lady Hereford, yo ansío con ganas una sola cosa en este momento —insinuó William con una sonrisa pícara.

—¿Y qué es lo que desea?

Él inclinó la cabeza hasta el oído de ella y le habló en susurros. La novia sonreía ante las cosas inapropiadas que él le decía.

—¡Oh, por Cristo crucificado! —profirió Caroline con el rostro feliz.

—Ser monja no es lo tuyo, mi amor, estoy seguro. Nunca vi a una novicia rebelde que apuntara al prójimo con un arma.

—Tampoco creo poder ser religiosa contigo a mi lado. Es imposible, eres el pecado hecho carne que camina entre nosotros.

Esa unión resultaba horrible a ojos de la buena sociedad londinense: el vizconde se había llevado a una de las jovencitas más decentes y de buena familia que existían. Pese a que se hablaba de amor verdadero, las antiguas amantes de William aún esperaban que él las buscara, cosa que no haría, dado que amaba con profundidad a su esposa y no necesitaba nada más para ser feliz.

* * *

Un mes había transcurrido desde la boda, y la pareja se iba conociendo aún mejor. Tenían muchas cosas en común, salvo el abominable carácter de William, que se enojaba por cualquier mosca que lo rondara.

—¿Qué haces, William? —preguntó Caroline al entrar en su despacho.

—Ven aquí —indicó mientras le señalaba el regazo.

Ella corrió con pequeños saltos y se le tiró encima.

—Estoy haciendo las cuentas. ¿Sabías que los números me cuestan bastante?

—¿Es en serio? Yo adoro las matemáticas. Déjame ver —pidió antes de echarle una mirada a los registros—. Ay, cariño, lo has estado haciendo mal desde aquí —informó al señalar una hoja.

—¿Qué? ¡No! Entonces deberé empezar de nuevo. Quería juntarme con Clay, pero creo que tendré que suspenderlo.

—No te preocupes, deja esto en mis manos. Estoy muy aburrida, la costura y el bordado no son lo mío, y como tengo prohibido montar, me aburro más que una ostra. Déjame llevarte la contabilidad, por favor. ¿Sí?

—¡Gracias! ¡Gracias! Me casé con la mejor mujer del mundo, sin duda soy un hombre bendecido —alegó en tanto la besaba por todas partes—. Creo que mi amor por ti ha crecido un poco más hoy.

—Ya ve y diviértete. Más tarde saldré a comprarme unos vestidos porque, dentro de poco, dejarán de quedarme estos —contó con un mohín.

—Te ves preciosa —opinó, y la besó en el vientre—. Y tú, pequeño diablito, cuida de tu madre. Los amo mucho a ambos, Caroline, lo sabes, ¿verdad?

—Sí. También nosotros te amamos —afirmó, tras lo cual le dio un pequeño beso—. No pierdas tiempo, te quiero aquí temprano, nada de andar por ventanas ajenas —amenazó al tiempo que le daba una palmada en la nalga.

—¡Esto es abuso, lady Hereford!

—Eres mío, esposo…, recuérdalo —justificó con los ojos fijos en el libro contable.

William salió feliz de su casa. En realidad no iba a ver a Clay, sino que iría al garito de la ciudad a encontrarse con Viktor, quien por fin se había puesto en contacto con él.

—Lady Hereford está sola en casa, hay que hacérselo saber al patrón —dijo uno de los hombres al ver que William salía en su caballo.

El vizconde había decidido dejar el carruaje para que lo usara su esposa. Ella y su hijo eran lo más importante.

* * *

Horas después, Caroline estaba satisfecha, había asentado todos los ingresos y egresos del mes e incluso había rastreado cuánto habían costado las esmeraldas y por cuánto las había recuperado. Quería que se la tragara la tierra. Él no era muy bueno con los números, pero era un excelente administrador de sus ingresos.

Ella cerró el libro y se dirigió a la salida del despacho.

—Paul, voy a salir; iré a la modista, espero no tardar mucho.

—Sí, milady, le prepararemos el carruaje.

—Iré a pie, me hace falta un poco de ejercicio —objetó ella.

—Al señor no le va a gustar.

—Eso será si tú se lo dices, Paul. Llama a mi niñera para que me acompañe por favor.

—Enseguida.

Caroline se había llevado a Nana a su nueva residencia para que se encargara del pequeño en camino. La mujer estaba tan emocionada por poder cuidar del hijo de su niña. Por más que tenía sus diferencias con Paul, estaban aprendiendo a convivir.

—¡Vieja metiche! La llama lady Caroline.

—¿Qué me dijiste, viejo vasallo inútil, bueno para nada?

—Nuestra señora quiere salir con usted. Espero que la caminata la haga bajar de peso, anciana —afirmó burlón.

—¡Le diré a milady que lo castigue!

—Le diré a milord que me defienda. Estoy seguro de que se pondrá de mi lado —la provocó.

La niñera salió enfadada de la cocina. Ya llegaría el día en que le colocara un purgante a ese engreído ayuda de cámara.

—Tardaste mil años, Nana —le reclamó Caroline.

—El siervo inservible que tiene tu esposo no me dejaba en paz. Algún día terminaré matándolo.

—Vamos, no seas así, es el compañero de William; hay que tolerarse.

—Lo hago solo porque veo que el vizconde te ama. De lo contrario, a él también lo asesinaría.

—¡Ay, Dios, sí que eres violenta! Vámonos.

Salieron de la mansión para caminar con tranquilidad ante la atenta mirada de tres hombres que no tenían buenas intenciones.

—No está sola —divisó uno de ellos.

—Será muy fácil deshacernos de la vieja.

—El patrón dijo “sin testigos”.

—Sin embargo, deberá haber uno.

* * *

—Ese color va a hacer que te veas más gorda, Caroline, parecerás una mora.

—¿Para qué te traje, Nana? —se quejó la joven, ya enojada—. Nunca más te pediré que me acompañes. ¡Saldré sola!

—Después no te quejes cuando lord Hereford tenga amantes por culpa de tus horribles elecciones.

—Está bien —aceptó mientras hacía un mohín con los brazos cruzados.

Pasaron horas ahí dentro. Cuando salieron, Caroline percibió el delicioso aroma proveniente de una panadería cercana.

—¡Nana, son bollos! ¡Los quiero ahora, los necesito con locura! —pidió, emocionada por el aroma.

—¡Debo conseguírtelos rápido o mi pequeño lord saldrá con cara de bollo!

—Esas son estupideces. Te esperaré aquí.

Caroline aguardaba, ansiosa por comerse esas delicias. El bebé se lo pedía con una frecuencia horrible; de modo que William y ella se pasaban casi todo el día comiendo, sin hartarse jamás.

De repente, todo se puso negro. Caroline sintió que la agarraban de la cintura y la metían a un carruaje. ¿Qué diablos estaba sucediendo? Le sacaron la bolsa de la cabeza y le colocaron un pañuelo en la nariz.

—Buenas noches, lady Hereford… —pronunció uno de los hombres, y fue lo último que oyó antes de quedar inconsciente.

La niñera, que había ido a la panadería para comprar el antojo de su pequeña, al salir, tan solo pudo ver cómo la metían en un carruaje sin blasón.

—¡Caroline! —gritó desesperada.

* * *

—Aquí está su pedido —comunicó el hombre al depositar a Caroline en la cama.

—Gracias. Tomen la paga y lleven esta carta a casa del vizconde —ordenó el caballero mientras observaba lo hermosa que era la mujer de ese bastardo.

Los tres sujetos se dirigieron a la residencia Hereford y tiraron la carta debajo de la puerta principal de la mansión. Esperaban que fuera entregada en la brevedad.

* * *

—Lady Hereford… —la llamaba una voz.

—Mmm…

—Despierte. Es usted muy bella —la alabó un caballero.

—¿Quién es usted? —indagó confundida.

—Un amigo de su esposo.

—¿Y qué quiere? ¿Por qué estoy aquí atada?

—Porque usted será mi venganza —contestó con una maliciosa sonrisa en la cara.

EPÍLOGO

—¡Conque ese era tu plan desde un principio! —afirmó William en voz alta.

—¿Podemos contar contigo? —preguntó Viktor.

—Creo que la causa es noble. Aunque tus métodos dejan mucho que desear, a mí me resultó a la perfección, ya que tengo a la mejor mujer del mundo a mi lado.

—Estoy seguro de que es una de las mejores, pero yo tengo a la mejor —disintió Viktor sonriente.

—No creo que deban discutir por cuál de nosotras es mejor, somos las dos excelentes —alegó la esposa de Viktor.

—Había olvidado lo hermosa que era, milady —comentó William con coquetería mientras le sonreía para molestar a su amigo.

—Creo que ya es hora de que te acompañe a tu casa.

—Parece que me estás echando, pero te haré caso porque estoy deseoso de regresar con Caroline.

* * *

La niñera estaba desesperada, habían secuestrado a Caroline. ¿Qué haría?

La vieja mujer corrió hasta llegar a la vivienda del vizconde.

—¡Paul… Paul!

—¿Qué quieres, bruja?

—¡Unos hombres se llevaron a lady Hereford! ¡Se la llevaron! —repitió sin poder dejar de llorar.

—¡Dios nos ampare de la ira de milord! —exclamó Paul, quien temía que William fuera a enloquecer al enterarse.

—¡Esa niña es una bruta! ¡Siempre tiene malas ideas! Si tan solo hubiéramos ido en el carruaje —continuó lamentándose la empleada.

La puerta se abrió para dejar pasar a William, que se detuvo al observar la expresión de sus sirvientes.

—¿Qué sucede? ¿Por qué llora la niñera de Caroline? —indagó extrañado.

—Mi… Milord…, unos hombres se llevaron a su esposa —contó la señora.

—¿Qué? —gritó—. ¿Cómo que se la llevaron? ¿Cómo sucedió eso? —gruñó en tanto zarandeaba a la pobre anciana.

—Me pidió que… le comprara bollos mientras ella me esperaba frente a la modista.

—¿Y el carruaje?

—Milady no quiso ir en él, quería caminar —respondió Paul.

—¡Solo a ustedes dos se les ocurre hacerle caso a la loca de mi mujer! —se exaltó—. ¡Cuando la encuentre, voy a atarla de manera permanente!

Después de un rato, notaron que había un sobre en la puerta. El mayordomo se lo pasó a William para que lo abriera.

Lord Hereford:

Mis sinceras felicitaciones por su boda. Ha pasado al lado más difícil de la vida, por si no se ha dado cuenta.

Sé que debe de estar muy preocupado por su querida esposa, si es que no está en la cama de la mujer de otro. No le alcanzó con la advertencia que le envié, sino que volvió a acostarse con mi mujer antes de casarse y ahora tendrá que pagar por no haberle prestado atención a mi aviso.

Le haré conocer lo que se siente vivir en la zozobra de que otro hombre se acueste con su esposa y luego se la devuelva como si nada. Solo espero que su bella compañera coopere.

Duque de Grafton

William quedó helado. Ese hombre tenía a su mujer. Maldito fuera su pasado, que lo perseguía y hacía a Caroline víctima de él.

—¿Qué dice, milord? —preguntó Paul.

—Graf… Grafton la tiene —respondió mientras se echaba en un sillón.

¿Cómo haría para encontrarla antes de que fuera tarde? William se marchó con rapidez de la casa para ir a buscarlo y recuperar a Caroline.

Por fortuna, Viktor había tomado la precaución de quedarse un rato frente al hogar del vizconde.

—Sabías que esto sucedería, ¿verdad? —reclamó William.

—Así es. Todo lo que haces mal siempre te persigue. Caroline salvó tu vida —respondió Viktor.

—¡Pero ahora la suya y la de mi hijo están en riesgo!

—Préstame la nota —pidió su amigo, que no esperó y se la arrebató de las manos. Se quedó mirándola un rato—. Ya sé dónde está.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Recuerda, soy un vidente.

Viktor sonrió, y ambos partieron a rescatar a Caroline.

* * *

—¿Qué quiere de mí?

—Venganza. Su esposo me va a pagar todas las humillaciones por las que me ha hecho pasar. Soy un marido despechado, milady, muy resentido con el vizconde, y usted es la única manera que tengo de que sufra de verdad. No sirvió haberlo golpeado y amenazado.

—Lo siento tanto. Pero también su esposa tiene la culpa por prestarse a eso. Supongo entonces que usted es el duque de Grafton.

—Lo soy. Es una pena que tenga que hacer esto.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó asustada cuando el hombre se colocó encima de ella.

—Es mejor que coopere, milady, le aseguro que lo disfrutará.

* * *

William estaba desesperado. Si ese hombre había tocado uno de los dorados cabellos de su adorada mujer, lo pagaría con su vida.

—William, es aquí —avisó Viktor al señalar la posada donde Caroline había ido varias veces por la noche.

—¡Aquí! Pero si es…

—Donde todo empezó.

Ambos bajaron corriendo en tanto William esperaba que no fuera tarde. Forzaron la puerta y entraron a la habitación. Caroline estaban sentada en una silla con el duque de Grafton al lado mientras jugaban a las cartas.

—¿Pero qué diablos? —se sorprendió William.

—Creo que lo ha conseguido, excelencia, está muy asustado y disgustado —se mofó un tanto Caroline al ver la cara de su esposo.

—¿Qué significa eso? —indagó William hecho una furia.

—Sucedió lo siguiente —comentó el duque—. Estábamos aquí, su mujer había recuperado el conocimiento, entonces le dije:

»—Es mejor que coopere, milady, le aseguro que lo disfrutará —le comenté y la liberé de las ataduras—. Por favor, no huya, solo quiero darle un escarmiento más.

»—¿Qué debo hacer? —inquirió la dama.

»—Solo quédese, podemos jugar a las cartas y tomar un té.

»—Pero ¿y William?

»—Le envié una carta para asustarlo, nunca fue mi intención abusar de usted. Si quiero estar con una mujer que no sea la mía, pago. No soy un hombre malo, solo muy resentido por el engaño de mi esposa.

»—Está bien —me dijo como si le pareciera sincero—. Lo ayudaré solo porque creo que William merece sufrir un poco por todo lo que me hizo. Entonces, ¿socios? —me preguntó ella, y me dio la mano.

»—Socios, milady.

»—Bien. Ahora quiero ese té con bollos. Espero que sea bueno con las cartas como yo, excelencia —afirmó sonriente.

—Como verá, eso fue todo. Una humilde lección, vizconde.

—¿Sabes el susto de muerte que me has dado, Caroline? —manifestó afectado William mientras se agarraba el pecho.

—Cariño, no te preocupes, el duque podría haber sido un mal hombre, pero es muy amable y un excelente jugador.

William miró al susodicho y le ofreció la mano.

—Lo siento, nunca más volveré a tocar algo que no me pertenezca.

—Espero que lo haya entendido y que me disculpe por haber secuestrado a su esposa.

—Está todo bien. Quien me escuchará será esta mujer inconsciente —acotó ácido en tanto observaba a Caroline con desaprobación por el complot en el que había participado.

Viktor no había tenido que intervenir. Willy debía enfrentar el pasado para poder avanzar hacia el futuro que estaba forjando con Caroline.

* * *

Meses después.

—Ya suéltalo, William, llegó la hora de que Nana se lo lleve a dormir.

—No, Willy se quedará conmigo aquí —dijo antes de besarle la frente al pequeño niño de cabellos rubios y ojos verdes que lo miraba sonriente.

—William, deja a Willy, ya debe ir a su habitación, y nosotros —susurró mientras le daba un beso— haremos otras cosas —insinuó al tiempo que se abría el camisón.

—¡Nana! —llamó William.

Después de unos minutos, la mujer apareció y tomó al pequeño.

—Llévate al niño rápido —ordenó él.

Estaba ansioso por quedarse a solas con ella. Había sido terrible respetar la bendita cuarentena tras el alumbramiento.

—¿Acaso sabes cuánto te amo, William?

—Creo que mucho —opinó, y la besó—, pero no más que yo, que te amo con locura, mi hermosa lady Locura.